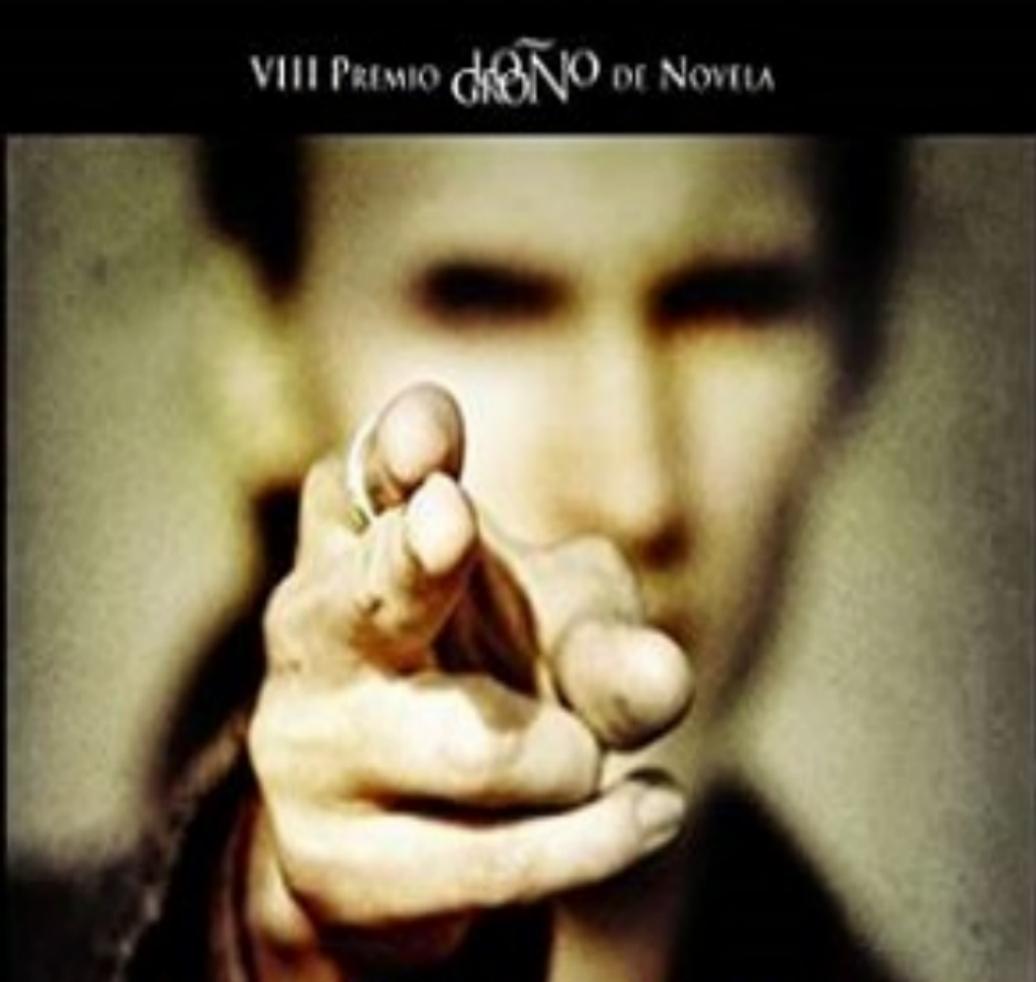


VIII PREMIO **GRUÑO** DE NOVELA

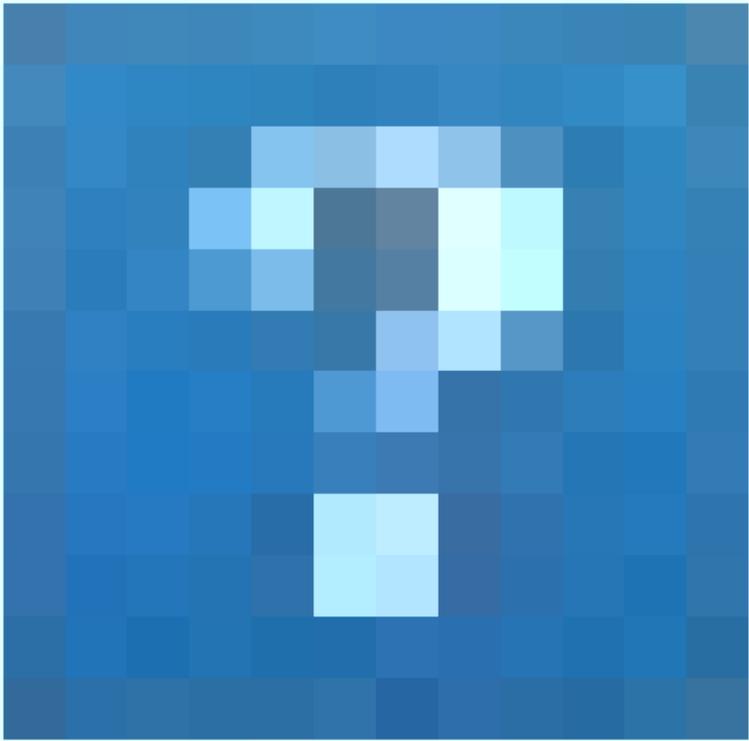


MONTERO GLEZ
TALCO Y
BRONCE

¿QUÉ OCURRE CUANDO LA POLICÍA INSPIRA MENOS CONFIANZA QUE LOS PROPIOS DELINCUENTES?



algoritmo



**TALCO Y
BRONCE**

**MONTERO
GLEZ**





***Maquetación ePub: El ratón
librero (tereftalico)***



***Agradecimientos: a Monipenny
por el***

***Escaneo y corrección del doc
original***



Este fichero ePub
cumple y supera las

pruebas

epubcheck 3.0b4 y
FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar
un ePub On Line antes
de

cargarlo en tu
lector puedes hacerlo
en

<http://validator.i>

Un jurado
compuesto por
Ángel Basanta,
Jesús Ferrero,
Félix G.
Modroño,
Manuel Jabois y
Vicente Molida
Foix designó a la
novela *Talco y
bronce*, de
Montero Glez,
ganadora del

VIII Premio
Logroño de
Novela,
convocado por el
Ayuntamiento de
Logroño, la
Fundación Caja
Rioja y Algaida
Editores (Grupo
Anaya).

*Era un tío
chungo.
Peligroso.*

*Más
cerrado
que una
navaja
abierta.*

*Ragged
blue,*

David
González

I

1

uro por mi libertad

-J que lo voy a matar.

Lo habían tramado esa misma tarde, en la intimidad del coche; un Seat 1430 color rojo, aparcado en la cuneta. Tenía

matrícula falsa y tapicería semejante a

la piel de una rata vieja.

En el asiento de atrás, el Chuqueli se vestía para la faena.

—No mola ni un poquito —iba diciendo el Chuqueli—. A mi menda le mosquea. Apesta a rollo chungo, nena.

Pero la Malata no atendía a razones. El fuego de la venganza iluminaba su rostro. Con los puños prietos

sobre el volante,
repitió:

—Juro que lo voy a
matar.

Llevaba el pelo
recogido con
horquillas, ajustadas a
los lados de las sienes,
y los párpados se
extendían, dejando a
la vista los ojos
rasgados de rabia. Por
el retrovisor, el
Chuqueli pudo advertir
la carga de aquella
mirada y llevó el

garabato de los dedos hasta el vientre de la Malata, de pocos meses.

Ella le cogió la mano, apretó con fuerza y siguió hablando como si viviera las cosas antes de que pasasen.

—En la misma habitación del hotel, en un pispás, me lo cargo —aseguró la Malata con ese toque peligroso que ponen

las mujeres en la voz cuando retan a la muerte.

El Chuqueli arrugó el gesto, poco convencido.

La Malata no necesitó abrir los ojos para darse cuenta. Al Chuqueli, la idea no le gustaba ni un poquito. *Nasti de plasti*[\[1\]](#). Con todo, la Malata dio a entender que no quedaba otra que matarlo. De lo

contrario, si no lo hacía, si no se lo cargaba, aquel hijo de las mil putas sería capaz de encontrar sus huellas donde nunca hubiesen puesto los dedos. «Ya te digo, Chuqueli.» La Malata también dio a entender que era de ley que fuese ella —y nadie más— quien llevase a cabo el sacrificio.

La presión de la ira agitó su pecho y se

limpió la nariz con la manga del jersey. Se sorbió los mocos y añadió:

—Es cosa mía, quiero ver cómo se le saltan los ojos. Como dos globos, ya te digo.

—Y mi menda lo único que quiere es que te lo pienses bien —saltó el Chuqueli—. El odio raya mucho, nena, hace cometer errores, ya sabes, es tan peligroso como el

amor. Si nos ponemos vengativos, también habrá que *dar mulé* al joyero.

El Chuqueli hizo un silencio y después añadió:

—Y al Conde.

La Malata trató de sonreír pero no pudo. Al final abrió lo suficiente la boca para decir:

—Lo he pensado bien. Juro.

—Vale, nena, pero no te pongas nerviosa. Ya sabes cómo va esto aquí, o se mata de tranqui o te matan.

Entonces la Malata intentó sonreír de nuevo. Con el mismo desgarró de un animal salvaje y sin cambiar el gesto, aseguró:

—Ya te digo, a ese hijo de las mil putas le gustaría meterse en la misma cama con los dos. Contigo y

conmigo.

—Qué cosas tienes, nena —dijo el Chuqueli con la cara grave, poco convencido de su asombro.

—Pero no hay cojones —siguió la Malata—, no es tan macho.

Dicho esto, la Malata probó a sonreír. De nuevo sus labios se resistieron a mostrar una felicidad

que no existía. El gesto de dolor se acentuó por un instante, igual que si dos navajas invisibles abrieran lo más amargo de su boca. El Chuqueli parpadeó aturdido y fue a decir algo pero se contuvo. Echó una mirada al retrovisor y se pasó la mano por las puntas de una barba que empezaba a cubrir la mandíbula. Tenía la misma expresión en la

cara que se les queda a los muertos antes de cerrarles los ojos.

—Ya te digo, Chuqueli.

La tarde caía al otro lado del parabrisas y el olor a gasolina y aceite se juntaba con el obscuro aroma de la clandestinidad, igual que años antes, cuando el Chuqueli la enseñó a conducir el mismo coche donde

ahora fermentaba la
venganza: un Seat
1430 color rojo con un
motor que petardeaba
como una loca a toda
velocidad por las
carreteras del delito,
esas mismas
carreteras que unían
el aeropuerto con la
orilla de Madrid, donde
los aviones volaban
tan bajo que daba
vértigo mirarlos. Había
corrido mucho tiempo
desde entonces,
cuando se conocieron,

y el Chuqueli la
llevaba a que
aprendiera a conducir.
Ahora la veía por el
espejo retrovisor.
Aquella niña de
entonces había dejado
de ser bonita para
convertirse en una
mujer guapa. Desde el
asiento de atrás, el
Chuqueli volvió a
acariciar su vientre.
Esta vez cerró los
ojos, en un gesto de
culpabilidad, y dijo:

—Mi menda echó

las cuentas y tú ganas, nena.

Luego el Chuqueli se siguió vistiendo en silencio, con aquel mono azul que le venía grande pero que daba el pego. Era igual o parecido al que se ponían los empleados de la limpieza del hotel.

Su nueva identidad.

Ella le devolvió la mirada por el espejo

retrovisor. Favorecida por una confianza tan vieja como el universo, le siguió contando el plan:

—Que todo el mundo piense que salió a dar un *voltio* y fuese a volver de un momento a otro.

La Malata hizo una pausa y siguió vistiéndole sus palabras con un traje de saña.

—Pero no volverá, ya te digo. Se

contarán historietas. Que si se fue con una *pilingui*, que si tal, que si un ajuste de cuentas, que si Pascual. Pero como nunca aparecerá el cadáver, no se podrá demostrar, ya te digo. Por el hotel no hay problema. No quieren *jaris*. Mira lo que pasó en el hotel de México cuando aquella zorra quiso tendernos la trampa...

La Malata volvía a

un terreno que a ambos les resultaba incómodo. Hubo un silencio que habló por sí solo y entonces ella desvió la conversación hasta un pantano, algo retirado de Madrid, y por donde la Malata pasaba cuando era niña. La misma carretera que iba a la casa de su abuela, según contó ella.

—Íbamos a montar en barca, con mi tía. Es profundo,

cubre tela, una vez se ahogó un chaval y todo. No lo encontraron, ya te digo. Hay muchas corrientes. Es un lugar seguro. Un sitio más callado que una tumba.

—Mira, nena, tú no te preocupes por lo de después. Eso es cosa de mi menda. Tú lo que tienes que hacer es matarlo y luego vas y lo envuelves con la

alfombra y amarras *dabuti* las puntas de la alfombra con la misma cuerda que lo ahorques. ¿Me has oído, nena?

El Chuqueli señaló el asiento de delante, el bolso abierto, dejando a la vista unas cuerdas de guitarra que sobresalían como las patas de un bicho gigante.

Luego el Chuqueli

dijo algo más pero no se oyó, culpa del camión que pasó rozando la cuneta y que hizo retemblar la ventanilla, arrastrando una nube de polvo que cubrió las palabras. Entonces la Malata llamó al Chuqueli con un movimiento de su dedo, pidiéndole que se acercara al asiento.

—Dime una cosa.

El Chuqueli arrimó la cara.

—Tú dirás, nena.

—¿Cuándo fue la primera vez que mataste?

Al Chuqueli no le pilló de sorpresa. Se lo sabía de memoria. Lo había repasado muchas veces, tantas que ya le sonaba a mentira. Ocurrió en una emboscada, un asunto que parecía fácil a primera vista. El Chuqueli cerró los ojos por un instante y

arrugó su cara y siguió hablando:

—El *julái* tiró de navaja y lanzó un viaje a mi menda. La puñalada pasó de raspón. Entonces mi menda dijo: «Un hombre no cabe por la boca de otro», y mi menda fue más rápido y metió *bardeo*. Varias veces seguidas.

—¿Y qué se siente? —preguntó con interés la Malata.

—Mira, nena. No tiene que ver nada con como sale en las películas. La diferencia es que cuando tú le das mulé a algún julái, no hay tiempo para los ensayos. Además, una vez que te cargas al primero, los siguientes vienen solos.

—No me refiero a eso.

El Chuqueli captó la profundidad de la provocación desde el

asiento trasero y ella le volvió a hacer una seña para que se acercase más. El Chuqueli aproximó el resuello. Acechado por el remordimiento, la miró muy fijo.

—Si lo dices por algo especial, nena, en la última puñalada, la que se quedó dentro del corazón, mi menda pudo sentir los latidos hasta las cachas del bardeo. El julái se moría porque las

palpitaciones
aflojaban.

—¿Y a ti, te dolió?

El Chuqueli
aseguró que no hay
criminal que no tenga
conciencia de su mal
aliento:

—Mira, nena, eso
que dicen de
«Puñalada en panza
ajena no duele» es
mentira. Tú misma.
Eso es cosa de las
películas pero, si tú
quieres, nena, lo

dejas. Como que mi
menda y tú nos
quitamos de en medio
y nos vamos a México
del tirón.

Una sacudida
recorrió el lomo de la
Malata.

—Nunca lo he
tenido tan claro, ya te
digo. En este puto
mundo un policía vale
lo mismo que el
siguiente. Aunque
venga solo y sea de la
secreteta. Ya te digo,

me lo voy a cargar.

La Malata lo afirmó con esa rabia sorda que llevan las mujeres cuando han sido dañadas. Un sentimiento que sólo encuentra alivio en la venganza.

El Chuqueli la intentó aplacar, acercando la voz cálida y rota hasta el asiento; alargó la mano y rozó su mejilla, como si

quisiera hacerle una caricia que al final se quedó en nada. «Tranqui, nena, tranqui», le dijo. La Malata apretó los ojos y el Chuqueli se subió la cremallera del mono de trabajo, hasta el cuello, igual a una cicatriz que le cosió el cuerpo en dos mitades.

2

Un rato antes, la malata se había presentado en el escondrijo. A decir de su cara, la tarde venía torcida.

El Chuqueli estaba tumbado sobre el colchón, apurando un cigarrillo, cuando ella

apareció por la puerta. Nada más entrar, la Malata se había abrazado a él con sofoco y rompió a contar que la policía lo andaba buscando y que se habían llevado presos al Nani y al Manzano.

También contó que el inspector de las gafas negras, antes de ir donde el Nani, había estado de visita en el piso. Traía orden judicial y lo primero

que hizo nada más cruzar la puerta fue agarrar a Jarocho, el gato, por el cuello.

—Dime, nena, ¿iba *solateras*?

La Malata contestó que sí, que el inspector apareció solo y que preguntó por el *colorao* mientras apretaba el cuello de Jarocho y amenazaba con arrancarle los dientes.

El Chuqueli la

abrazó fuerte y la embadurnó con sus besos:

—Déjate, nena, déjate, que el Nani necesitaba dinero. Tenía el mono y eso es ruina. Nos ha buscado la ruina a todos. Tenemos que *najarnos* lejos.

A la Malata no le servían de consuelo aquellas palabras. No era algo nuevo para ella. Que al Nani le dio

por tontear con la droga era cosa que todos sabían.

—Al final no hicieron el atraco —afirmó la Malata con los dientes prietos de rabia y las manos como garzas sobre la piel desnuda del Chuqueli—. Juro por mi libertad que ellos no fueron.

—Como si lo hicieran, nena. Se han comido el marrón y

ahora nos tenemos que dar el *piro*. Salir de naja.

Les habían colgado las culpas. A última hora, el Nani y el Manzano se echaron atrás y no atracaron la joyería; se olieron la encerrona. Pero ya era tarde. Otros lo hicieron por ellos, otros asaltaron la joyería de Lavapiés, dejando el cadáver del dueño sobre el mostrador. El atraco fue portada en

todos los periódicos y en las noticias de la tele no se hablaba de otra cosa.

Inseguridad
ciudadana.

Los políticos lo tomaron como argumento para seguir vendiendo miedo y así endurecer la ley. «Mala ruina tengan. Mala ruina.» El Chuqueli la abrazó, ahora más fuerte, y ella volvió con su

lenguaje desgarrado para contar que el Nani dormía y los de la secreta pegaron una patada a la puerta y se pusieron a registrar la casa. Tiraron los muebles al suelo. Todo se llenó de cristales y de cajones volcados. Abrieron los sofás hasta destriparlos.

«Buscamos las armas», decían, venga a dar patadas a los muebles mientras los niños no paraban de

llorar. «Buscamos las armas.»

—Bah, qué chungo, nena, ni que el Nani tuviera una armería. Buscaban lo mismo, nena, buscaban el colorao. Lo que pasa es que no lo van a decir — aseguró el Chuqueli y tuvo un acto reflejo y miró de reojo a un lado del colchón; la cajetilla de tabaco y una lata que servía de cenicero junto al

revólver.

—Los estarán dando la del pulpo, ya te digo —dijo la Malata.

—Tranqui, nena — consoló el Chuqueli—, tranqui —repitió con la voz bronca y pastosa —, tranqui, nena. — Entretanto la abrazaba y la Malata seguía contando que los policías se cebaron con el Nani mientras lo conducían al coche

patrulla. «Para que fuera abriendo boca.»

Antes de presentarse en la casa, uno de los polis había llamado por teléfono para ver si el Nani estaba dentro. Fue el sobrino pequeño el que cogió el teléfono. «¿Está el Nani?», preguntó la voz del poli. «Sí, pero está durmiendo», soltó el niño. La comunicación se cortó y luego, la segunda

vez que llamaron, contestó la Sol, la mujer del Nani: «¿Quién es?» «Soy un amigo del Nani», dijo la voz antes de colgar. Entonces la Sol miró por la ventana y vio los coches patrulla. No dio tiempo a más. La puerta se vino abajo y entraron sin concesiones. Cinco hombres con los revólveres desenfundados y con las placas de policía

por delante.

—¿Nuestro amigo también, nena?

El Chuqueli preguntó a sabiendas de que ella iba a contestar que sí, que después de haber salido del piso donde estaba la Malata, el inspector de las gafas negras fue hasta la casa del Nani. Pero esta vez no llegó solo, sino acompañado de los demás policías.

Orden de arresto. Cuando la Malata se lo confirmó, el Chuqueli se levantó aprisa del colchón, como si por su cabeza hubiese pasado un pensamiento demasiado brutal para exponerlo abrazado a ella. Alcanzó un cigarrillo. En la penumbra del cuarto, la llama del encendedor alumbró la cara del Chuqueli.

—¿Y al Manzano,

cómo lo trincaron,
nena? —preguntó,
soltando el humo
directo al techo.

—En el portal de
su casa —dijo la
Malata.

Según las vecinas,
al Manzano le pusieron
una pistola en la
cabeza pero no arrugó
y se lio a puñetazos
con los policías. Al
final se le vinieron
encima. Recibió una
buena tunda pero

entró erguido en el coche patrulla.

—Apenas se tenía en pie, pero no se *ahuchará*, ya te digo.

El Chuqueli aspiró el humo con rabia. Como si todo lo dicho por la Malata lo llevase a buscar un culpable, soltó:

—No hace falta ser un lumbreras para saber que el joyero ha sido el soplón, el único que sabía dónde vivían

los dos. La casa de uno y la casa de otro, ¿te coscas, nena?

Dicho esto, el Chuqueli alzó la mano para enroscar la bombilla. A la luz, las paredes de aquel cuartucho parecían comidas por la lepra. También había una silla destripada y más allá una guitarra a la que le faltaban algunas cuerdas. El Chuqueli se dobló bajo el camastro y alcanzó

una bolsa de lona de donde sacó un fajo de billetes: «¿Te coscas, nena?»

3

El Chuqueo había estado en lo cierto. Horas antes, esa misma mañana, el joyero había desayunado en el aeropuerto de Santander. Una infusión y una tostada donde untó

mantequilla con cierto nerviosismo. A su lado, apoyado en la barra, un poli de la secreta. Gastaba un bigote como un brochazo sobre la boca y mirada semejante a la embestida de un cabestro. Traje y corbata. Había pedido un café con dos de azúcar y, al primer sorbo, tuvo un gesto que le torció el bigote, como si en vez de café le hubiesen puesto un

vinagre corrosivo. «Su puta madre.» Se echó mano al bolsillo, sacó un puro, mordió la punta y escupió casquillos de saliva. Acto seguido, pidió una copa de anís.

—Del Mono — imperó el policía, a la vez que pegaba un codazo cómplice al joyero, en el hígado.

El joyero se echó la mano al costado, dolorido, y el policía

rascó una cerilla.

—¿Sabes la historia? —le preguntó el policía.

El joyero negó con la cabeza y entonces, el secreta del bigotón, con la primera bocanada de humo empezó a contar la historia de un empresario catalán que quiso hacer una botella de anís como si fuera un frasco de perfume pero en

grande. Luego siguió contando que, por aquella época, se puso de moda la teoría de que el hombre venía del mono y el empresario puso la marca de nuestro origen al anís. De esta manera, el empresario catalán juntó las dos cosas, la botella y la teoría de la evolución, para enfrascar el perfume anisado del licor.

—Darwin —saltó el

joyero, por establecer algo de comunicación.

—Sí, ese mismo fulano. El empresario catalán era un cachondo que le cogió la cara al Darwin ese y se la puso al mono de la etiqueta —apuntó, mientras rechupeteaba el puro bajo el bigote.

El joyero forzó la risa para asegurar que sí, que el empresario del anís era todo un cachondo. Fue cuando

el del bigotón, con el puro entre los dientes y mucho ruido de salivas, le embistió con la pregunta:

—¿Qué piensas?

Hubo un silencio, como si la pregunta fuese el anuncio de una humillación.

—¿Qué? —
preguntó el joyero.

Llegó la copa de anís. «Ahí tiene, caballero: su copita.» El bigotón se llevó un

trago al gaznate.
Chascó la lengua y
aclaró:

—Me refiero a qué
es lo que piensas de la
teoría del Darwin, la
que dice que venimos
del mono.

—Es posible que
Darwin estuviese en lo
cierto —dijo el joyero.

—Estaba en lo
cierto —dijo muy
seguro el secreta del
bigotón.

El joyero respiró

con esfuerzo y el del bigotón dejó la copa vacía sobre la barra, pegó otra chupada al puro y luego se dirigió al joyero en tono confidencial:

—Una vez, haciendo la mili en Melilla, nos tocó hacer unas maniobras en el Gurugú, y allí me di cuenta de que el hombre venía del mono.

El joyero le miraba

con cierto reparo mientras el del bigotón seguía contando la teoría de la evolución a partir de su experiencia vivida entre el griterío de monos y el rebuzno castrense:

—Cuando uno está follando y se corre y se le sueltan las cabras, eso no es otra puta cosa que liberar la tensión de los músculos. Digan lo que digan en la radio.

—Y le dio al joyero una palmada en la espalda poco amistosa.

El joyero forzó la risa y, el del bigotón le censuró, embistiendo con la mirada.

—¿De qué coño te ríes?

—De nada... de nada.

Entonces el del bigotón inhaló el humo y fue contando que la tensión sexual

aumenta como consecuencia de la actividad rítmica de las nalgas del hombre cuando hunde los riñones. Dicho esto, hizo un movimiento ilustrativo con sus caderas.

—Eso lo aprendí viendo joder a los monos. Un macho se tiraba a tres hembras, yendo de una a otra. Jodiéndolas como sin darle importancia y con ritmo relajado, el

cabrón se rascaba la cabeza o masticaba un *alcagüés* a la vez que seguía dale que te pego, dale que te pego. —Volvió a ilustrar con el movimiento de caderas—. Así se bajaba de una y se montaba en otra, sin perder el empalme.

El joyero seguía con la mirada perdida en la vitrina. Sus ojos eran dos piedras mal engastadas. «Empieza

el día con una sonrisa», decía la propaganda de las cajas de donuts.

—¿Conclusión? — preguntó el secreta, con el humo envolviendo el pelo de su bigote.

El joyero se encogió de hombros, atolondrado. Entonces el de la secreta miró el reloj de su muñeca y sacándose el puro de la boca pidió la cuenta.

En vez de pagar, sacó la placa y así cogieron el primer vuelo a Madrid.

Como no había asientos para los dos, el policía dijo: «No problema», con un acento aprendido en ambientes portuarios, dejando la distancia suficiente para fijarse en el vaivén de los glúteos de la azafata untados a la tela de la falda. Sin más demora sacó la placa de nuevo

y mandó levantar del asiento a una niña, a la que dejó sin vuelo. «Cuando un policía está de servicio no hay sitio, ni tiempo, para mostrar afectos», soltó el poli bigotón, haciéndose oír en el avión con su vozarrón autoritario.

Al igual que ocurre los días de verano cuando amenaza tormenta, dentro del avión el aire se calentaba por

momentos y el policía del bigote embistió con los ojos la cintura de la azafata, con deseo de decirle que se quitara de una puta vez ese espantoso gorro, junto con el resto de la ropa.

—Las azafatas, lo primero que las enseñan es a pintar una polla en la pizarra y lo segundo a borrarla con la boca. Son niñas de buena familia que me ponen

muy cachondo —le iba diciendo al joyero en el asiento de al lado.

Así fue todo el camino. Sin más incidencias aterrizaron en Madrid. A aquellas horas los taxistas se amontonaban a la salida del aeropuerto. Casi todos los taxis aún eran de color negro, y puestos en fila parecían una legión de cucarachas esperando su ración de basura en forma de

clientes.

—A la Puerta del Sol —ordenó el del bigotón al primero de todos.

Al volante había un hombre con la cara rechoncha de los que comen garbanzos todos los días como único plato.

Fue a entrar al taxi y el de la secreta sacar un puro y llevárselo al bigote. Entonces el taxista le advirtió:

—Si sabe leer, el que avisa no es traidor. —Y señaló un cartel en el salpicadero, junto al escudo del Real Madrid y donde ponía:

Si tú fumas, yo me tiro pedos.

—Me ha convencido —dijo el del bigotón, guardando su puro.

El taxista arrancó y en poco más de media hora se pusieron en la Puerta del Sol. Cuando llegaron y el taxista bajó bandera, el del bigotón se echó mano al bolsillo y enseñó la placa.

Otra vez.

El taxista se quedó mudo ante la sorpresa y el del bigotón preguntó:

—¿Quieres que me

tire pedos o pasas también de la calderilla? —Y de seguido se echó a reír, soltando una risa obscena y que le dejó tan flojo que no tuvo apenas fuerza para tirar del pestillo de la puerta y abrirla.

* * *

Nada más salir del taxi, el secreta del bigotón giró la cabeza

a un lado, mordió su Cohiba y tiró un escupitajo al suelo. Luego encendió una cerilla. La acercó a la punta del habano. Inhaló una bocanada de humo que expulsó con violencia e indicó el edificio de la jefatura: una construcción terminada en torreta con un reloj que daba las uvas a toda España. Desde tiempos antiguos, a su

alrededor anidaba
vicio de primera mano.
Chivatos, proxenetas y
vendedores
ambulantes de
cualquier tipo de
mercancía, incluyendo
la carne. Todos con
licencia para *filetear*.
La necesidad era
moneda común en
aquel mercado donde
la Brigada Antiatracos
se encargaba del peso
y la medida del género
a consumir.

—¡Adelante! —El

del bigotón indicó el camino al joyero, que seguía aturdido por el viaje.

Entraron directos a la cafetería, todo recto, al fondo. El joyero primero y el del bigotón detrás, con el puro humeante.

Nada más llegar, el joyero fue presentado a los inspectores que bebían acodados en la barra. Uno de ellos se sacó

las gafas oscuras y le taladró con su mirada de ofidio. Se fijó en el aspecto del joyero, en su peinado que cruzaba los cuatro pelos sobre el cartón de la coronilla. También se fijó en las ropas distinguidas, en los zapatos negros de piel fina, muy lustrados, y en la camisa blanca de popelina con rayas grises. La corbata era de seda estampada y

el abrigo Loden de color beis con bufanda a juego.

El joyero ahora estaba inmóvil, tratando de poner en marcha el cerebro. Bailando el cuerpo de los talones a las puntas y con la mirada desorientada, sin peso.

Delante de él tenía a la autoridad representada por aquel inspector de la

secreta: ojos de reptil y años de formación en la Brigada Político-Social persiguiendo comunistas hasta que los comunistas fueron legalizados. Cuando esto ocurrió, el inspector de los ojos de reptil se fue a hacer carrera a la Brigada Antiatracos con sus gafas oscuras y una hoja de servicios llena de grandezas que sólo venían a esconder mierda y sangre. La

última excelencia, con la que había conseguido el ascenso, había sido la detención de un grupo de atracadores a la salida de un banco, cuando estaban a punto de meterse en el coche y huir con el botín. Por tal asunto le dieron hasta propina. Como era de esperar, le había llenado de envidias y recelo entre los demás compañeros.

A otro de los inspectores le asomaban los dientes por fuera del labio mientras comprobaba su arma reglamentaria antes de echarse a la calle. Todos los allí reunidos afinaban los detalles del operativo para detener a unos quinquis.

—Hoy es un día grande —dijo el del bigotón—, puesta de largo para nuestro confidente. —Y dio una

palmadita patriarcal al joyero, en la espalda, que le congeló el gesto.

—Puesta de largo y cacería —subrayó el inspector de los ojos de reptil.

Dicho esto se puso las gafas. El joyero se pudo ver en el reflejo. Era tan poca cosa en aquellos momentos que podía caber en un cristal. Entonces el joyero tuvo un acceso

de coraje. Infló el
pecho, encogió la
barriga y se acercó a
la barra donde pidió
una copa de anís.

—Del Mono.

4

El coche seguía aparcado en la cuneta. La tarde caía al otro lado de la carretera y la penumbra desfiguraba la cara del Chuqueli, ahora en el asiento de delante. Se aplastaba el pelo, frente al

espejo retrovisor, ayudándose con los dedos hasta completar su nueva identidad: empleado de la limpieza del Castellana Hilton [\[2\]](#).

—¿Crees que mi menda da el pego, nena?

—Ya te digo — aseguró ella, mientras se pintaba los labios, rojos y crueles.

El Chuqueli empezó a repasar el

plan en voz alta, como si de esta manera ahuyentase los fantasmas del fracaso. Entonces la Malata le volvió a cortar:

—¿Cuándo?

—De oscurecida, nena —contestó él con la voz cálida y rugosa; una voz que actuó como tranquilizante, pero sólo por un momento.

La Malata fue a decir algo pero esta

vez el Chuqueli no la dejó seguir:

—Ya sabes, nena, que a mi menda no le gusta hacer las cosas a lo loco. Como si fuéramos en un carro de indios. Hay que tomar andaderas, nena.

El Chuqueli dijo esto y sacó un cigarrillo. Antes de encenderlo, la Malata le acercó la boca recién pintada para

decirle:

—No creo que sospeche ni un poquito. No ves que anda borracho de sangre. Contra antes, mejor.

Lo dijo como si conociese a ciencia cierta las debilidades del policía al que iba a ajusticiar. Luego dejó el pintalabios en el bolso y clavó la vista en la carretera con la mirada desafiante a

través del cristal del parabrisas, más allá del solar, por donde los árboles raquíticos, junto al chasis arrinconado de lo que en tiempos fue un Simca color verde. Un esqueleto de hierros a la espera de un último remate.

En el asiento de al lado, el Chuqueli jugaba con el cigarrillo entre los dedos, sin encender aún, sin apartar la vista de la

Malata, tratando de descifrar sus pensamientos.

—No te rayes, nena, no te me rayes.

—Joder, Chuqueli, no hay que confiar en su fuerza, mira tú, si hasta desconfían entre ellos.

—Todo a su tiempo, nena. Mi menda tiene que sacar el colorao y eso no puede ser ahora. Y tiene que ser a la

noche. Hoy es luna creciente, pero tan floja como si fuera negra. —El Chuqueli señaló el cielo, los nubarrones oscuros, como malos presagios —. Además, va a haber niebla.

La Malata se revolvió en el asiento, como si las palabras del Chuqueli hubieran tocado alguna parte blanda de su vientre.

—¿Puede saberse

dónde has escondido
el colorao? —
preguntó.

—No —respondió
seco el Chuqueli.

La Malata no se
dio por vencida y
volvió a la carga:

—¿Qué te crees,
que si yo lo hubiera
sabido, se lo hubiera
cantado? ¿Pero qué te
crees tú? —Y golpeó el
volante con los puños.

El Chuqueli no
contestó. Como si

diera por hecho que, de haberlo sabido, la Malata se lo hubiera confesado al inspector de las gafas negras. Más que por miedo, la Malata lo hubiera hecho por salvar al Manzano y al Nani, pero sobre todo lo hubiera hecho por salvar a Jarocho. Su gato.

—Medidas de seguridad, nena — soltó el Chuqueli y dio unos toquécitos con la

punta del cigarro sobre la tabaquera anatómica de la mano, ahí donde llevaba el tatuaje: cinco puntos de tinta. Cuatro alrededor y uno al medio. Código taleguero sobre la piel de la mano, en la depresión entre el pulgar y el índice. *Arriba la golfería, abajo la policía.*

Sin apartar la vista, la Malata respiró hondo y soltó:

—No me interesa el colorao. Esos lingotes tienen sangre. Ya te digo.

—Da igual, nena, no te preocupes, los cambiaremos por guita en México, una vez que nos hayamos dado el piro de este puto agujero.

—Te digo que a mí el colorao me da igual. Eso no trae la felicidad.

—¿Qué quieres tú

decir, nena, que los pobres son más felices que los ricos?

—No, mira tú, si hay pobres tan infelices y tan pringaos que hasta desean ser como los ricos. Ya te digo. Con oro puedes comprar un gato pero sólo el cariño hace que se te acerque.

La Malata lo dijo con el barniz de la ira en los ojos y el Chuqueli apuntó:

—El cariño y el hambre, no lo olvides, nena que por eso hay que andarse con cuidado cuando enjaretas. La venganza es como la comida cuando está hirviendo, que no se deja comer.

—Lo que pasa es que a veces tarda tanto en llegar el momento que es como si no llegase nunca, ya te digo.

—No te preocupes, nena, que llegaremos a tiempo para parar el interrogatorio antes de que los maten a golpes.

Luego, después de soltar su caricia sobre la cara de ella y detenerse con la mirada en el iris atigrado de los ojos, el Chuqueli encendió el cigarro. Venía del fondo de un pozo donde la mierda siempre había estado

más limpia que él. De ahí el aplomo que se gastaba. Sabía mantener el temple en la situación más extrema. Transmitía un respeto macho, una viscosa autoridad que saltaba a la vista. Años de labor y oficio, experiencia en el palo, esas cosas, nena.

—Dame una calada, no lo mates — dijo ella.

—No, nena, que a

mi menda no le mola que fumes, preñada como andas.

—Una calada sola, mal no tiene, ya te digo.

El Chuqueli resopló y le acercó el cigarrillo a punto de consumirse.

—Toma, anda y que todos los males sean esos.

La Malata lo apuró hasta la toba para después apagarlo en el

cenicero del coche,
donde humeó
agonizante durante
unos segundos. Tosió
y de seguido se
acarició el vientre y
dijo:

—Me da en el
presentimiento que los
están matando.

A través del cristal
del parabrisas, el cielo
oscurecía lo que
quedaba de tarde.

5

La malata atinó con el presentimiento. A esas horas, el Nani y el Manzano sangraban por las narices, separados por el tabique de una pared. Cuartos gemelos, alumbrados por una bombilla pelona al

techo y suelo de sintasol salpicado de sangre. Las paredes de color beis, pintura plástica, fácil de lavar. Una mesa y unas sillas completaban el mobiliario. En un rincón, el aparato de radio, apagado. En la pared del fondo un calendario colgaba con el mes en curso. Noviembre de 1983. Más allá, la foto del rey de España con su firma.

Detrás de la puerta, alguien había clavado con chinchetas una foto en la que aparecía Nadiuska cruzando las piernas con descaro. Se adivinaba la carne tras la mata de pelo oscuro. Frente a la imagen viciada, una ventana de rejas por donde se colaba el atardecer del sábado; el bullicio habitual de la gente ociosa que sale de compras por el

centro. Hasta aquí todo de lo más cotidiano, pero cuando el Nani oyó el chirriar de la puerta, pegó un respingo fuera de lo común y la resistencia de los grilletes le vino a recordar que estaba preso.

La cadena atravesaba el respaldo de la silla, desvencijada de tanto trajín, y el inspector de las gafas negras hacía su aparición. La

cartuchera le colgaba del sobaco igual que una prótesis o un tumor. Con una violencia de carnicero, como si fuera a filetear una pieza, se arremangó la camisa. La bombilla del techo se encendió y el inspector pasó por delante del Nani y tapó la ventana, con mucho ruido de cerrojos. Entonces, como si algo quedara definitivamente

confirmado el Nani
dijo:

—Yo no he hecho
na...

El inspector se quitó las gafas y clavó los ojos de reptil en el detenido. Se fijó en el gesto. Era el de un moribundo que todavía puede alcanzar a ver la imagen de sí mismo, en el depósito de cadáveres, donde nunca falta la mosca de la carne alrededor

de unas viejas zapatillas de deporte, manchadas por el grito del barro.

—Esto ya empieza a oler —sentenció el inspector y se volvió a plantar las gafas y agarró de la barbilla al detenido, que se mostraba con la boca abierta, perfilada por el fino bigotito de sangre.

—¿Quieres cantar?

El latigazo de la

pregunta hizo salir al Nani del aturdimiento. Se revolvió en la silla y otro golpe rompió su mueca. El inspector le agarró por los pelos antes de que se le descolgara la cabeza y le advirtió:

—Has salido del *trullo* hace poco y ahora vas a volver porque te voy a meter directamente a galería, donde los *bujarrones*, ¿entiendes?

Dicho esto, el inspector tiró con fuerza de los pelos del Nani, hacia arriba, y luego soltó de golpe y se miró la camisa con repugnancia; la punta de la corbata y los pantalones jaspeados de sangre.

—Joder, qué asco —dijo y se puso a dar vueltas alrededor del detenido, amarrado a la silla.

Cuando al

inspector le pareció, se quitó el cinturón y lo hizo sonar. Un reguero de sangre partió el rostro del Nani.

—No intentes ganar tiempo haciéndomelo perder a mí. ¿Quieres cantar?

El Nani escupió la sangre contenida. La luz proyectaba la sombra sobre la pared de una bestia cerril. El inspector flagelaba un bulto que se

estremecía en cada chasquido.

—Aunque no quieras cantar, vas a cantar. ¿Dónde está el colorao?

Los gritos retumbaron en las paredes del edificio, tan antiguo como la plaza donde se asienta. Estamos a finales del siglo XX, así y como quien dice. Con todo y con eso, aquel edificio de la

Puerta del Sol seguía albergando funcionarios sacados del Medievo. Nada como las prácticas clásicas para conseguir una declaración, era el lema de los que allí trabajaban. «Canta, Nani, canta. ¿Dónde está el oro?»

Sonaron las cuatro de la tarde en el reloj de la torreta, entonces el inspector de las gafas negras lo creyó oportuno y paró con

los cintazos. Se aproximó al detenido y le dijo:

—La hora de las noticias.

Se acercó al rincón y puso en marcha el aparato de radio.

«Siguen detenidos, en las dependencias policiales de la Puerta del Sol, los supuestos atracadores de la joyería Payber.»

—¿Has escuchado?

Eres famoso. Hablan de ti hasta por la radio.

«Recordemos que resultó muerto el propietario después de que dos hombres y una mujer perpetraran el atraco.»

—No fui... —logró decir el Nani entre quejidos de dolor.

—Chis, deja ya de lloriquear —ordenó el inspector, que subió el volumen de la radio:

«Los atracadores se llevaron joyas por valor de cinco millones de pesetas. Recordemos que el joyero cayó muerto después de ser disparado a bocajarro. En su caída, el joyero salpicó de sangre las estanterías...»

El inspector apagó la radio de un manotazo.

Llegado a este punto, de no

presentarse un
milagro, las
posibilidades de vida
del Nani serían
mínimas.

—Ahora deja de
llorar y canta. ¿Dónde
está el oro?

—Ya lo he cantado
lo que sabía... En un
pajar —balbucea el
Nani— en un pueblo
que hay pasando
Valladolid...

—Eso ya lo sé, ya
me lo han dicho.

El inspector se volvió a quitar las gafas y le miró con los ojos de una serpiente a punto de lanzar su veneno:

—Has tenido suerte, la puta democracia te ha salvado de morir ajusticiado. ¿Sabes cómo funcionaba el garrote vil?

Al Nani le salían cuajarones de sangre por la boca mientras el

inspector empezó con los detalles.

—Un collar de hierro que lleva un tornillo con una bola en el extremo y que hace tronchar las vértebras. Así de sencillito.

Luego siguió explicando que la muerte se producía de forma inmediata y la víctima moría por estrangulamiento. Pero también había

ocasiones en las que el garrote provocaba lesiones laríngeas.

—Todo depende del verdugo que tocase. Si era fuerte y sabía girar el tornillo con determinación, o si era soplagaitas y no lo ajustaba bien.

Explicado esto, el inspector se puso las gafas y se acarició los nudillos. Acto seguido agarró al Nani por los pelos. «Canta, Nani,

canta. ¿Dónde está el oro?» y le pegó un puñetazo que lo tiró al suelo, silla incluida.

—Parece mentira que no entiendas las cosas.

El inspector tomó aire y sacó el encendedor de su bolsillo y se agachó un poco para enseñárselo al Nani. Un Dupont de oro. Aquello sonaba a advertencia.

—Te lo voy a

explicar, ahora de buenas formas. —Y encendió el mechero, clic, y acercó la llama.

El Nani echó la cara a un lado. La sangre de su rostro parecía más viva cuando la llama pasaba cerca de la mejilla.

—Cuidado con las curvas —advirtió el inspector.

El Nani balbuceó algo, como si sus

pensamientos
vacilasen de un lado a
otro, en todas
direcciones, como si
fueran piezas de una
maquinaria a punto de
romperse mientras la
llama vibraba, cada
vez más cerca de su
pellejo.

—Hay muchas
formas de apagar un
mechero. Una es esta.
—El inspector cerró la
tapa de golpe, para
abrir de nuevo el
encendedor con un

gesto de su muñeca. Clic—. La otra manera es con la boca. Pero no soplando. En tu estado apenas tienes aire. La forma más segura es tragándote la llama. El truco para no quemarte consiste en acumular saliva.

El inspector empieza a hacer mucho ruido con los labios para después seguir explicando:

—Tienes que

asegurarte de que
tengas un buen
gargajo en la boca. No
es fácil cuando estás
acojonado. El miedo
seca la boca.

6

El Chuqueli la besó,
sin tregua,
rodeándole la boca y
acariciando con los
dedos el vientre de
meses. Luego no quiso
decir más, ni tampoco
mirar atrás cuando
salió del coche y cerró
la puerta y la Malata

arrancó, quemando rueda. El Chuqueli se quedó de espaldas a la carretera, escuchando el petardeo del tubo de escape que se perdería en la noche como una loca. Luego, con los besos de la Malata percutiendo en sus labios, el Chuqueli tiró camino abajo hasta el poblado que todo el mundo conocía como Rancho del Cordobés [\[3\]](#).

Techos de uralita,

ventanas con los cristales rotos, charcos de agua sucia y otros despojos para albergar a unos habitantes que conquistaban el hambre con el tráfico y comercio de mercancías libres de impuestos. Profesiones liberales que llaman. El Chuqueli siguió por su camino. Una pareja de ratas huyó al sentir los pasos. Luego el Chuqueli torció a la izquierda por donde

las casas chatas.

Se dirigió a la primera de todas, donde un hombre fumaba a la puerta, alumbrado por la luz de la brasa. Las hechuras de púgil que no entrena desde hace tiempo delataban el abandono del cuerpo. Cuando vio aparecer al Chuqueli, vestido con el mono azul de faena, el asombro parpadeó en su mirada.

—Chuqu-que-que-
li —al hombre le costó
arrancar a hablar—,
no-no me digas que
has-has encontra-trao
cu-cu-currelo.

El Chuqueli se
acercó a él y le hizo un
amago, en broma,
acercando los puños,
así, muy lentos, para
llegar hasta su rostro
como una caricia.

—Mi menda ahora
se lo hace de limpiador
en los hoteles. Hay

que hacer billetes.

El hombre sonrió. Su cara era lo más parecido a una pala; la nariz empotrada y los ojos dentro, como dos luces fundidas.

—Mi menda tiene que hablar una cosa contigo —le dijo el Chuqueli.

—Tú—tú—tú di-dirás.

El Chuqueli señaló de barbilla la furgoneta. Una

Renault 4 de color blanco.

—Mi menda te compra el Cuatrolatas.

El hombre se quedó mirándole, como si no pudiera arrinconar parte del pasado contra las cuerdas de la memoria. Luego empujó la puerta de la chabola y le invitó a entrar con la mano.

El Chuqueli saludó a la mujer joven que

había tras un mueble de cocina sin puertas y que hacía de mostrador. En aquella chabola se habían montado la tienda del barrio. Sardinias, arenques y atún en conserva. Paquetes de garbanzos y de tabaco, botellas de cerveza, arroz, lentejas y otros comestibles. La mujer llevaba delantal y pelo teñido de rubio.

—Quie-quie-re

com-com-comprar la
fur-furgona —dijo el
hombre.

—¿Cuánto? —
preguntó la mujer.

—Ciento cincuenta
—saltó el Chuqueli—.
Mi menda no puede
pagar más ahora.

—Treinta mil
duros. Eso es na —
saltó la mujer.

La sospecha
asomó a los ojos del
Chuqueli. En algún
momento habían

podido espiarle, ver el dinero que manejaba. Ante la duda, el Chuqueli sacó el fajo de billetes y se los tendió sobre el mostrador:

—Cuéntalos.

Treinta mil duros.

La mujer se mojó la punta de los dedos con la lengua y contó el dinero. Luego cogió las llaves, colgadas en una escarpia, y se las dio al Chuqueli.

—Tiene el depósito
lleno de caldo —
insistió la mujer.

Al final, el hombre
del rostro empotrado
entristeció el rostro
como si recordase una
pelea perdida hacía ya
mucho tiempo. Fue un
momento, luego se
recuperó igual a un
boxeador que por unos
instantes olvida la
derrota y contempla la
vuelta al cuadrilátero.
Se dirigió a la mujer
rubia y le pidió un

güisqui, del tirón.

* * *

Había cierta irresponsabilidad suicida en el rumbo de la Malata, propia de condenados que no dudan ni un poquito cuando toca acercarse a la muerte. El desafío envenenaba su sangre. Por el retrovisor, la figura del Chuqueli se hacía cada

vez más pequeña; al borde de la cuneta y de espaldas a la carretera. La imagen de aquel momento se detuvo para siempre como si le acabasen de tirar una foto.

La Malata entornó los ojos. Se pasó la punta de la lengua alrededor de los labios, saboreando la electricidad del último beso, conduciendo noche adentro, hasta el otro lado de la

carretera, donde queda la City, como la conocen todos; un barrio donde las calles llevan nombres de zarzuela. Al final de una de ellas, vio la cabina de teléfono, frente a un bar que hacía esquina y donde dejó el coche con el motor en marcha, aparcado sobre la línea blanca, incumpliendo el código de circulación.

A empujones entró

en la cabina. «Put
puerta», dijo, y
descolgó el auricular y
se lo puso entre la
oreja y el hombro.
Luego metió unas
monedas y marcó un
número de teléfono
con tres cifras. 091. La
Malata respiró hondo y
dio el nombre de un
inspector de policía.
Preguntó por él a unos
y otros por donde iban
pasando la llamada.
Cuando apenas
quedaba dinero, al

otro lado del teléfono se puso una voz bronca a la que la Malata le dijo que ella sabía dónde estaban las armas por las que estaban interrogando a unos detenidos en la Puerta del Sol.

—Espere —dijo la voz.

Se oyó abrir una puerta y ruido de pasos alejarse. La Malata arrimó la oreja al auricular y la

respiración se le aceleró con tanta espera. Apenas quedaban monedas. «Hijos de puta — masculló entre dientes —. Hijos de puta», y fue terminar de decirlo cuando se cortó la llamada. «Joder.» La Malata se había quedado sin calderilla y salió a patadas de la cabina.

Con un billete marrón, de los de cien pesetas, arrugado en

su mano, la Malata entró en el bar que hacía esquina. Estaba lleno de humo y con los parroquianos en las mesas, acodados ante sus bebidas.

—Aquí tenemos teléfono —dijo el camarero que andaba tras la barra.

Llevaba el pelo con gomina y su cabeza parecía un campo roturado por el peine. Se limpió las manos

con pereza en el delantal y las metió detrás del mostrador para sacar un teléfono de góndola, color rojo, que hizo sitio junto a la vitrina de ensaladilla rusa. «Va por pasos», advirtió el camarero, que salió de detrás de la barra con una escoba.

La atmósfera se hacía irrespirable y la Malata arrugó la nariz y se echó una mano a la tripa,

tambaleándose sobre un suelo lleno de servilletas y cáscaras de gambas que el camarero empezó a barrer sin perderla de vista. La miró entornando mucho los ojos, como si quisiera penetrar con ellos en algún lugar húmedo más allá de la vista de cualquiera. Uno de los parroquianos se levantó de las mesas del fondo y, pasándose el palillo por los

dientes, pidió a voces que pusieran de beber. La Malata, con el auricular pegado a la oreja, y la náusea en la boca, se agarró al mostrador y sus ojos vacilaron a un lado y otro antes de quedarse quietos en las fotos de futbolistas que el tiempo y la fritanga habían barnizado. Al otro lado del teléfono, la Malata pudo oír pasos que se acercaban aprisa y

luego el batir de
puertas.

7

Hacía rato que se había ido el inspector de las gafas negras, algo más de un cuarto de hora según el reloj de la torre. En la Puerta del Sol y alrededores, la gente paseaba al atardecer o tomaba

chocolate con churros sin enterarse bien de lo que estaba sucediendo en el edificio de los horrores. La mayor parte lo desconocía y, si sospechaban algo, mejor pensaban en otras cosas. Duros tiempos en los que la consigna era la reconciliación con los fantasmas del pasado medieval. Dentro del edificio, llegado al final del interrogatorio,

después de haberle quemado la boca, el inspector se mostró caritativo con el Nani, soltando los grilletes de sus muñecas. «No te preocupes, elegiremos un verdugo que no te haga sufrir, un verdugo con sensibilidad. Un profesional.»

Con el mismo tono que utilizan los curas cuando van a dar el último sacramento, se lo recalcó al oído, con

el resuello mórbido del que ha convertido su trabajo de policía en un juego donde se combina la piedad con el sadismo. Por si fuera poco, el inspector se lo repitió otra vez más: «Un profesional que te tronche el cuello a la primera.»

Ahora el inspector de las gafas negras se había largado y la única luz llegaba del pasillo por la puerta

entreabierta. Era una luz gris que caía sobre las piernas de Nadiuska. El Nani, con los labios quemados y el rostro consumido por el dolor, intentó ponerse en pie de nuevo; pero no pudo. Cada vez que apoyaba la mano, la descarga de los tendones rotos, le devolvía al suelo.

Una de las veces decidió arrastrarse hasta llegar a la puerta. Luego empujó

con un dedo la hendidura; las bisagras gruñeron y el Nani se revolvió en el suelo y siguió empujando, ahora con dos dedos, ahora con una mano, ahora con las dos manos, así, hasta que la puerta se abrió lo suficiente para que pudiera pasar, arrastrándose hasta el pasillo. Lo más parecido a un sueño febril donde al final creyó ver al inspector

de las gafas oscuras junto a otro, que por las pintas y maneras también debía de ser del gremio. Este lucía un bigote que era lo más parecido a un brochazo sobre la boca y fumaba un puro. El Nani pudo escuchar retazos de la conversación. «Pues que tiene un coño que es como meterlo en un tarro de manteca», decía el del brochazo en el bigote. «A ver si

me llevas», decía el inspector de las gafas negras. «Muy guarra, me comía el culo con el dedo dentro y no hacía más que meterlo y sacarlo, follándome las almorranas», seguía el de la brocha con el relato. «Me la tienes que presentar», apuntó el inspector de las gafas negras. «Y le digo: no me folies tan rápido que el culo agarra aire y... ¿sabes lo que me dice la muy

guarra?» «¿Qué?», preguntó intrigado el de las gafas negras. «La muy guarra me dice que eso mismo es lo que quiere, comerme los pedos, y a mí eso me puso más caliente que el cenicero de un bingo.» «Ya lo creo.» «Menuda cerda. Le pones una manzana en la boca y cuando le comes todo lo que viene siendo el coño, la muy guarra suelta chorros de

sidra.» «¿Dónde dices que para?», preguntó con interés el inspector de las gafas negras. «En el Muñecas, en Santander», respondió el de bigotes. «¿En el club del Pimpín?», volvió a preguntar el de las gafas negras. El de la brocha en el bigote asiente a través del humo del puro y sigue con los detalles: «En la calle de San Pedro. Cuando la vi de

espaldas, me dije, chache, mira, ese culo no engaña, ahí hubo gente.»

El Nani los esperó tendido en el pasillo de mármol, envuelto en su propia sangre. No tenía escape ni fuerzas para intentarlo. Decidió rendirse al capricho de sus verdugos, cada vez más cerca. Tanto que pasaron por encima de él, como si él no existiera, para seguir

luego su camino entre
toses, flemas y
comentarios vulgares
del vicio carnal.

«Estoy *matarile*»,
se dijo el Nani, en un
ronco susurro. Pero
era igual que si
estuviera sumido en
una pesadilla y no
pudiese articular
palabras. Cuando el
reloj daba las nueve
de la noche, el Nani
consiguió llegar al final
del pasillo desde
donde divisó el

vestíbulo, al fondo. La sangre le velaba los ojos. Había dos policías, de uniforme, en la misma entrada. Hablaban con otro hombre, un tipo flaco, de traje cruzado y que fumaba en boquilla. Distinguió el pañuelo blanco que asomaba por el bolsillo superior de la chaqueta a juego con la sonrisa aristocrática que se gastaba. Aquel tipo parecía un maniquí del

Sepu, plantado en la misma puerta de la policía. Fue entonces cuando creyó ver acercarse a un chico de pelo rizo y aire desgarrado al que reconoció por su cinturón brillante de monedas, de las de dos reales. Era él, no había duda. «Pero qué más da todo, si estoy matarile», balbuceó el Nani, arrastrándose por el suelo, antes de alcanzar el vestíbulo,

donde creyó ver de refilón a otro conocido que vestía un abrigo Loden y llevaba una copa, de las de anís, en la mano. Eran fantasmas de un delirio que tenía mucho que ver con la muerte y sus cercanías. El cuerpo del Nani pasó rozando las botas de los policías de la entrada. Arrastrándose, el Nani llegó al portalón de la calle. Fue cuando

escuchó la voz:

—¿Dónde vas,
Nani?

El inspector se había quitado las gafas y le miraba con una sonrisa enferma, clavándole todo el veneno de sus ojos.

—Demasiado tarde para salir de juerga, ¿no crees? —dijo esto y pisó su cuello—. ¿No querías democracia, eh? Pues te voy a contar que, gracias a

la democracia, te tomamos como terrorista y podemos retenerte durante más tiempo, por pertenencia a banda armada.

Había sido la última tortura antes de ingresarlo para empezar de nuevo con el interrogatorio. Se trataba de un calvario cruel y refinado con el que los funcionarios del edificio disfrutaban. El

inspector de las gafas negras lo llevaba a la práctica como un director de teatro que moviera a los actores siguiendo las líneas de un libreto macabro. Lo de hacer creer al reo que quedaba libre para después torturarlo la esperanza era muy fina, tanto como pasarle la llama del encendedor por delante de los ojos, igual a un hipnotizador a punto de dormir a su

víctima, quemándole los párpados casi sin querer.

El inspector ocultó sus ojos de reptil tras las gafas negras y le hizo una seña al inspector del bigotón de brocha, que andaba cerca. Este, con el puro entre los dientes, se apresuró a retorcer el brazo del Nani igual que si fuera el palo de una fregona.

—Te presento a tu

verdugo —dijo el inspector de las gafas negras, con su voz más tierna—, un profesional manejando el soplete. Ya le he comentado lo que te gusta jugar con fuego para fundir oro en lingotes. Vais a hacer buenas migas, ya verás, Nani.

La gente que en esos momentos pasaba por delante miraba de reojo a los dos inspectores que

conducían al Nani a las dependencias policiales. Cuando lo llevaban por el pasillo, un policía de uniforme, tez pálida, mejillas hundidas y espaldas vencidas por el trámite burocrático reclamó la presencia del inspector de las gafas negras. Todo indicaba que una llamada telefónica lo requería con urgencia.

—Es una mujer, que dice que sabe dónde están

escondidas las armas.

8

Se habían citado en la cafetería del Hilton. Cuando la Malata apareció puntual, el inspector ya la estaba esperando con los pies sobre la mesa baja y las gafas en la mano, sentado en uno de los sofás del rincón. Cruzaron una mirada

de viejos enemigos. Sobre la mesa había un vaso de güisqui mediado y un plato con almendras. A un lado, la gabardina arrugada dejaba ver su forro. Cortefiel.

La Malata se dirigió hasta el inspector con el pisar de mucho muslo y el bolso en bandolera. Resaltaba el vientre de meses bajo el vestido de lana ceñido a las formas. No pudo

disimular el sofoco de los párpados enrojecidos cuando levantó la vista y respiró el olor intrigante. Le vino la náusea hasta la boca, culpa de la tibieza del hotel, decorado con el boato de los años horteras en los que el mármol y las lámparas vestían el hambre de posguerra. Uno de los camareros, patillas de hacha y pajarita, se acercó a ella para

saber qué quería tomar. La Malata dijo que nada, de momento.

Cuando el camarero se hubo borrado, el inspector se puso las gafas y se lamió la palma de la mano y la pasó por el sofá, invitando a la Malata a tomar asiento.

Acto seguido, empezó el interrogatorio.

—¿Qué llevas en el bolso? —preguntó el inspector, con el veneno de su mirada escondido tras las gafas negras.

—Mil cosas, la agenda, el pintalabios, colorete, lápiz de ojos, pañuelo, todo lo que llevamos las mujeres junto a las alegrías y las penas de la puta vida. Ya te digo.

El inspector señaló con su dedo, como si

fuera una pistola:

—Pensé que traías el oro, el colorao, ya sabes. Lo digo por el peso. Me parece que llevas mucho bulto.

Dijo esto y levantó las gafas. Fue un momento, lo suficiente para dejar a la vista la viscosidad de unos ojos con los que rodeó el vientre de la Malata, contenido bajo el vestido de lana. Luego las dejó caer sobre sus

ojos de reptil.

Entonces ella abusó de su sonrisa para decir:

—No, yo no tengo el colorao, pero huelo dónde está.

—Ya decía yo, porque hace unas horas no lo sabías.

La rabia brilló en los ojos de la Malata y mirando fijo a las gafas del inspector, le soltó:

—Era verdad, no tenía ni puta idea.

Hubo un silencio que rompió el inspector para decir con desapego:

—Siento lo de tu gato, fue un accidente, son cosas que pasan en los interrogatorios. Había que cerciorarse de que no sabías dónde estaba el oro.

La Malata encogió la boca y abrió un poco el bolso, lo

suficiente para meter la mano y sacar un papel con un dibujo. Una especie de plano donde había señalado un descampado, por San Blas, con el nombre de una calle: Butrón.

—Lo encontré entre sus ropas.

El inspector alargó su mano para cogerlo. El bulto del sobaco resaltó como una prótesis. A través de

sus gafas, el inspector echó un vistazo rápido al papel.

—Hablamos del mismo, de ese tal Chuqueli, ¿verdad?

La Malata asintió.

—Andamos regañados. Quiere que no tenga el niño y en mi cuerpo mando yo.

—¿Y en tu cono también mandas tú?

La Malata no pudo evitar la mueca de

repugnancia. El inspector sonrió de lado y siguió con el interrogatorio:

—Y yo me lo voy a creer, ¿verdad? — Dicho esto, el inspector arrugó el papel, haciéndolo una bola que tiró sobre la mesa, junto al vaso de güisqui.

—Te lo creas o no, me da igual —saltó la Malata—. No es mi problema y esto no es

un interrogatorio, ya te digo. —Y volvió a meter la mano en el bolso.

Fue cuando el inspector se llevó la suya al sobaco. Pero la Malata fue más rápida y sacó la barra de carmín, dejando al inspector con la mano atrapada en la axila.

Duró un instante. Lo que ella tardó en acercarse hasta las gafas del inspector

para verse en el reflejo del cristal negro y pintarse los labios.

Luego se comportó con cierta sensualidad pasiva, para que al inspector le resultara fácil subirla a la habitación. «A ver ese gatito», dijo el inspector con esa grosería común de los hombres de orden cuando alcanzan su punto de sal.

La Malata apretó

los dientes hasta
hacerlos rechinar de
pura rabia.

Subieron en
ascensor hasta la 301
donde el inspector,
con un gesto poco fino
de su mano, la invitó a
entrar. A la Malata le
vino la grima a la boca
y como el inspector
quería comprobar de
inmediato el traqueteo
del aposento, la forzó
hasta la cama.

Empezaba el

juego.

Se quitó las gafas y las dejó sobre la cama. Una palpitación venérea emergió a sus ojos de reptil. Se tocó el sobaco y se bajó los pantalones, entonces la Malata lo miró igual que una araña cuando mira a su presa recién caída en la tela. Aquello provocó la insatisfacción viril del inspector que, con los pantalones a la deriva, fue al mueble bar y

sacó una botellita de güisqui y un vaso.

«Ven», le dijo la Malata, que se había levantado el vestido de lana y ahora su vientre resaltaba con la misma redondez del mundo y de la chicha. «Ven.» El inspector fue hacia ella empuñando el vaso en una mano y en la otra la botellita de güisqui. Los faldones de la camisa cubrían sus vergüenzas y la pistola

colgaba del sobaco. «No hay hielo», dijo, como si quisiera dar a entender que ya no cuidaba sus costumbres. Aquellas palabras fueron definitivas para la Malata, que le miró con la sospecha dibujada en el iris atigrado de sus ojos. Se arrancó las horquillas, soltó su pelo y se llevó los dedos a la boca, para mojarlos. El inspector

aprovechó para seguir con su papel y acercar el vaso a la mesilla y servirse. La Malata se dio cuenta de que el inspector también estaba actuando y se echó mano al bolso.

A partir de ahora todo va a suceder muy rápido. Aunque no hay tiempo para los ensayos, la Malata lo ha repasado muchas veces en las últimas horas. El inspector la deja hacer y ella se lo

toma como una
reacción inconsciente,
como una manía
común a todos los
polis. Acto seguido
saca del bolso la
cuerda de guitarra y
rodea el cuello de su
presa. El inspector se
va dejando y ella
aprieta hasta que los
ojos son como dos
bolas de naftalina y las
manos se crispan igual
a las garras de un ave.

* * *

Mientras esto sucede, el Chuqueli arranca la furgoneta y deja atrás el poblado. Un pitillo encendido cuelga de sus labios y en la mirada se advierte el recelo de los perseguidos. La rueda de repuesto va suelta en la parte de atrás y choca contra los asientos, lo que produce un sonido irritante al oído. Así llega hasta La Elipa donde aparca la

furgoneta, junto a la verja del cementerio.

Apura el cigarro. Pisa la colilla y, acto seguido, el Chuqueli se encarama a la verja y salta al cementerio. Las sombras de la noche alargan los cipreses y el Chuqueli camina entre las hileras de tumbas. Las luces que llegan a sus ojos producen reflejos fantasmagóricos que acuchillan sus nervios. La niebla se apodera

del ambiente. Como si se tratase de una mortaja, empieza a envolverlo todo. Contenida en una espiral de silencio que hace más inquietante la noche, el Chuqueli puede ver la silueta de una estatua. Se trata de un ángel con una trompeta sobre las rodillas y que la niebla confunde de tal manera que parece elevarse sobre los cielos negros. El

Chuqueli escupe de lado, como si con ello pudiese evaporar la imagen estremecedora.

Respira hondo y se adentra en la vereda que va por el lateral de una tapia. Saca el mechero y, a la luz de la llama, camina unos cuantos metros hasta dar con los nichos. Una niebla espectral cubre ahora el cementerio. El sonido de una trompeta llega

hasta los oídos del
Chuqueli y su corazón
vibra como una cuerda
de guitarra a punto de
romperse.

II

1

Es difícil precisar el momento exacto en el que se cruza la línea del desastre y no hay marcha atrás. Sin embargo, en este caso, el camino ya había sido señalado. Ocurrió en uno de esos bloques de pisos con

ascensor en cada planta, vistas al cementerio y facilidades de pago donde la Malata vivía con su tía y con un gato de nombre Jarocho; piel moteada y ojos verdes como dos caramelos de menta.

«Vamos a tener huéspedes», fue lo que dijo su tía, una mujerona brava a la que todos en el barrio conocían como la Rulo

y que miraba el mundo bajo los arcos de sus cejas, depiladas y sobre las que había pintado otras más finas, igual que hacían las actrices para emputecer los ojos. «Van a ser unos pocos de días», añadió la Rulo, como quitándole importancia.

Del exterior del bloque no hay mucho que contar; ladrillo rojo, persianas verdes y cañerías a la vista

que trepan por la pared como serpientes de un paraíso trazado con mala intención. En este caso, no tiene pérdida. Hablamos del barrio de La Elipa, según entras a la izquierda.

Así hizo el huésped.

La Malata pudo verlo en el umbral de la puerta. La penumbra le daba a su rostro la apariencia de

haber sido tallado a hachazos. A pesar de la poca luz, advirtió que era una de esas caras donde no queda sitio para el arrepentimiento.

Tampoco para la duda. Una cara magnética, con la endemoniada atracción que ejercen los chicos malos sobre las princesas de barrio.

Se presentó con la voz ronca, casi susurrada, bajo la luz

insuficiente. Dijo ser el *Txukeli*. Lo hizo pronunciando la equis de manera obscena, como si en vez de equis chascase la lengua. Gastaba el aplomo de los tipos resolutos; la sobriedad de movimientos y la mirada sagaz de los que funcionan por instinto. Lo suyo era una intuición animal y primitiva que le asomaba a los ojos, frecuentados por las

sombras y algo caídos, dicho sea de paso, sobre la nariz aplastada pero de fino olfato a la hora de oler peligro.

Luego estaban las manos. Porque, sin lugar a dudas, al Chuqueli le habían tocado unas manos largas y distinguidas en el reparto. Tan capaces para la *caricia* como para el crimen y en cuya palma llevaba escrito su destino de

manera irreversible.
La Malata se fijó en el
tatuaje, entre el
pulgar y el índice.
Cinco puntos de tinta:
cuatro alrededor y uno
al medio. *Arriba la
golfería, abajo la
policía.*

El gato se acercó a
olisquear, llevado por
el olor a tabaco que el
huésped desprendía, y
el Chuqueli se inclinó
para acariciarlo con la
palma de su mano.
Miau.

—¿Qué pasa,
minino?

Entonces, con una
rapidez de
prestidigitador, en un
visto y no visto, el
Chuqueli sacó la
cartera y tendió los
billetes.

Dos mil pesetas.

—Es por cuenta de
mi menda —subrayó
con la voz envuelta en
una dudosa oscuridad.

Pero la Rulo hizo
un aspaviento de

rechazar el dinero:

—Ya lo arreglé todo con las hermanas del Nani —dijo para reforzar su gesto.

Entonces el Chuqueli, atraído hacia el territorio virgen de la inocencia, tendió los billetes a la Malata.

—Toma —insistió él.

Al contrario de su tía, la Malata no dudó en coger los billetes. Dinero fresco, del que

cuenta y suena.

—Gracias —dijo la Malata con la electricidad del roce en su mano; una corriente de alto voltaje que vino a demostrar que las sensaciones más intensas ocurren sobre la piel de las personas.

La Rulo asistió callada a la escena, con las carnes envueltas en un kimono corto, y el

Chuqueli extendió su sonrisa con cierta sensualidad despreocupada; un gesto que resulta atractivo a algunas mujeres cuando hay dinero por medio. Se atusó el mechón de su tupé con el dedo y levantó la vista para ponerse a hablar de sus orígenes. Era criado en Bilbao, a la otra orilla de la ría, contó con una voz que parecía tener muchos

más años que él.

2

La noche crecía en la ventana cuando llamaron al teléfono. Con la seguridad del que sabe que la llamada no interesa a nadie más que a él, el Chuqueli descolgó el auricular y dio las señas del piso.

—No tiene
pérdida.

Su voz era bronca y parecía venir del fondo de un pozo donde se acumulan negruras y otros sedimentos. El sudor pegaba sus músculos a la camisa, abierta hasta el pecho y que dejaba a la vista la piel tatuada, ahí donde brota el crimen. Colgó el teléfono y se ajustó un cigarrillo a la boca.

Antes de
encenderlo, el
Chuqueli se asomó a
la ventana y se quedó
contemplando las
vistas, las luces
borrosas que
envolvían el
cementerio.

—Parece que
flotan en la noche —
dijo el Chuqueli y
encendió el cigarrillo.

—Son los espíritus
de los que han
palmado —saltó la

Malata tras él,
seducida por las luces
que recortaban la nuca
felina del Chuqueli,
contenida de sombras.

—Qué va, nena —
contestó él, sin
despegarse de la
ventana—, qué va —
repitió, aspirando el
humo del cigarrillo—,
son los muertos, que
cuando se pudren
sueltan luces de
colores.

Estamos a finales

de verano, cuando la noche se cuela con la viruta de la última verbena y la calle aún conserva el sol de la tarde, y la Malata aprovecha que la Rulo no está delante. Tiene un impulso y es cuando se pega al Chuqueli y le quita el cigarrillo de la boca. Con ello, la Malata da a entender que quiere compartir algo más que el tabaco y el Chuqueli se deja

hacer, sin mover un solo músculo de su cara, sin ensayar parpadeo alguno. Como si aquel instante no hubiera existido, la Malata pega una calada y vuelve a dejar el cigarrillo donde estaba, en la boca del Chuqueli. Acto seguido, la Malata se arrimó más a él, junto a la ventana, para empezar a contarle que dentro del

cementerio hay una especie de iglesia en cuya cúpula se eleva la figura de un ángel que sostiene una trompeta. Ahora el Chuqueli la escucha con la mirada inquieta sobre las luces que cubren el camposanto. La Malata sigue hablando:

—Dicen que si escuchas la trompeta es chungo, quiere decir que te llaman del otro lado del cortijo.

—Bah, tontunas, nena. No me digas que a tu edad crees en los fantasmas —dijo él, muy cerca de la oreja de ella, con una voz áspera y provocadora que parecía arrastrada por el polvo.

—No son tontunas, ya te digo —subrayó la Malata, arrancando de nuevo al Chuqueli el cigarrillo de la boca—. Dame otra calada, anda.

Cuando la Malata rozó al Chuqueli, este percibió el calor de la carne. También el de la sangre que latía por dentro. La miró de reojo. Al igual que la vez anterior, se repitió el ritual con la misma confianza. La Rulo tampoco asistió a la escena, no había vuelto todavía de tirar la basura.

—Mi tía tardará un poco, tiene que cruzar al otro lado, donde

están los cubos —dijo la Malata soltando el humo directo al Chuqueli, como si quisiera decir más de la cuenta.

Por lo menos, así lo interpretó él, que le clavó los ojos cuando la Malata se tumbó en el sofá, dejando a la vista el ombligo; la sombra que se enroscaba a la cintura elástica de los pantalones mientras fumaba con aire

despreocupado. Cosas de niña. A su lado, Jarocho parecía ayudar. Se mostraba juguetón, entreteniéndose con malicia en la camiseta, subiéndosela con sus zarpas más arriba del ombligo.

—¿Y tú, a qué te dedicas, nena? — preguntó el Chuqueli.

—Estuve trabajando en el bareto del Nani, por

Canillejas, por donde los tejadillos negros, ¿te suena?

El Chuqueli negó con la cabeza y hundió sus ojos en el iris atigrado de aquella niña que le contaba más de la cuenta:

—Un *pub* con mucho punto. Pero lo cerraron los maderos, ya te digo.

El Chuqueli detalló el barniz rosado de las uñas, el cigarrillo

consumiéndose entre los dedos. La Malata se dejó desnudar por la mirada y se echó a un lado para dejarle sitio. El Chuqueli tomó asiento y Jarocho raspó con las zarpas el sofá, arrancando una leve sonoridad que bien se podía interpretar como una marca de territorio. Miau.

La Malata estalló en una risa cantarina y se incorporó para

aplastar el cigarrillo en el cenicero. Luego siguió contando que aquel trabajo en el *pub* del Nani salió por recomendación de su tía.

—Mi tía limpia bares y escaleras, pero como tiene la aciática, a veces se queda con la bisagra toda pillada, y aquel día se levantó malamente y la fui a echar un cable.

Tiempo después, casi al final de esta historia, cuando la Malata ya no pudiese retroceder y se viese arrojada a la orilla del desastre, se daría cuenta de que aquel chirrido de bisagras no era más que el anticipo de una tumba. El sitio al que iba a entrar tuvo que haber sido el sitio del que se tendría que haber ido. Pero no. El local de Canillejas estaba en

penumbra y la Malata entró frotándose los ojos. Todavía tardó un poco en hacerse a la media luz; en precisar la barra trazada de punta a punta que ocupaba el frente. Taburetes altos, espejos y, en el rincón, una tarima con pequeñas mesas de cristal y sillones acribillados por las quemaduras. Una puerta daba detrás de la barra. En esos

momentos estaba abierta, dejando ver un escueto almacén donde la Malata advirtió la figura de dos hombres que se quedaron en silencio.

«Pensé que no había nadie», dijo la Rulo. «No pasa na», saltó uno de los hombres, un chico joven de pelo rizado y con una agitación en el tono de voz que reveló que estaba mintiendo: «He

llegado después de comer, tenía que arreglar cuentas con proveedores.»

Entonces la Rulo hizo las presentaciones.

«Mira, este es el Nani, el dueño de esto.» A

pesar de la penumbra, ella notó el esmalte en los ojos. «Aquí mi

sobrino, que ha venido a echarme una

mano.» El Nani movió

los labios y ella

percibió el obsceno perfume de la derrota

pegado a la piel de aquel joven. «¿Cómo la ves?», preguntó la Rulo. «Bien, pero me viene la inspección y me cierran el garito», dijo el Nani con un timbre de inquietud en la voz. La Rulo lo intentó convencer de seguido, como si tuviera ensayado su discurso: «En un poco cumple los dieciocho, pero puede aparentar más», le dijo. «Si me viene un madero me

busco la ruina», cortó el Nani, con cierto cansancio. «Si no te la has buscado ya con los que aquí vienen...», soltó la Rulo como dejándolo caer, y emborronó la frente con un tumulto de arrugas sobre sus cejas recién pintadas para mirar al hombre que había tras la puerta, un tipo con gafas negras como las que llevan los ciegos. «Está bien —dijo el

Nani—, pero sólo por la tarde, cuando esto es cafetería. Atendiendo en la barra. Luego viene la música, los cubatas, las luces y los líos.»

Así se cerró el trato. El local se llamaba Eurípides, aunque nadie lo llamaba así. Todo el mundo lo conocía por «lo del Nani.»

* * *

—Al tal Nani mi menda no lo conoce — dijo el Chuqueli, aplastándose en el sofá.

—Pues pensé que os conocíais de la cárcel, ya te digo.

—No —dijo el Chuqueli con una elegancia seca y rotunda. De nervio y firmeza.

La Malata captó su mirada y adelantó las

piernas. Como si el Chuqueli desconociera la historia, la Malata dijo:

—Sigue dentro, ¿sabes? Lo trincaron en el asalto a una pastelería a principios de verano, ya te digo.

La Malata le cuenta que era un día caluroso cuando el Nani y otro colega, al que llaman el Campana, entraron en una pastelería muy

perita, en un barrio de dinero que queda al otro lado. «En el escaparate hay hojaldres y salmón ahumado, a seis *talegos* el kilo, y cruasanes chiquitos de mantequilla. Recién hechos. Los currelas van vestidos con pajarita, como los mayordomos de gente importante», dice la Malata. El Nani iba armado con un abrecartas de latón y

el Campana le cubría con una pistola de juguete. «¡Esto es un atraco!» Los mayordomos subieron las manos en señal de rendición.

—Dime, nena, ¿cuánto se llevaron?

—Seis mil pesetas, ya te digo —soltó la Malata con cierta vergüenza, como si la hubieran pillado en algo malo.

El Chuqueli estiró

su sonrisa y luego la Malata siguió contando que el Nani y el Campana salieron de estampida de la pastelería, y alguien gritó: «A los ladrones», y toda la calle empezó a correr detrás de ellos. El Campana, como era cojo y no podía correr más rápido, pues se puso nervioso, «pobre mío», y ahí fue cuando lo vieron tirar al suelo la pistola de juguete.

No pudo avanzar mucho y lo trincaron.

—Y cantó en comisaría, ¿verdad, nena? —preguntó el Chuqueli, conocedor de un desenlace tan predecible.

La Malata asintió y luego le pidió otro cigarrillo.

—¿No estás fumando mucho, nena?

—El cigarro se inventó para algo, ya

te digo —contestó ella,
sin renunciar a la
malicia.

—Claro, nena, el
cigarro se inventó para
tener un sitio donde
apoyar el humo —soltó
el Chuqueli, acercando
la cajetilla de Winston
y el mechero, rozando
la piel de ella con la
yema de los dedos.
Ella se lo permitió de
nuevo mientras se
llevaba el cigarrillo a la
boca, paladeando el
humo y los

pensamientos,
acariciando con la
mirada al huésped.
Nadie supo con
certeza si fue la mano
la que se siguió
acercando a la pierna
o fue al contrario, un
roce, lo suficiente para
que ella le abriese una
puerta con los ojos
que él no dudó en
cruzar. Jarocho
percibió la tensión y
arqueó su cuerpo.
Miau.

—¿Y ahora, qué,

nena? ¿No estás buscando trabajo?

—Chachi que sí, ahora voy a trabajar en una peluquería. Cuando empiecen los colegios, ya te digo.

—¿Cuándo empiecen los colegios? ¿Cómo es eso, nena? —preguntó el Chuqueli extrañado.

—Sí, ya te digo, cuando terminen las vacaciones que es cuando las vecinas

tienen tiempo libre y van a la peluquería. Estudié para peluquera, pero lo que más me gusta es ser actriz de cine.

Esto último lo dijo la Malata con cierta responsabilidad. El cigarrillo humeante entornaba los ojos y el Chuqueli la escuchaba contar que había trabajado en una película donde le dieron un papel corto, de relleno. Primero

haciendo bulto en una discoteca y luego en la calle, pasando al lado de una señora a la que robaban el bolso. Lo mejor fue que detuvieron al actor porque se creyeron que era verdad.

—¿Cómo dices que se titula la película, nena?

—*Navajeros*[\[4\]](#).

Pero yo sólo salgo un rato de nada — contestó la Malata y

pegó otra calada y siguió hablando—. El papel me lo consiguió el Toño [\[5\]](#), el cantante de un grupo de aquí, del barrio, que va a hacer la música para la peli. También paraba por el *pub* del Nani.

Luego la Malata contó que, en el cine, pagan por esperar, ya te digo. Se tarda más en preparar una escena que en rodarla y los preparativos de

aquella escena en la que iba a actuar la Malata duraron más que muchas escenas juntas. Mientras tanto, los actores y extras aguantaban nuevo aviso haciendo lo que se hace en esas películas: darle al porro, escupir, beber litronas y otras maneras de ir calentando.

—Lo que pasa es que al director me lo camelé y me dijo que

me pegaba el toque para la próxima peli. Es un director que ya ha hecho más películas, una de un político maricón y otra de tironeros. La de «pinchazo o pellizco», ¿no te suena?

—Eso es como preguntar: tragas o escupes, ¿verdad, nena?

Ella hizo como si no escuchase la gracia, pegó una

calada y siguió dando detalles:

—El director es un tío reconocido, lo que pasa es que por ser comunista lo tienen apartado. Eso nos contó cuando fue a pagarnos.

—Mira, nena, es que mi menda no va mucho al cine.

—En quince días la estrenan. Podríamos ir juntos, ya te digo.

El Chuqueli sonrió,

soltando el aire por la nariz, dando a entender que no iba a comprometerse. La Malata apagó el cigarrillo en el cenicero y le preguntó, a quemarropa:

—¿Siempre llevas pistola?

—Mi menda siempre lleva insecticida, nena —guiñó un ojo—. Por si las *flais*.

—¿Eres feliz?

—Mira, nena, dime de un hombre que sea feliz en este puto mundo y mi menda te mostrará el culo arrugado de un hombre que miente. Los que presumen de felicidad se han dejado dar por culo muchas veces.

Pero la Malata no desistió ante la respuesta del Chuqueli y volvió a la carga, como si se hubiera dado cuenta de que

bajo la dureza de aquellas palabras había tocado una fibra demasiado íntima para dejarla pasar.

—¿Estás *solipandis*?

—¿Qué quieres decir, nena?

—Me refiero a que si estás casado, si tienes *tronca*, churumbeles...

El Chuqueli no contestó, se dedicó a hundir la mirada

cargada de culpa en el
cenicero humeante.
Entonces la Malata
tuvo un escalofrío y
Jarocho maulló. La
Malata todavía era una
niña que se veía a sí
misma como un globo
inflado de sentimiento,
siempre asediado por
alfileres de punta.
Intuía que la vida es
búsqueda y, en el
fondo, aquel joven de
voz pantanosa
también buscaba a
alguien para algo más

que para fumar. La idea de ponerse a compartir demonios empezaba a inflarse entre ellos dos, en esto que la Rulo apareció por la puerta y alzó las cejas al encontrarlos en el sofá. Jarocho le daba cierta pizca de lirismo gatuno a la escenografía del cuadro, la misma que se da por hecho cuando un hombre y una mujer se atraen.

La Rulo los recriminó con la mirada y la Malata puso cara de extrañeza, como si algo quedase fuera de su alcance.

La incógnita quedaría despejada esa misma noche, cuando llegaron los demás miembros de la banda y la Rulo los dirigió hasta la cocina donde el Chuqueli había desplegado un mapa. La nevera emitía un zumbido de

moscardón viejo y el Chuqueli los hizo sentarse alrededor de la mesa. Formaban una banda sólida, unidos unos a otros por la misma corriente eléctrica que parecía crepitar cada vez que el Chuqueli hablaba. Lo hacía con esa autoridad que sólo tiene quien ha cruzado la línea invisible del peligro, señalando con el dedo un punto sobre el plano, cerca del

aeropuerto de Barajas. «Todos los días, a la misma hora, los camiones del reparto de leche entregan la recaudación.» En los ojos del Chuqueli brillaba el destello del que conoce el nombre de algo valioso.

Había trazado el plan al detalle, sentado a horcajadas sobre la silla con el pitillo humeante entre los labios. Sin lugar a dudas, aquel joven era

un artista que brillaba con esa luz que dicen que tienen los astros, un gas especial parecido al que permite que se iluminen los neones. Sin embargo, al contrario que el de los neones, este era un flúor de origen natural. No se dejaba encerrar en ningún tubo para anunciar una marca. El Chuqueli era del brillo radiante de los genuinos, de los que

iluminan con luz propia cada uno de sus pasos y hacen sombra a cualquiera que se acerque. Todos los atracos de su firma se desarrollaban de la misma manera, todos tenían su marca; la misma técnica de despiste con los coches robados alrededor del punto en el mapa.

En una de esas, llamaron a la puerta y la Malata fue a abrir y

la Rulo dijo: «Espera, que ya abro yo», y se arregló el kimono corto que dejaba al aire las piernas, el arranque de los muslos, las medias de gasa y toda esa hospitalidad apetecible aprendida en el viejo oficio. «Adelante», dijo la Rulo, abriendo mucho las cejas para invitar a entrar a un hombre con gafas negras como las de un ciego. Traía unas

bolsas de lona en las manos que dejó en el suelo. La Rulo, nada más verlo, le acarició la camisa y la corbata, arqueando las cejas con el gesto acanallado. No pudo reprimir la secreción salivar que mojó sus palabras de bienvenida: «¿Qué tal?» El hombre de las gafas negras arrastró una sonrisa ácida y palmeó las cachas de la Rulo con sonoridad.

Lo mismo que si se tratase de un señor feudal que llega a sus dominios, el recién llegado abrió el kimono que envolvía la carne madura y sonrió con desprecio, como si no fuera de su agrado el material. Acto seguido se inclinó a recoger las bolsas de lona, una por cada mano.

A la Malata se le retorció el estómago como un látigo de

cuero y Jarocho salió escopetado ante la presencia inquietante de aquel tipo, cuya expresión obsesiva se hizo más intensa al entrar en la cocina viciada por el humo del tabaco y las toses broncas. En una de las paredes había colgado un calendario con el mes en curso: septiembre de 1980. Marcados en rojo los días del periodo de las inquilinas. Los de la

Rulo, con un punto. Los de su sobrina, una cruz. Con todo, el recién llegado no se paró en detalles y dejó las bolsas en el suelo de la cocina. Miró a un lado y a otro con incomodidad, tras sus gafas negras. Era como si estorbase en aquella cocina con vistas al cementerio.

Se hizo un silencio y sólo se oyó el agua gotear de la sábana recién tendida al

suelo. Entonces el hombre se quitó las gafas para restregarse los ojos, pequeños y nerviosos, que se movían a un lado y a otro iguales a los de una serpiente vigilando el nido. De las bolsas de lona sacó unos trajes, unos monos azules de faena como los que utilizaban los empleados de la central lechera.

3

Al principio, el barrio era una colonia de traperos y el cementerio vendría después para llenar la avenida de coches fúnebres y talleres de lápidas, haciendo de la muerte un negocio de los que nunca

quiebran. Una vez liquidado el último saldo, pasarían bajo los cables de alta tensión los coches fúnebres, cargados de coronas para el viaje.

Poco a poco, los vecinos se fueron acostumbrando al espectáculo. Quien más o quien menos sacaba algo y la avenida se fue convirtiendo en un río sagrado donde los ancianos esperaban la

muerte sentados en los bancos del ayuntamiento. En la espera, comprenderían que la muerte, al final, gana la partida aunque deje toda una vida de ventaja. Lo que en otra cara del mundo era la última parada, la del Ganges, en el barrio quedaba a la altura del semáforo, donde en los veranos los niños panzudos se acercaban con botijos en la mano a cambio

de una perra gorda. No había llegado aún lo de los euros, pero ya se formaban atascos de coches, prisas por ver quién ganaría la carrera hasta su propio entierro. Con la misma rapidez de los tiempos, la modernidad no tardaría en cruzar la línea de meta y entrar en el barrio. Sentados en los bancos, los ancianos la vieron

venir de lejos. Parecía todo tan inofensivo que no se dio la voz de alarma. Por donde las carreteras parecen juntarse pusieron una glorieta con un dragón [6] que sacaba la lengua, un tobogán que el tiempo sembraría de jeringuillas y de sangre forense. Todo esto, en algunas balanzas, no tiene peso alguno. Sin embargo, para la

Malata sí que lo tenía, pues ella era de esas chicas que siempre ven más allá de la verja del cementerio. Ahora sobre el barrio cae la noche y la Malata está en la calle, haciendo tiempo. Sin perder de vista el portal permanece a la espera. Ve salir a los miembros de la banda. El primero es un joven de rostro risueño e infantil y con las mejillas agujereadas

como ralladores de queso, culpa de un vicio mal curado. Según sabía la Malata, se referían a él como el Pitarra. Al rato salió el hombre de las gafas negras con su inconfundible forma de caminar; el torso hacia delante y el sobaco abultado, como si le escociese la pistola. Traía los andares rígidos, sujeto a la tensión de su propia autoridad. La Malata

se meneó en un escalofrío cuando el hombre se quitó las gafas y sus ojos se movieron en la noche durante un segundo, como si buscara un camino que él mismo había marcado.

Luego lo vio perderse más allá de la plaza. La Malata también vio salir a ese otro de la banda que llamaban el Sardi. Era moreno, con el pelo rapado, gafas de

concha, barba recortada, pantalón de pana azul y cazadora que le quedaba grande. A continuación saldría el que llamaban el Largui por ser el más alto de la banda. Además de rubiajo y de ojos saltones tenía la piel blanca y poblada de pecas, calderilla de una herencia biológica que salpicaba su pellejo.

El

Chuqueli

tardaría en salir. La Malata lo abordó con urgencia cuando se iba a meter en el coche, un Seat 1430 color rojo tomate.

—¡Eh, figura!

El Chuqueli volteó:

—¿Qué pasa, nena?

—Me largué porque me estaba poniendo chungu encerrada en la casa.

El Chuqueli sonrió

con los ojos y entró en el coche. Por la ventanilla miró a la Malata como preguntando si estaba dispuesta a entregarse a la oscuridad que se abre al otro lado. «Sube, nena, que mi menda te lleva a dar un voltio.» Los del Chuqueli eran unos ojos acostumbrados a pasmar y dominar a la vez. La Malata no lo pudo evitar y agarró la puerta y entró en el

coche.

—Dame un
cigarro, anda.

—Ahí tienes, nena.

—El Chuqueli indicó la
guanterera—. ¿Se puede
saber qué pasa?

—El gachó ese, el
de las gafas negras —
fue diciendo la Malata
mientras abría con
nerviosismo la cajetilla
de tabaco.

—¿Sí...?

—El
Chuqueli dejó en
suspense la pregunta.

—El gachó ese, resulta que es de la *pasma*. Inspector de la secreta.

Los ojos del Chuqueli no evidenciaron sorpresa alguna. Apretó la cara en una mueca y volvió a sonreír, sin darle importancia, como si ya lo supiera.

La Malata se fijó de nuevo en sus manos, el tatuaje y el garabato refinado que

trazaban sus dedos para acercarle el mechero. *Arriba la golfería, abajo la policía.* También se fijó en el fino cuchillo de los labios que se estiraban en una sonrisa limpia, sin trampa ni cartón. Fue después de la sonrisa que la Malata, llevada por su propio impulso, contó que conocía de vista al hombre de las gafas negras. De parar por el Eurípides, el *pub*

del Nani donde ella trabajaba por las tardes. El mismo Nani se lo había dicho, en un aparte. «Al loro, que es de la pasma. Inspector de la secreta.» Llegaba con esos andares lentos, fiscalizando todo tras el parapeto de sus gafas negras. La Malata detalló la manera que tenía de llevarse la mano al sobaco, como si le doliera o llevase una

pistola. Sin sacarse las gafas se acercaba a la barra y pedía un güisqui, sin hielo, avisaba, como queriendo dejar claro que era un tipo prevenido. Cuando la Malata se lo servía, él se inclinaba sobre la barra y se quitaba las gafas y preguntaba por el Nani. Ella decía que no iba a tardar, que había salido con un proveedor. «Está al caer», aseguraba la

Malata, a la que nunca le habían gustado los tíos que se piensan que las mujeres tienen los ojos tan abajo. Él, por su parte, permanecía todo el rato apoyado con el codo en la barra, sin perder de vista la puerta y los espejos que reflejaban los movimientos de la Malata. Estaban solos. Una de las veces en las que se quitó las gafas, la Malata

advirtió la tela opalina que cubría los ojos, igual a la membrana ocular de los reptiles. Al rato aparecía el Nani. Se saludaban con frialdad y cuando el Nani atravesaba la barra, le hacía una seña para que lo siguiese hasta el almacén. Una vez se dejaron la puerta entornada y la Malata pudo cazar trozos de conversación al vuelo, jirones que ahora le

contaba al Chuqueli, subida en su coche. Se tocó la nariz con un gesto rápido y el Chuqueli percibió el cosquilleo delator cuando se esconde parte de la verdad.

—Tienes razón, nena. Es el Perkins, inspector de la secreta y un mafiote. Mi menda lo conoce bien —aseguró el Chuqueli con las palmas de la mano abiertas sobre el volante.

—¿Por qué me has engañado? —la Malata saltó ofendida.

El Chuqueli no entendió la pregunta, pero le hizo gracia.

—¿A qué te refieres, nena?

—A que me has dicho que no conoces al Nani.

—Es verdad —mientras arrancaba el coche—, mi menda no lo conoce en persona; sólo de oídas.

—Jura —dijo la Malata y miró hacia el bloque de pisos; las cañerías trepando por la fachada y la Rulo, su tía, asomada a la ventana, que observa cómo el coche arranca y se pierde de vista.

—¿Qué quieres que te diga mi menda, nena?

—¿Adónde me llevas?

El Chuqueli no contestó. Condujo más

allá del aeropuerto,
donde los aviones
encendidos de luces
pasaban rozando la
carretera. Fue
entonces cuando el
Chuqueli le juró
montar en uno, rumbo
a México.

—¿Tanto te gusto?

—preguntó ella,
coqueta.

El Chuqueli sonrió
por respuesta y la
Malata siguió
espoleando el deseo

con la boca de una mujer que empieza a crecer muy deprisa. Hasta entonces, la Malata era una chica a la que la vida le había enseñado a gritar con la boca cerrada. A partir de ahora todo sucedería a la velocidad de una montaña rusa, una atracción con final truculento, plagada de luces y sombras por las que sobrevuelan aviones cargados de

mal agüero. Un hormigueo recorrió sus entrañas desde el momento en que el Chuqueli aparcó en el polígono, a espaldas de la central lechera que horas después iba a ser asaltada. Le acercó la mano a la cara y dibujó con ella un trazo que llegó a rozar su piel. Ella se dejó engatusar y le mordió con los ojos.

—¿Qué te pasa, nena?

Entonces ella va y acaricia con la palma de su mano la palanca de cambios y se lo confiesa:

—Soy virgen.

—Eso tiene fácil arreglo, nena.

4

La relación con aquel inspector de gafas negras se convertiría en un infierno necesario para el Chuqueli. A los pocos días del atraco a la central lechera, el Perkins fue a por él. Sabía dónde

encontrarlo. «Ese
chochito le trae loco»,
masculló el Perkins,
cubriendo sus ojos con
las gafas negras,
rumbo al barrio de La
Elipa, según entras a
la izquierda. No tiene
pérdida.

El Chuqueli estaba
con la Malata en un
mesón de taburetes
oscuros, junto a la
barra. Fumaba un
cigarrillo y no se
sorprendió cuando el
Perkins hizo su

aparición en el local y se puso delante de él, como diciendo: «Mira, chaval, el cielo es el único obstáculo a lo alto que me puede frenar.» Entonces el Chuqueli lo miró de abajo arriba, con desprecio; una dureza innata aprendida al otro lado de la ría. Pegó una *pitada* al cigarro y disparó el humo a la cara del Perkins, emborronando sus

gafas negras. Muy bajito, el Chuqueli le dijo algo y tiró el cigarrillo encendido al suelo.

—Chis, que aquí la autoridad soy yo — avisó el Perkins y, de seguido, fue a coger de las solapas al Chuqueli.

Pero el Chuqueli tuvo un movimiento de defensa y se las retiró, como preguntando:

«¿Quieres que te devuelva la calma?»

El Perkins se sacó las gafas y le taladró con los ojos. Entonces el Chuqueli hizo un amago de darle un cabezazo y el Perkins se retiró, disimulando con el gesto de volver a ajustarse las gafas. Todo esto ocurrió ante la mirada atenta de la Malata, que no podía ocultar su odio hacia aquel poli que venía a interponerse entre ella

y el Chuqueli. A punto estuvo de intervenir pero el Chuqueli no la dejó.

—Tranqui, nena. Oír, ver y callar —le dijo, imponiéndose con la voz rugosa, por si el movimiento de la Malata se interpretaba como un signo de debilidad por su parte.

Ella apretó los dientes y se preguntó cuánto tiempo continuaría en silencio

el Perkins, cuya mano crispada tocaba ya el sobaco. Poco tiempo, pues el Perkins no tardó en cargar sus palabras:

—Vaya, Chuqueli, ¿te vas a casar? — señalando despectivo a la Malata—. ¿Te retiras tan pronto?

El Chuqueli le dio la espalda y fue hacia la máquina de marcianitos, pegada a la pared, al final de la

barra. Echó una
moneda.

El Perkins se
acercó y dijo:

—Por favor,
Chuqueli.

El poli bueno
asomaba la cara. Con
todo, el Chuqueli le
siguió dando la
espalda. Ahora se
defendía de un ovni
que aparecía en
pantalla.

Tururitatatitati. Así
el Chuqueli mantenía

las distancias.
Tururitatatititati. Que corra el aire.

—¿Podemos subir al piso a hablar tranquilamente? — preguntó el Perkins, muy cortés.

—No sé, mi menda ya no anda de huésped.

Tururitatatititati.
El Chuqueli sabía que cuando un poli se pone en ese plan, algo prepara. Ley del

bronce. No hay peor poli que el poli bueno que se acerca, buena la cara y malas intenciones, todo rodeos para poner el bozal a un perro callejero. La música de otro ovni amortiguó el sonido de sus palabras.

Tururitatatititati. Fue entonces cuando el Perkins se quitó las gafas de nuevo y miró hacia la barra, donde estaba la Malata.

Clavó los ojos de serpiente con severidad, detallando los pantalones untados al molde de su entrepierna. Los labios llenos, el vaquero gastado por el roce. La cintura estrecha y la cruz del pecho alta. Sobre los hombros resbalaban unos cabellos que eran como la crin de una yegua salvaje. El Perkins se aproximó hasta ella y le dijo:

—El Chuqueli y yo tenemos que hablar de hombre a hombre. Necesito que me abras la casa.

—Mi tía está al llegar, ya te digo.

—Es verdad — saltó el Chuqueli—, mejor vamos al coche de mi menda —dijo, señalando la puerta del mesón con un brillo insultante en los ojos.

Tenía la situación

dominada.

El Perkins se puso las gafas. Salieron del mesón y cruzaron al coche, aparcado en el bordillo. La Malata los observaba desde la puerta. Podía leer en sus labios la conversación. El Chuqueli, sin más broma, sacó de su chaqueta de cuero un sobre abultado que tendió al Perkins.

El Perkins se subió

las gafas hasta la frente y acercó sus ojos al Chuqueli:

—Vaya, por lo que deduzco me estabas esperando.

El Chuqueli sonrió con camaradería y el Perkins contó el dinero con un gesto de asco:

—No me salen las cuentas.

—Mi menda la mitad. La otra mitad a repartir entre todos. Seis contándote a ti —

dijo el Chuqueli, de seguido, como si hubiera estado esperando el momento para soltar todo esto de golpe.

—No me parece mucho —dijo el Perkins y le clavó las pupilas de reptil en un gesto de intimidación.

—Mi menda te dijo que hay que dar palos buenos para que quede algo de astilla —contestó el Chuqueli.

Pero al Perkins no le gustó eso. Tenía conocimiento del dinero que se hacía gracias a un confidente de los tiempos de la Social [7], el mismo que le había conseguido los planos del edificio y todos los horarios de la central lechera. Con aquel sindicalista había intercambiado cortesías desde la primera vez que lo fichó. Para el Perkins

no era más que uno de esos rojeras que quieren cambiar la naturaleza del ser humano con soflamas sociales. Nada más verlo, supo que era su hombre y tomándole por la barbilla dijo que llevaba tocándole las pelotas largo tiempo: «Demasiaaaaado tiempo.» Fue el comienzo de una amistad que germinó en terreno abonado.

—¿Quieres decir

que a mi menda le diste la gamba pelada? —preguntó el Chuqueli.

—Déjate de rollos —dijo el Perkins con el dinero en la mano—, déjate de rollos que te tengo enfilado.

El poli malo asomaba la cara. El Chuqueli mantuvo la tensión:

—Es lo que hay, mi menda se lleva la mitad después de

quitar gastos. A ver si te crees que es gratis hacer la movida, apoquinar por el alojamiento y el silencio. En eso se va un kilo por lo menos.

—Vaya, Chuqueli, a ver si ahora te vas a creer que pienso que los gemidos de las putas son de verdad. Hace mucho que perdí la inocencia —dijo el Perkins, dejando caer las gafas oscuras sobre los ojos,

cegados por el reto.

Acto seguido, se llevó la mano al bolsillo y sacó una piedra blanca, envuelta en papel celofán.

—Mira, talco del guapo, para distribuir. Esto va a ser el futuro.

El Chuqueli conocía el vicio de los polis, sobre todo el que tienen a la hora de clasificar. El Perkins lo había marcado.

—Mi menda pasa de esos rollos —dijo seco el Chuqueli.

—Esto va a ser el negocio. De aquí a un par de años, toda la juventud enganchada. Una vez que lo pruebas, no querrás otra cosa.

Aquel inspector de la secreta insinuaba demasiado, se acercaba más de la cuenta. Raspó un poco de la piedra blanca y

luego aplastó el polvo con las uñas como si aplastara un piojo.

—La *crème de la crème*. Teta de novicia. Calidad superior —subrayó el Perkins.

—No.

—Mira, de aquí a poco tiempo, una micra de este talco va a ser lo que va a valer la vida de un hombre. Recuérdalo.

—Mi menda no

comulga ya con esos jaleos, eso es ruina. Hace tiempo que mi menda se quitó de en medio...

Las palabras del Chuqueli apenas fueron perceptibles a los oídos del Perkins.

—Ruina es lo del palo a la central lechera. Además, esto es lo que hay. Es como si te viene una tía y te dice que está indispuesta, muy fina.

No me voy a sensibilizar, Chuqueli. Te digo lo mismo, si el río baja rojo, habrá que tomar el camino del barro.

5

Durante los meses siguientes, el Chuqueli iba a aparecer todos los días por La Elipa para recoger a la Malata. La subía en el coche y juntos examinaban el terreno de lo que iba a ser el siguiente palo.

—Quiero que me enseñes a conducir.

—¿Para qué, nena?

—Para la próxima película, ya te digo. El otro día fui a ver al director que te dije.

El Chuqueli arrugó el gesto y la Malata evitó contar que en la peli se queda preñada y que saldría desnuda. «Pero sólo un plano frontal del chichi, en la mesa del abortista»,

según palabras del director de barbas comunistas. «Ya te digo.»

Al final el Chuqueli se dejó convencer. La llevaba sentada sobre las piernas mientras la Malata percibía el aliento macho en la nuca. «Mira nena, al arrancar, los cambios deben de estar en el medio, aquí mismo, sin ninguna marcha puesta.» Él le cogía la mano y se la acercaba

hasta la palanca de cambios. «No te olvides de quitar el freno para poder empezar a moverte, así, nena.» Era entonces cuando echaba la mano al muslo y ella se calentaba con una electricidad que recordaría cada vez que se pusiera al volante. «Luego metes la primera y cóscate que, cada vez que cambies, tienes que

tener el embrague pisado, o no podrás, nena.» La Malata sentía el calor recorrer su espalda. «Ahora ve soltando el embrague poquito a poco y, a la vez, vas pisando el acelerador con el otro pie.» Ella combinaba sus pies pisando los zapatos del Chuqueli. «No lo hagas de golpe. Más lento, nena, más lento. ¿No ves, nena? Así.» La Malata debió de haber sido una niña

buena de pequeña. Aprendía deprisa, con sus piernas enredadas en los movimientos, dejándose llevar por la velocidad sobre la carretera que va al aeropuerto y que parecía trazada para la ocasión. Los aviones volaban bajo y la llegada del invierno se hacía notar en el crepúsculo frío, sobre el horizonte negruzco de contaminación. Se acercaba Navidad y el

Chuqueli juró que cada vez quedaba menos para que volaran juntos al otro lado del mundo. La Malata le recordó que no hiciera juramentos que después no iba a poder cumplir.

—Ya te digo. No hay nada más chungo que llenar el vacío con juramentos que luego no se cumplen.

—Por eso mismo, nena, mi menda jura

que iremos a México.
—El Chuqueli pronunciaba la equis como si fuera a escupir—. Mi menda te jura que allí nos casaremos.

La Malata le miró de reojo. Luego abrió su bolso y removió todo lo que cargaba en su interior hasta dar con el tabaco. Encendió un cigarrillo y emborronó con humo el cristal del coche.

—Hasta el año que viene no soy mayor de edad.

—Pero en México no piden edad, piden plata. Ya verás, nena, mi menda pagará unos mariachis para que te canten. Ya verás, nena.

El Chuqueli contó que se casarían cerca de la frontera, en una iglesia blanca, entre disparos de revólver y grandes sombreros.

Luego irían a Acapulco, donde los nadadores saltan desde lo alto y consiguen flotar en el aire, esperando la ola para caer en picado. Ella se veía entre jardines y flores, a la salida de una iglesia blanca con techo de paja. Ella se veía bailando con el Chuqueli entre guitarrones y guirnaldas y mucho tequila.

Pasado Barajas, después de las clases prácticas, la Malata probaría el sabor del infierno hasta quedar marcada para siempre con el aliento del mismísimo diablo. Al abrigo de la impunidad, el diablo abría su camisa y ella avanzaba con su boca por el pecho, enredado de vello, demorándose en los dominios de la musculatura, en los tatuajes que recorrían

su pellejo animal, un
perro, una rosa, un
ancla azul, una cruz,
una leyenda
taleguera: *Amor de
madre*, y así hasta
llegar a la tabaquera
de la mano con cinco
puntos. Cuatro
alrededor y uno al
medio. *Arriba la
golfería, abajo la
policía.* Pizcas de
lirismo sobre la piel
machacada por un
origen inconfesable y
que la Malata

humedecía con su lengua hasta alcanzar la nube del pubis macho. «Estás aprendiendo muy deprisa, nena», balbuceaba el Chuqueli. Una vez terminada la tarea, la Malata escupía por la ventanilla la espuma sobrante del delito y el Chuqueli le masajeara la nuca.

* * *

—Puta Navidad —
dijo el Chuqueli, con la
voz bronca y herida
mientras conducía por
la carretera del
aeropuerto.

—¿No te mola o
qué? —preguntó ella.

—Ni un poquito,
nena. Es para tener la
vida muy resuelta.

Los aviones
cortaban el cielo, a
punto de aterrizar, y el
Chuqueli giró tomando

uno de los desvíos. Cuando llegaron al edificio de Bimbo, el Chuqueli le dejó aparcar el coche a la Malata. «Soltura, nena, tienes que coger soltura», iba diciendo el Chuqueli mientras el obturador de sus ojos tomaba fotografías mentales y medía distancias. Casi se podía escuchar el chasquido de sus párpados en cada instantánea. Capaz de

prestar atención a dos cosas al mismo tiempo, el Chuqueli iba preparando el siguiente golpe. «Las ruedas, déjalas listas para salir de naja, así, nena, así.»

En una de aquellas clases prácticas fue cuando el Chuqueli le preguntó que si quería formar parte de la banda. No necesitó respuesta, la leyó en el brillo de los ojos de la Malata.

—Tu primera misión es fácil, nena, sólo tienes que avisar a mi menda si se presenta el Perkins en la casa cuando yo no esté.

—¿Cómo?

—Con la persiana de tu habitación, nena, esa es la señal, déjala al medio.

—¿Y si viene y yo no estoy?

—Se lo dices a la Rulo, que lo sepa.

La Malata tuvo un mohín de desilusión y sus ojos delataban el disgusto.

—¿Qué te pasa, nena?

Entonces la Malata le confiesa lo que el Chuqueli parece saber; la Malata revela que la Rulo tiene una jardinera en la alcoba con flores de plástico y luz roja que ilumina toda la cama y también las paredes.

—Desde la calle se puede ver la luz, ya te digo. Eso es mejor que la persiana. Juro.

La Malata no dijo más y el Chuqueli supo escuchar el silencio. Con la voz bronca entre los labios apuntó:

—A mi menda le da igual lo de la luz, nena. Entre nosotros la señal por si aparece el Perkins será la persiana. ¿Estamos?

—Lo que pasa es que no te fías de ese *pasmuti*, ¿verdad? — preguntó ella con el brillo herido en los ojos.

El Chuqueli movió la cabeza en un gesto de negación.

—Pues claro que no, nena. Qué preguntas le haces a mi menda.

—¿Tampoco de ellos? —siguió la Malata.

—Tampoco, nena. Lo que pasa es que ahora mismo ninguno de la banda tiene posición para traicionar a mi menda. Pero si pudieran dar el palo a mi menda, bien que lo harían.

Entonces el Chuqueli le contó cómo entró en contacto con el Pitarra y el Sardi.

—Se hicieron pasar por unos de la

ETA y secuestraron al director de un banco. El Pitarra fue el cerebro. —Dicho esto último el Chuqueli se echó a reír.

—Y de mí ¿no te fías? —preguntó la Malata.

—Claro que sí, nena —aseguró el Chuqueli, llevando sus dedos hasta la mejilla de la Malata.

—Entonces por qué no me dejáis ir

con vosotros.

—Todo a su
momento, nena.

6

La Malata deseaba llenar su corazón con el calor del peligro y el Chuqueli no se lo ponía fácil. Una noche de aquellas, víspera de Navidad, a la vuelta, tomaron otra dirección. Esta vez, el Chuqueli no dejaría a

la Malata en el portal de su casa, sino que conduciría más allá de San Blas y Vallecas, cruzando el Manzanares, haciendo que las luces de la Navidad fueran una línea continua al otro lado del parabrisas. Sonaban Las Grecas en el radiocasete del coche, la de *Te estoy amando locamente*, y la Malata iba dejándose llevar con la velocidad de la noche.

Quisiera que me comprendieras y sin darte cuenta te alejas de mí.

Quando la Malata se quiso dar cuenta, estaban al borde de la carretera, ahí donde el Chuqueli tenía otro de sus escondrijos: el Rancho del Cordobés, una barriada con liturgia de hoguera difícil de localizar en los mapas y que quedaba al otro lado de las torres de la

Ciudad de los Ángeles.
*Prefiero no pensar,
prefiero no sufrir. Lo
que quiero es que me
beses...*

—Aquí no entra la
poli, nena.

*Recuerda que
deseo tenerte muy
cerca y sin darte
cuenta te alejas de mí.*
Aparcaron el coche en
una calle de barro y
escombros. Y me
*atormentoooo, y me
atormentoo... El*

Chuqueli apagó la música y la Malata percibió un brillo delator en los ojos de él, como si ocultara algo. Dejaron el coche aparcado frente a una chabola y el Chuqueli llevó a la Malata por calles de barro, cáscaras de patata, latas, jeringas, cucharas, cristales, hojas de lechuga y todo el desecho que puede caber en los márgenes infinitos de

la miseria.

—Aquí tampoco entra el camión de la basura. Ya te digo — soltó la Malata, con el fango pegado a sus botas.

Apareció un perro. Un galgo de color blanco. Olisqueó a la Malata y reconoció al Chuqueli, que hizo un amago de lanzarle un palo y empezó a jugar con él. El dueño del galgo los saludó. Se

trataba de un hombre magro, de nariz empotrada y cierto cansancio corporal. Fumaba a la puerta de una casa baja con techo de chapa.

Los invitó a entrar con un gesto de su mano.

Una mujer joven, con delantal y pelo teñido, sonrió tras un mueble de cocina. Tras ella, latas de sardinas, berberechos y

mejillones en conserva. Paquetes de galletas y de tabaco, botellas de leche y litronas de cerveza. Todo apilado sobre los estantes en una sucesión de anaqueles que se perdían en un laberinto abarrotado de cajas y barreños.

De repente, aparecieron unos niños corriendo para dar la bienvenida al Chuqueli. El más pequeño arrastraba

una capa por el barro del suelo, el otro iba con un turbante en la cabeza. El Chuqueli, con un movimiento alegre de su mano, sacó la cartera y repartió el aguinaldo a los niños.

—No, no, no mo-mo-molestéis —dijo el hombre con mucho esfuerzo, desde la puerta.

El Chuqueli abrió su sonrisa. A la

Malata, la escena
aquella le despertó
una ternura que
asomó a sus ojos.

—A-a-a-ho-ra van
a qui-qui-quitar las
cha-cha-chabolas —
dijo el hombre.

—Vienen a
asustar, no la van a
demoler —aseguró el
Chuqueli.

—¿Tú—tú—tú
crees?

Entonces el
Chuqueli contó que en

el norte había pasado lo mismo y la condición para que la policía no mandase demoler era que tuviesen cuatro paredes y que estuviese cubierto.

—Juego sucio — siguió el Chuqueli—. ¿No ves que si te la tiran tienen que darte una nueva? Los gobernantes son muy listos, lo hacen para vendernos miedo. A mi menda no se la pegan.

El hombre de la nariz empotrada se quedó en silencio. Consumió la última calada y tiró la *chicharra* al suelo y la aplastó con el pie.

—¿Sigues en el cobre? —preguntó el Chuqueli sin mucho interés, por trabar conversación.

El hombre asintió. Con empeño de tartaja dijo que iba a comprar una furgoneta nueva,

que el motor de la que tenía estaba mu-mu-mu-quemao. También le dijo que ahora iba a hacer de Rey Mago.

—En Sepu. Me han da-da-dado una ca-ca-capá y un tur-tur-turbante.

Según contó, tenía que repartir caramelos y dejar que las niñas y niños se hicieran fotos sobre sus rodillas.

—¿Te quieres tomar algo? —invitó el

Chuqueli.

—Güisqui —dijo el hombre, del tirón.

Fue cuando la mujer sacó la botella de DYC de uno de los anaqueles.

—Y a mi menda le vas a poner una botella de ginebrita Larios y tabaco. De extranjís. Un cartón —dijo el Chuqueli, y dirigiéndose a la Malata preguntó—: ¿Quieres tomar algo,

nena?

La Malata dijo que no y la mujer del pelo teñido sacó un cartón de Winston de la caja de televisores. La Malata asistió a la transacción con los ojos bien abiertos.

—También quiero unas *fuscas* —dijo el Chuqueli con la voz pantanosa, arrastrada por el barro de la ilegalidad.

Entonces la mujer

indicó una puerta, más allá de los anaqueles y donde entraron sin más luz que la bombilla colgada del techo. Las paredes estaban comidas por la humedad. Había un colchón en el suelo y una caja de cartón a manera de mesilla. También había una silla destripada y una guitarra sin clavijas y con las cuerdas sueltas. La mujer se dobló y alcanzó una

bolsa de lona que había debajo de la cama.

—Aquí hay dos *pipas*, a estrenar. Revólver del Mitagüeso.

El Chuqueli cogió la bolsa de lona y calibró los hierros.

—¿Cuánto?

—Quince talegos las dos —dijo la mujer.

—Diez.

—Do-do-doce —

saltó el hombre desde atrás, empuñando el vaso de güisqui en la mano.

—Hecho —dijo el Chuqueli, cerrando el trato.

La mujer del pelo teñido miró al hombre y le recriminó:

—Papá, pero estás loco. ¿Qué dices? Si nos han costado más. Son las del Mitagüeso.

El hombre de la nariz empotrada

humilló la cabeza y pegó un sorbo al güisqui. Luego, por cambiar de tema, el Chuqueli aseguró que la mejor ginebra del mundo era la que se hacía en España.

—Los putos ingleses que vinieron al sur de esclavistas, a las minas de cobre por Huelva y de por ahí, destilaron ginebra dabuti.

—¿Mi-mi-minas de

co-co-cobre? —
preguntó el hombre
asombrado.

—Sí —dijo el
Chuqueli, muy seguro.

Luego el Chuqueli
le vino a contar que,
de los metales, el más
importante es el
cobre.

—¿Más que el co-
co-colorao? —preguntó
el hombre.

La Malata
bostezaba, no podía
esconder su poco

interés en la conversación. El Chuqueli intimaba de una manera tan familiar con aquella gente que ella se sentía parte de una sobra.

—Sí, el cobre mucho más que el colorao —seguía hablando el Chuqueli—, por eso los reyes tienen cobre en la sangre, para que su sangre sea azul. El oro es amarillo gracias al

cobre. El cobre es muy importante. Luego está el bronce, que es lo que tenemos en la sangre los demás. Por eso te digo que eso — señaló las armas de la bolsa— no vale na. Ni es cobre ni es bronce. Sólo es hierro.

El hombre asintió con la cabeza y el Chuqueli sacó la cartera y puso un fajo de billetes delante de sus narices. Fue entonces cuando

aparecieron el galgo y los niños de nuevo; el niño del turbante se intentaba montar sobre el lomo del perro y el otro, el de la capa, llevaba al perro agarrado por la cola.

—Ni-ni-niños, de-de-dejad en paz al pe-pe-perro.

El Chuqueli no se dio más tiempo y se despidió después de hacer una seña a la Malata.

—Vamos, nena.

Salieron hasta el coche.

Camino de vuelta, y antes de dejar en casa a la Malata, el Chuqueli se lo dijo:

—Después del palo de mañana, la banda y mi menda nos borramos. No nos veremos un tiempo, nena —le dijo mientras conducía; las manos al volante y la vista clavada en la noche, a

través del parabrisas.

A ella no le pilló de sorpresa. *Prefiero no pensar, prefiero no sufrir,* cantaban Las Grecas en el radiocasete del coche. Aun así, la Malata tragó saliva como si le hubiese venido un mal sabor a la boca. Un perfume pobretón invadió por momentos el interior del coche. *Lo que quiero es que me beses, recuerda que deseo tenerte*

muy cerca, pero sin darte cuenta te alejas de mí. La música sonaba a todo volumen y la Malata siguió todo el camino en silencio, contemplando la velocidad de las luces navideñas por el cristal de la ventana. Al llegar por donde la plaza de toros, el Chuqueli aparcó el coche. *Ay na na nanai na na na nanai nanana nanana nananá.*

Ella se resistió al principio, como diciendo: «Tú qué te crees, chaval», pero el Chuqueli buscó con la lengua el rastro esquivo hasta que la Malata se rindió. El Chuqueli cambió la música, luego subió el volumen y después subió el jersey de la Malata hasta desnudar sus pechos. Por los altavoces sonó la guitarra, las cortinas de chapas, el arranque

de la canción en la voz de María Jiménez. *En la oscuridad, tus manos que acarician mi cintura, mi cuerpo que desnudo es cosa tuya...* La Malata entornó los ojos y se pasó la punta de la lengua alrededor de los labios. *En la oscuridad, tus brazos que me aprietan como locos y luego este rendirse poco a poco sintiendo por mis venas...*

El Chuqueli la acarició con las palmas de sus manos extendidas, apenas rozando sus pechos. *Sigue amor, sigue así, besándome con rabia, marcándome la piel...* El aire tenía un regusto a tubo de escape y Navidad que se quedaría pegado en sus cuerpos durante mucho tiempo.

7

Aquellas navidades, el nani salió en libertad. Lo de mandar a la Malata a pagar los veinte mil duros que pedían por la fianza había sido cosa del Chuqueli antes de despedirse de ella. «Nena, acércate

hasta el juzgado, y lleva los dineros.» Así, la noche de fin de año, el Nani la pasaría en familia, en casa de sus hermanas, donde también fueron a tomar las uvas la Rulo y la Malata con Jarocho en brazos. Miau.

Después de las campanadas, entre humo de porros, copas de sidra a medio vaciar y migas de pan sobre el hule de la

mesa, cantaron al Manzanita cuando le vieron salir por la tele. La de *Soy paloma blanca, que busca árbol sin trampa pa descaansar en él. Pero tú tienes raíces*, y en esa onda, después de la actuación del Manzanita bajaron el sonido de la tele y el Nani siguió con música de aquella. Una cinta que se había hecho en la cárcel y que, según contó, la escuchaba a

la tarde, en el patio,
junto al corrillo que se
apalancaba al sol a
echarse un truja y a
escuchar el *loro*. Entre
manguis, pucabelas y
chirleros, el Nani
escuchaba la de...
pero por fin decidí que
así no podía seguir y
recordé que mi casa,
mi casa está ahíííí, y
cuando llegaba el
estribillo se ponía a
batir palmas y
empezaba la bronca
en el patio, pues

decían que el Nani no
sabía doblarlas.
*Aunque me fui sin
palabras, me esperan
los míos que son de mi
raza, que son hijos
míos, que digan: mi
papa, por fin has
venío...* Ahora la
música sonaba en la
libertad de su casa,
rodeado de su familia,
y el Nani batía palmas
mientras las mujeres
recogían los platos de
la mesa. La Malata
agarró un cenicero de

propaganda de
Cinzano que había
cerca y se fue al sofá,
junto al Nani.

—Hazte un porro
gordo —le secreteó—,
y dame unos calotes,
que ahora están
distráidas, ya te digo.

El Nani miró hacia
la cocina donde
estaban las demás
mujeres y sacó una
piedra de hachís del
bolsillo y se puso a
darle calor entre los

dedos.

—Goma de la buena. Pakistani, no necesita fuego. Mira cómo abre.

—Ya te digo.

Mientras mezclaba el tabaco contó que en la cárcel, ahora en invierno, el patio se cubría con una capa de hielo.

—Pero es donde mejor se podía estar. Con eso te digo to — aseguró el Nani,

tendiéndole el porro a
la Malata—. Enciéndelo, anda.

*Pero por fin decidí
que así no podía seguir
y recordé que mi casa,
mi casa está ahííí. La
música seguía,
Jarocho jugaba con los
cables de la televisión
y la Malata cogió el
canuto. Sin perder de
vista la cocina, donde
estaba la Rulo con las
demás mujeres, lo
encendió. Con la
primera calada*

empezó a contar las andanzas del Chuqueli. Igual que si se tratase de una película, la Malata desmenuzó al detalle cómo preparaba los golpes.

—El primero, más de cuatro kilos y el último, más de doce, ya te digo.

Después de soltar cifra, la Malata le pasó el porro al Nani.

—¿Más de doce

kilos? —el Nani
interrogó
desconcertado, con
ojos de súplica, y
alargó la mano para
pillar el canuto,
humeante entre los
dedos de la Malata.

—Juro —la Malata
asintió y sin darse
respiro, siguió
contando los
pormenores de los
atracos al detalle,
como si también ella
los hubiera vivido.

El Nani fumaba y escuchaba atento. La Malata le conseguía transmitir toda la temperatura de la audacia. Podía ver al Chuqueli, al Sardi, al Pitarra, todos con el uniforme azul, los ojos atentos y el gusto caliente de la ginebra en sus paladares. También al Largui esperando en el coche con el motor en marcha mientras sus colegas se confundían

entre los empleados; currelas de uniforme azul que subían y bajaban de los camiones con mucho trajín y ganas de acabar la jornada. Se escuchaban comentarios jocosos, la mayoría hablaban de fútbol y tetas, conversaciones de polvo y cemento para echar el rato mientras fumaban un pitillo a la entrada de la central lechera. Entonces el

Chuqueli guiñó un ojo al Pitarra, que se colocó la fusca en la cintura, y el Sardi pasó entre medias.

—¿Te das cuenta de cómo se lo montan? —preguntó la Malata ante el pasmo del Nani, que no daba crédito a lo que escuchaba—. ¿Te das cuenta, Nani?

El Nani apuró el canuto hasta la colilla y se levantó a

apagarlo en uno de los platos vacíos que quedaban sobre la mesa. La Malata fue a tenderle el cenicero del Cinzano pero el Nani no salía de su asombro. *Aunque me fui sin palabras, me esperan los míos que son de mi raza, que son hijos míos. Mi papa por fin has venío...* Se acercó al radiocasete, bajó la música y dijo:

—¡Qué película,

tía, la flipas! Si te digo yo que cuando me soplaron en el trullo que andaba buscando casa para preparar un *quinao* gordo, lo primero que pensé fue en mis hermanas, que se sacasen unos talegos.

—Pues mola. Ya te digo, al final fue mi tía la que hizo el apaño. Andamos cortas de guita y tu hermana dijo que donde más seguro estaba era en

nuestra casa, de huésped.

Luego la Malata siguió contando que el Chuqueli avanzó hasta las puertas de la central lechera. El Sardi y el Pitarra lo siguieron. El guardia saludó mientras el Largui esperaba al volante, con el motor en marcha, de *najaero*. Ya te digo. Se cubrieron las caras con una media de mujer, y en un visto y no visto

se pusieron en el despacho de arriba, donde estaba la caja fuerte. Irrumpieron en la oficina en el preciso instante en que los encargados contaban los ingresos del día. «Esto es un atraco.» El Sardi pegó un tiro al aire y el Chuqueli ordenó que todos se echasen al suelo. Boca abajo. Obedecieron mansos, como corderos. En menos de cinco minutos,

llenaron las sacas y se largaron, no sin antes advertir: «Al loro con llamar a los maderos, ¿eh?»

—Salieron de naja, en el 127, robado. Ya te digo.

«Písale, písale», ordenaba el Chuqueli al Largui, que conducía con la boca abierta, a toda velocidad. «Písale, písale», recordaba la Malata el atraco a la

central lechera,
mientras Jarocho
lamía los huesos de
aceitunas, los recortes
de las patatas fritas y
las colillas de los
porros. Al Nani los
ojos se le iluminaron
igual que dos focos
antiniebla.

—Ya ves, y yo me
comí más de medio
año por seis talegos.
Qué mal repartido está
el mundo.

La Malata, sin

parar de hablar, seguía contando cómo habían vuelto locos a los policías de San Blas.

—Pero no te creas que la cosa quedó ahí. Luego prepararon el otro palo, donde la Bimbo, y se trincaron la paga extra. Juro.

También iban con medias cubriéndose el rostro. Con tales pintas entraron en la fábrica de los bollos. A

eso de las cuatro y media, obligaron al guarda de la entrada a ir delante de ellos.

«Vamos, no hagas movimientos raros.»

Despacho por despacho, fueron reuniendo al personal.

Luego, con aplomo vaciaron la caja fuerte,

la cerraron de un puntapié y

emprendieron la huida con mucho ruido de neumáticos.

«Písale, písale.»

—En un coche robado —subrayó la Malata.

—Claro, donde se come no se caga. Buena idea de *chorar* los *bugas* para dar el quinao —dijo el Nani.

—Ya te digo.

—¿Por qué no le dices que me *camela* entrar en la banda? ¿Hablas con él?

—Sí, hablo con él, casi todas las noches me pega un *canutazo*

por teléfono y me llama. Al principio no me quiso decir dónde estaba; luego le saqué que andaba por Bilbao. Nos hemos prometido, ¿sabes?

—Eso es de fiestón, tía —dijo el Nani, que acababa de sacar un cigarro y lo pasaba por la lengua.

Lo abre y se lo echa en la palma de la mano. Sostiene una china de hachís entre

los dedos y hace la mezcla mientras, en la mesa, las mujeres ponen los turrones. El Nani se lía el porro y se lo pasa a la Malata:

—Dale calor.

La Malata aprovecha que su tía no está mirando ahora y lo enciende y, tras la primera calada, va y le pregunta al Nani algo muy importante.

—¿Te acuerdas de ese poli de la secreta

con gafas negras que paraba por el bar?

—¿El *plastiñaqui* ese? ¿El Perkins? Mala ruina tenga.

El tráfico de drogas es el tipo de negocios que crean un vínculo entre dos personas para siempre, aunque una de ellas sea policía. Ley del bronce. El Nani la conoce bien y la Malata cuenta lo sucedido en el mesón

de taburetes oscuros, cuando el Perkins apareció a pedir cuentas y el Chuqueli disparó el humo directo a la cara del Perkins, emborronando sus gafas negras, y muy bajito le advirtió: «Si quieres que me olvide de que eres poli, no me pongas en estos compromisos de plantarte una hostia. ¿Qué cojones quieres?», y luego tiró

el cigarrillo encendido al suelo.

—Ya te digo. Le contuvo la mirada y el Perkins arrugó, allí delante de él. Como te lo cuento. Lo trata como lo que es, un pringaílo.

La Malata siguió el relato con todo detalle. Lo que más le llamó la atención fue el silencio que se hizo en el mesón.

—El *sonsi*, ya te

digo. Se quedó todo callado, incluida la máquina de los ovnis. Tururitatatititati.

El Nani pegó un trago a un cubata que había cerca y como quien escoge una frase hecha del único lenguaje que domina dijo:

—Uno se queda cansado de tanto turrón. Las próximas navidades en vez de turrón, bandejas de

droga, pastis, *burro* y coca, ¿que no? Y tu buena china que no falte, ¿qué me dices, tía?

—Pues que me apetece subir a Bilbao a ver al Chuqueli — contestó la Malata con el brillo dulce del porro en sus ojos.

—¿Por qué no vamos juntos y me lo presentas?

—¿Pero no le conoces? —preguntó

la Malata, dejándolo caer.

El Nani no cayó; volvió a decir la verdad. Para qué iba a mentir:

—Qué va, me soplaron el rollo en el trullo. Ya te lo he dicho, ¿no? Un *boqui*, un funcionario de prisiones, uno que llaman el Robles, me vino con que conocía al Chuqueli y que necesitaba una casa

por poco tiempo para
preparar un buen
quinao. Del tirón
pensé en mis
hermanas.

8

En la estación de trenes de Bilbao, al fondo del andén, por donde el quiosco de periódicos, la Malata pudo ver al Chuqueli. Echó a correr hacia él mientras el Nani se abría paso entre los

pasajeros que descendían de los vagones.

—Mira, este es el Nani. —La Malata señaló a un chaval de pelo rizado con un petate al hombro y la mirada vencida.

El Chuqueli le miró de arriba a abajo, como si leyera en su sombra. Se acercó a él y le tendió la mano. Un apretón fuerte. Se fijó en los dedos

negros. «De tanto frotarle el culo a la mala vida», balbuceó el Chuqueli.

—¿Qué?

El Chuqueli tuvo un amago de sonrisa, pero la contuvo. Prefirió empezar con el interrogatorio, a quemarropa:

—¿Cuánto dices que has estado dentro, chaval?

—No llegó al *hereje* —dijo el Nani

bajando los ojos.

—Espero que
hayas aprendido algo.

El Nani clavó la
mirada en el suelo y
sin levantarla, como si
pesase mucho, dijo:

—Gracias por
hacerte cargo de la
fianza.

Escuchó el temblor
de su propia voz, el
esfuerzo por tratar de
resultar un tío legal y
hacerse útil. El
Chuqueli le lanzó una

mirada cortante:

—Entraba en el trato que mi menda hizo con tus hermanas. Nadie da duros por pesetas, chaval, no lo olvides.

El Nani sonrió y sacó un paquete de Ducados, y el Chuqueli rechazó la invitación con la mano y señaló el coche. El Nani se quedó como si le hubieran dado una pedrada. Un Seat

el Chuqueli. A lo que la Malata va y responde:

—Quería traerme el loro, ya te digo, pero al final si dejo a mi tía sin música, no veas la que se monta.

—Pero si no vas a volver, nena —apunta el Chuqueli.

Ella le mira y le traspasa. Los ojos de la Malata se encienden de tal manera que rasgan la tela de niebla que empieza a

cubrir Bilbao.

—Tengo que volver. Me han dado el papel de la peli, el director me dijo que íbamos a rodar ya. ¿No te lo dije o qué?

—Al final va a acabar en Jolibú, ¿que no? —apuntó el Nani.

Como su salida pareció no caer en gracia, el Nani se montó delante y cerró bruscamente la puerta. Con el

cigarrillo entre los
labios y los ojos
asombrados se da
cuenta del
radiocasete: Toshiba,
Made in Japan.

El Nani no puede
evitarlo y suelta:

—Vaya loro. Eso
es mucho. Oye, mola
tu buga, ¿es tuyo o es
prestao?

—De momento es
suyo, ya te digo —
salta la Malata desde
el asiento de atrás.

El Chuqueli la mira por el retrovisor y ella le devuelve la mirada.

—Me lo vas a regalar, ¿a que sí? — asegura ella.

—Cuando cumplas edad, nena. Pero no tengas prisa —dijo el Chuqueli y arrancó.

—Tengo aquí una cinta dabuti pa tu loro guapo —dijo el Nani, y sacó una cinta y la metió en el Toshiba ante la mirada

recriminatoria del
Chuqueli.

Los faros
atravesaron el manto
de niebla que cubría la
noche de Bilbao. En el
radiocasete, la música
de un piano eléctrico
da paso a los
guitarreos y las voces
gitanas arrancan a
cantar la de *Viendo
tantas falsedades, a
casa me vuelvo,
cansado de tanto
andar por el fuego...*

—Mola, ¿que no?

—¿Qué conjunto es ese, chaval?

—Uno de Madrid muy antiguo que se llama Los Chorbos, donde estaba el Manzanita.

Pero por fin decidí que así no podía seguir y recordé que mi casa, mi casa está ahííí...

Entonces la Malata, desde el asiento de atrás, se puso a contar la visita

del Perkins, el otro día, al piso donde ella vivía con la Rulo y Jarocho.

—¿Y dices que preguntó por mi menda? —quiso saber el Chuqueli, bajando el volumen del radiocasete.

La Malata asintió y dijo que el Perkins apareció temprano. La Rulo acababa de marcharse y nada más aparecer en el piso, tal

y como habían acordado, la Malata fue a la habitación y puso la persiana al medio. La señal.

—Por si venías, ya te digo.

El Chuqueli sonrió. La Malata, apoyada en el asiento de delante, evitó contar que el Perkins preguntó por el Nani. Pensó que no le beneficiaba nada y además era una pregunta, una cuestión

sin importancia, una argucia interrogatoria más de las que usa la policía para dar rodeos y luego lanzar la pregunta que en realidad interesa. La Malata empezaba a conocerlos.

También evitó contar la mirada obscena, las palabras que deslizó en su oído y que a ella le dejaron con ganas de soltarle un bofetón cuando le acercó la lengua y

empezó a chascar, saboreando las palabras como si fuesen una loncha de jamón con su buena veta de tocino.

—Se fue rápido, no desembuché nada. Juro.

Empezaba a anochecer y al fondo pudieron ver la silueta del puente.

—¿Dónde vamos?
—preguntó la Malata por cambiar la

conversación que ella misma había iniciado y que podía resultar tan arriesgada como perderse en la espesura de aquella niebla que ocultaba las aguas de la ría.

—A la casa del Pitarra, aquí al lado — contestó el Chuqueli, que conducía el volante con un dedo ante la mirada atenta del Nani, en el asiento de al lado.

Tomaron un desvío y pasaron por el puente colgante. La Malata miraba por la ventana la calidad lechosa de la niebla que amortiguaba las luces de los semáforos y de las farolas de ambas orillas.

—Me voy a hacer un porro gordo —dijo el Nani y rebuscó en el bolsillo de su cazadora una china.

—Pero no lo hagas

con tabaco negro —
apuntó la Malata
poniendo la pierna
sobre el asiento
delantero.

—No te preocupes,
no lo vamos a joder.
Es del Pakistani, de lo
que ligamos en
Nochevieja. Cremita.

La Malata tocó con
la punta de la bota en
el hombro del Nani
como diciendo: «Al
loro, que hablas
mucho.» El Chuqueli

miró por el espejo retrovisor. Ella sabía que no le gustaba nada esa postura, al Chuqueli no le hacía gracia lo de las caladas a los porros aunque sólo fueran caladas.

—Mira, chaval, en la guantera creo que hay una cajetilla.

El Nani abrió la guantera y vio el revólver. El Chuqueli se dio cuenta.

—¿Sabes usarlo, chaval?

—No, nunca disparé —contestó el Nani avergonzado.

—Es fácil, chaval, sólo tienes que apuntar y apretar el gatillo. Pero eso sí, tienes que tener en cuenta una cosa.

—¿Qué?

—Que una vez que apuntas a alguien tienes que apretar el gatillo. De lo contrario,

la bala te la comes tú.
¿Lo pillas, chaval?

—Descarao. Te
pillo, colega.

—Por eso, cuanto
menos lo presumas,
mejor para ti, chaval.
Un arma para ser
efectiva hay que
usarla de manera
efectiva.

El Nani sacó un
pitillo, le pasó la
lengua y lo abrió. Se
echó el tabaco en la
palma de la mano y lo

mezcló al calor del mechero con el aceite del hachís. «En este clima el *costo* se queda frío», dijo, y se hizo la lía. Apenas dio tiempo a encenderlo cuando el Chuqueli ya había encontrado sitio donde aparcar, junto a la vieja estación de tren. El Chuqueli esperó a que terminasen de fumarlo. Estuvo en silencio, durante el tiempo que duraron

las caladas.

—No, gracias, mi menda no fuma de eso —dijo cuando el Nani se lo fue a pasar.

La Malata apuró la última calada y el Chuqueli vació el cenicero por la ventanilla. Nada más salir del coche, miró a un lado y a otro antes de abrir el maletero y sacar el petate que cogió el Nani con las piernas adormecidas y

la mirada brillante. Luego entraron por una de las calles de enfrente hasta llegar a una plaza. De allí a otra calle, más estrecha. La Malata se fijó en las pintadas sobre las paredes grises. *Incineradora no. Objetoreak askatu. Mucha policía, poca diversión.*

La calle daba a unos soportales donde las jeringuillas crujían bajo sus pisadas. El

Chuqueli arrugó el gesto. El olor a orines le hizo balbucear algo. La Malata se tapó la nariz y siguieron su camino hasta llegar frente a una casa de color rojizo. La Malata miró hacia arriba, la terraza con bombonas de butano.

Allí vivía el Pitarra, junto a su mujer y sus dos hijos, en aquel barrio de aspecto triste, con olor a agua sucia y cielo de color

ceniciente. Entraron en un portal con buzones oxidados y goteras al techo. Se oyó una puerta abrirse, en el último piso.

—¡Subir, subir! — les llamó desde arriba la voz infantil del Pitarra.

Vestido con chándal azul marino, daba la bienvenida en el descansillo: «¡Subir, subir!» A medida que

iban subiendo, el aroma de huevos fritos crepitaba en la escalera. Nada más cruzar la puerta del domicilio, el Pitarra le entró al Nani, de manera llana:

—Ahí va la hostia, y por seis mil pelas... ¿te comiste seis meses?

El Nani bajó la vista y un bochorno se apoderó de sus mejillas. Para

remediarlo, el Pitarra le dio una palmada en la espalda y le dijo:

—Pues ahora te vas a comer unos huevos fritos y después una buena olla de bacalao, que estás muy flaco tú.

Así fue.

Se sentaron en la mesa de la cocina. Dieron cuenta de una cena sustanciosa. Luego, sobre el mantel lleno de migas,

enseñarían al Nani el mecanismo de la banda.

—Todo a partes iguales. Una vez cubiertos los gastos. ¿Lo pillas, chaval? Somos comunistas.

Con estos ejemplos, el Nani iría aprendiendo el funcionamiento interno del grupo. Su jefe, el Chuqueli, había pensado que lo mejor sería alojar al chaval

allí mismo, en la casa del Pitarra; un piso con terraza desde donde se divisaba parte de la ría. Dicho y hecho, el Nani se quedaría a vivir allí mientras prepararan los asaltos. El botín serían joyas. El Chuqueli sabía de un perista de confianza para darles salida. «Un joyero de Santander», dijo, sin revelar más de momento. Una vez acabados los cafés, sin

esperar al pacharán, el Chuqueli hizo una seña a la Malata.

Las ganas cabrillearon en sus ojos.

El Chuqueli arrastró la silla, se levantó y le tendió la mano al Nani. Con voz ronca, atravesada de advertencia, le dijo:

—Mi menda es el tipo de colega que hasta te echa una mano para esconder

un muerto. Pero si traicionas a mi menda, acuérdate bien de que mi menda sabe esconder un muerto. ¿Te coscas?

El Nani estrechó fuerte la mano del Chuqueli.

—Descarao que me cosco.

—Nos abrimos — dijo el Chuqueli—. Mañana mi menda pasará por aquí.

Había cierta

urgencia de la carne. El ritmo de sus respiraciones se advertía y pronto la niebla envolvió su fiebre. Bajaron la calle hacia el coche y la Malata pudo ver la silueta de una estatua que recortaba la noche de la plaza. Era la cabeza de un hombre que sobresalía a lo alto. También se fijó en las otras figuras que había debajo; hombres con boina, de

cuerpo robusto y bien tallado. Uno de ellos tenía el mentón fortalecido por la barba. Era la figura de un héroe con el torso marcado y que sostenía unas tenazas en la mano.

—El abuelo de mi menda, nena.

—Anda ya, jura.

—Juro, nena. Mi menda no lo conoció. Pero dicen que de viejo le cortaron una

pierna y que iba asustando a los vecinos con una pata de palo. Fue un gachó bien parecido; se dice que se lio con la hija de uno de los amos de la mina donde currelaba.

—Se da un aire, seguro que si no te afeitas eres como él, ya te digo.

9

En los días siguientes, el Nani fue presentado a los demás miembros de la banda. Se reunían en el piso del Pitarra, o en el que tenía alquilado el Chuqueli, en las afueras, donde la niebla emborronaba

las montañas y la humedad de la tierra se hacía notar en las paredes. El piso estaba situado en la última planta de una torre del barrio de Otxarkoaga. Modernas corralas con patio cerrado, ascensor estrecho como ataúd y facilidades de pago.

Aquel barrio era tan parecido a La Elipa que, si no fuera por el verdor de los montes y la niebla, bien podría

decirse que se trataba del mismo barrio. Entre unas cosas y otras, la Malata fue feliz, con esa felicidad propia de los inocentes o de los incautos cuando están rodeados de peligro. No es que no lo viera, es que ver lo que uno tiene delante de la nariz requiere su esfuerzo, y ella nunca estaba por la labor. Prefería masticar la felicidad que daba

sentirse parte de algo; participar en una película donde ella era la chica del jefe.

El Chuqueli la instruía en la ley del bronce. «Lo primero de todo, nena, es que no puedes entorpecer nuestro currelo. No puedes ser como los zapatos chicos en una mañana con prisa.» La Malata atendía dócil, con los ojos y todos los sentidos alerta mientras el Chuqueli

seguía dando lecciones: «Nada de ropas cantosas, nena, y si llevas la pipa en el bolso, el bolso siempre ha de estar contigo, no lo pierdas de vista.»

En las noches, la Malata asistiría a clases prácticas de tiro. Lo primero de todo, aprendió a desmontar el revólver, pieza por pieza, sobre el hule de la mesa de la cocina; a

desenroscar el tambor, después de sacar el cilindro a rosca. La Malata seguía el protocolo sin perder de vista las manos del Chuqueli, elegantes y firmes, que con movimientos precisos iban detallando cada una de las piezas. *Arriba la golfería, abajo la policía.* Luego, por las noches, salían a los montes a practicar tiro.

—En las películas

aparecen disparando con una mano, eso es una risión. Es pasteleo —dijo el Chuqueli—, el revólver tiene que quedar firme.

La Malata seguía las lecciones con interés y el Chuqueli le corregía la postura, por detrás; con el aliento en la oreja. «Si aprietas tanto no vas a poder disparar, nena, te va a entrar la temblona. Si aflojas demasiado, se te cae

el disparo.» La Malata se dejaba corregir la postura de las manos empuñando el revólver. «El puntito medio, nena.»

Colocaban botellas vacías de cerveza Keler sobre las piedras y afinaban la vista y la puntería.

—Hay que saber que las distancias engañan por la noche —le decía el Chuqueli—. Hay que atinar a

los puntos vitales.
Decapitar.

—¿Decapitar? —
preguntó la Malata.

—Sí, nena,
disparar al cuello.
Balazo mortal.

Una de aquellas
noches en las que
salieron a afinar
puntería, la Malata
preguntó:

—¿Dónde está el
cementerio?

—El más cercano

queda lejos, nena.
Pero no hay ángeles ni
trompetas. Hay una
cripta.

Entonces el
Chuqueli le empieza a
contar que en el
cementerio hay una
escalera que baja a un
lugar cubierto por la
humedad donde están
enterrados *Los 300
mártires de Bilbao.*

—Ya te digo, aquí
tiene que haber
historias de

fantasmas, como en todos lados.

El Chuqueli, que conocía el gusto de la Malata por los cuentos macabros, le siguió contando que los trescientos tíos salían de sus tumbas por la noche a bailar como sonámbulos por todo Bilbao.

—Eran trulleros, estaban presos y cuando la guerra los fusilaron. A todos,

nena.

—¿Podemos ir a ver ese cementerio? — preguntó la Malata.

—¿Te apetece, nena? — preguntó el Chuqueli con la luz del deseo en sus ojos.

—Ya te digo.

10

En poco tiempo la Malata se convertiría en una experta en el manejo de armas, tanto como en el de coches. Aprendía muy deprisa y el Chuqueli le daría la oportunidad de demostrar sus nervios

templados en el siguiente golpe, en el mismo Bilbao, en una joyería de postín. El Chuqueli había estudiado los movimientos de los dependientes.

También la huida.

Sobre el croquis de la calle, trazado de memoria, la Malata esperaba dentro del coche robado con el motor en marcha. Iba a ser su bautizo en la

banda como najaera.
El Chuqueli hizo la
señal. Se cubrieron las
caras y entraron en el
comercio. «Manos
arriba, es un atraco.»
El joyero y su hija no
opusieron resistencia.
El Sardi y el Largui los
ataron mientras el
Nani vigilaba la
puerta.

Se repartieron el
trabajo.

El Chuqueli y el
Pitarra fueron

desvalijando las bandejas de joyas de la caja fuerte. Cadenas, anillos, sortijas, sortijones y reliquias en oro de ley. «Tan fácil como joder y gemir», aseguró el Chuqueli. Era primera hora, aún no estaban los escaparates puestos y la caja tenía las llaves. Así de sencillo. Pero la cosa se torció cuando entraron dos clientes, acompañados por un

niño y que venían a por una compostura, según dijeron.

El Chuqueli lo había dejado muy claro: «Mira, chaval, si entra alguien, abres la puerta, como si no pasara nada.» Así hizo el Nani en tanto el Largui y el Sardi cogían a los clientes recién llegados y los maniataban en los servicios. «Sin rechistar.» Mientras tanto, fuera, la Malata

esperaba lista para la huida, con el semblante serio y las manos sobre el volante, sin perder de vista la puerta de la joyería. El motor estaba en marcha y una vez montados en el coche, después de desvalijar la joyería, la Malata condujo a toda velocidad. «Písale, písale.»

En poco menos de diez minutos estaban en el pueblo de

Basauri, donde dejaron el coche en la plaza, junto a un puesto de caramelos, cerca del Seat 1430, aparcado de refresco. Se montaron del tirón y salieron flechados a casa del Pitarra. «Písale, písale.» Con las persianas bajas escuchaban las sirenas y mientras la radio daba las noticias, repartieron la astilla. El dinero en efectivo no era mucho. «Para

unos pacharanes», dijo el Pitarra. El Chuqueli cogió dos anillos, a ojo, uno de ellos se lo probó con una sonrisa y luego lo guardó, junto con el otro, en el bolsillo de su camisa.

—Somos comunistas —apuntó el Nani con el soplete en la mano.

El Chuqueli no pudo evitar la sonrisa.

—Claro que sí,

chaval. Ten cuidado con el colorao, no te vaya a quemar la vista.

—Qué va —dijo el Nani, soltando la espita del soplete—, soy un profesional. De *chinorri* los domingos por la mañana mi madre nos llevaba a mí y a mis hermanas a misa, y después nos sacaba a los descampados a recoger cobre.

—Vaya, chaval, por lo que cuentas siempre has estado cerca de los metales — le guaseó el Chuqueli.

—Descarao, toda mi puta vida. Luego entré a currelar a una joyería, donde aprendí a desmontar piezas y hacer lingotes de colorao.

El Nani no paraba de hablar de sus años de aprendiz. Según contó, la joyería era

pequeña y quedaba en su barrio, a poco de casa. También contó que se pasaba el día barriendo y haciendo montoncitos de basura para separar las migas de oro y de plata.

—Sobre todo trabajábamos la plata, cubertería, pulseras semanarios, que eran de siete aros, a la moda. Hasta candelabros de esos para velas. Uno de siete brazos, semanal

también. Conseguí yo el troquel y todo. Un judío muy listo que quería hacer una serie de ellos para después venderlos.

El Nani fundía el metal y le daba a la lengua. Sus pupilas se afilaron cuando llegó el momento de contar que entró a trabajar por recomendación del panadero del barrio. Según le dijo el mismo panadero, en el ramo de la joyería un chaval

como él tenía toda una carrera por delante.

—Al final llevaba razón el gachó.

11

A la mañana siguiente, en poco más de una hora, se pusieron en Santander. El Chuqueli conducía quemando rueda mientras en el radiocasete sonaban Los Chorbos. *Mi casa, mi casa está ahííí.* El

coche chirriaba en cada curva y el Nani batía las palmas, desde el asiento de atrás. A su lado iba el Sardi, que se rascaba la barba y le lanzaba miradas tras sus gafas de concha. La Malata iba delante, doblando las voces. *Aunque me fui sin palabras me esperan los míos que son de mi raza, que son hijos míos, que digan: mi papa, por fin has venío.*

En poco más de una hora, el Chuqueli aparcaba frente a una joyería señorial cuyo dueño era un viejo conocido suyo, un perista que disimulaba el tejido adiposo encogiendo barriga bajo la camisa. Se hacía llamar Fausto y cuando la Malata supo su nombre, tuvo un temblor.

—Pasad, pasad...

El joyero Fausto

los invitaba a entrar en su establecimiento, donde las alhajas resplandecían a la luz de los focos, bajo el cristal de los mostradores.

«Fiuuuuu», exclamó el Nani y el Sardi le lanzó una mirada recriminatoria tras sus gafas de concha. Fueron pasando a la trastienda; una habitación alumbrada por una lámpara con pie de mármol y

pantalla de pergamino. En una de las paredes había un cuadro colgado con la pintura de un halcón. El joyero señaló unas sillas, donde tomaron asiento alrededor de una mesa panzuda. El Sardi sacó un paquete de tabaco, Fortuna, y se encendió un cigarrillo. Como no ofreció, el Nani sacó del suyo, Ducados. El Chuqueli abrió la bolsa y el tal Fausto no pudo reprimir la sonrisa. La

Malata se fijó entonces en los ojos del joyero.

Tenían el brillo artificial de las piedras falsas.

—El oro más barato es el robado — dijo el joyero, con un cuentahílos ajustado al ojo.

—Quien comprar quiere, defectos pone — soltó el Nani.

El Chuqueli miró al Nani mostrando su censura ante el

comentario. El silencio es lo mejor en estos casos.

—Os pago dos millones —dijo el joyero.

El Nani se rebeló:

—¿Pero tú quién eres pa poner precio a nuestro trabajo?

Entonces el Chuqueli volvió a lanzar su mirada sobre el Nani. A su lado, el Sardi se mostró inquieto, dejó el

cigarrillo en el cenicero y acarició el revólver. La tensión se empezaba a masticar sin esfuerzo en la trastienda. El joyero encogió la barriga, se sacó el cuentahílos del ojo y, con gesto paternal, puso su mano sobre la rodilla del Nani:

—Hijo, no sé si sabes que el mercado mundial de oro se concentra en tres bancos alemanes y en

tres ciudades: Zúrich, Londres y Nueva York.

—¿Qué me vienes a contar tú a mí, que fui puta antes que monja? —saltó el Nani de nuevo.

El joyero le sostuvo la mirada hasta apuñalarlo con los ojos. Entonces el Sardi, que ya dijimos que era un joven de pelo pincho, gafas de pasta, barba arreglada y pocas palabras,

volvió a acariciar el revólver, sujeto a la cintura. El joyero encogió su estómago bajo la camisa y, como si nada de lo sucedido hubiese tenido lugar, siguió diciendo que una delegación de representantes de los hombres más ricos del mundo se reúne en Londres dos veces por día para fijar el precio del oro en el mundo.

—¿Conoces

Londres, hijo? —le

preguntó el joyero al Nani.

Estaba poniendo a prueba sus nervios.

—No conozco nada por ahí fuera. Nunca salí al extranjero, no me camela chamullar el inglés.

El joyero siguió acuchillando los nervios del Nani.

—Aquí, el chaval, tiene valor, le echa riñones y podría llegar

a ser uno de los hombres más ricos del mundo. Apunta buena carrera pero, vaya por Dios, no sabe inglés. *No le camela chamullar en inglés.*

Esto último el joyero lo dijo en tono afectado, para después añadir:

—Y eso mismo le limita mucho.

El Nani pegó una calada al Ducados y sin perder de vista al

joyero, dijo:

—De todas maneras, el inglés está tirao, sólo hay que ver cuando los guiris chamullan nuestro idioma, descarao que lo hacen como los jefes indios; pero no porque lo hablen *ful*, qué va, sino porque están acostumbrados a chamullar así en su lengua.

El Nani pega una

pitada al cigarrillo y
expulsa el humo y
sigue con la retahíla:

—Yo conocer... yo
sentir... yo querer.
Chamullan así. ¿Que
no? Su coco lleva a
chamullar cualquier
lengua como si la
hablase un indio. —Y
el Nani se llevó la
mano extendida a la
boca, haciendo el
gesto de un indio
sioux—. ¡Jau!

Luego el Nani pegó

otra calada al Ducados y lo apagó con rabia, en el cenicero, y remató su discurso:

—Todavía andan con las pelotas colgando y con plumas en la cabeza.

—¿Habéis oído eso? —saltó el joyero —. ¿Habéis oído eso? Con plumas en la cabeza y las pelotas colgando. ¿Habéis oído? —repitió el joyero con excitación,

dándole palmadas al Nani en los muslos como si quisiera marcar la propiedad de aquella carne.

Años después, en los momentos de miseria y sangre, el Nani se daría cuenta de que aquel gesto no era gratuito.

Era algo más que la atracción de un viejo vicioso, veterano en el gusto por la carne que brota en el

barro. Pero en aquel instante, en la trastienda de la joyería, el futuro para el Nani no era más que el desconocimiento de algo inexistente. No hay futuro y, de haberlo, está en los cementerios. A partir de esto, el joyero y el Nani establecerían una relación de humillaciones que se incrementaría en cada nuevo encuentro. El

Chuqueli, como si se olierá que el desenlace de aquella relación fuese a llegar en un futuro muy cercano, arrugó su gesto y cerró el trato:

—Está bien, dos millones. Mi menda da por cerrado el trato.

El Nani hizo un aspaviento, malhumorado, y el Chuqueli, con voz rugosa, recordó que, aunque el mañana no

exista, siempre hay que pensar en ello. Lo que pasa es que lo dijo a su forma:

—Se necesita la *viruta* para preparar un palo gordo que tengo controlado. —Y luego añadió—: Estos dos kilos son papel para bocadillos.

El joyero arrastró su silla para escuchar más de cerca y el Chuqueli contó que, en un taller de joyería de

Éibar, podrían sacar unos quinientos kilos.

—Hay un problema —saltó el joyero.

—¿Cuál? — preguntó el Chuqueli.

—Que yo no puedo colocar tanto material.

—Está bien que lo digas —subrayó el Sardi, llevándose las manos a la hebilla del cinturón, rozando con sus dedos el revólver.

Entonces el joyero

abrió la caja fuerte, escondida detrás del cuadro del halcón. Lo hizo a ojos vista de todos y sacó una montonera de billetes que el Sardi se puso a contar mojándose el dedo en la lengua. Luego el joyero volvió a sentarse. Puso su mano sobre la rodilla del Chuqueli y en tono confidencial empezó a revelar un buen golpe.

—Un tal Marcelino, un joyero de Bilbao

que está forrado y tiene su almacén repleto de oro. Os coge cerca.

El Chuqueli arrastró la mirada hasta la caja fuerte y el joyero subió la mano y apretó sobre el muslo del Chuqueli mientras seguía dando datos acerca del tal Marcelino.

—Abastece a todas las joyerías de la zona.

—¿A usted

también? —preguntó el Nani con cortesía de chaperero.

El joyero bajó la vista. Sus ojos falsos iluminaron el suelo para luego afirmar con la cabeza.

El Chuqueli se levantó de la silla y avisó:

—Venga, que ya mi menda va mirando lo del palo. El Pitarra estará nervioso de esperarnos.

Cogieron la bolsa con el dinero y se metieron en el coche. El Chuqueli entonces pidió al Nani que se sentara delante, que le tenía que decir una cosita. Nada más cerrar la puerta, el Nani recibió la amonestación. La Malata asistió callada a la bronca.

—Jabón, hay que saber dar jabón, chaval —terminó de decir el Chuqueli y

arrancó el coche.

—Pero ese tío es un julái —saltó el Nani—. Y nosotros, qué. ¿Somos comunistas o somos *moñas*? ¿Qué somos?

—Pues claro que sí. Él es un julái y tú un moñas —le dijo el Sardi tras sus gafas de concha y se pasó la mano por el pelo cortado a cepillo.

—Por eso mismo, chaval —saltó el

Chuqueli—, por eso mismo, porque es un julái hay que darle su sitio. Mi menda lleva currelando con él hace años. Es muy agarrado pero nos puede *santear*. Mira lo que ha desembuchado del tal Marcelino.

—Anda ya, a otra puta con esa sífilis — aclaró el Nani—, anda ya; el palo que nos ha dicho, descaraos que es para quitarse de en medio al que le

abastece. Le deberá pasta y así se lo saca de encima. Conozco el paño.

—No te decimos que no —saltó el Sardi, desde el asiento trasero—, pero es lo que hay.

—A mí ese julái no me come el coco. Dos millones por el material es de risión. Habéis visto la tela que tenía en la caja fuerte. Fiuuuuu. Para

pegar un buen quinao.

—Mira, chaval —
dijo el Chuqueli sin
perder de vista la
carretera, con la voz
grave y rotunda—,
mira, chaval, o
cambias la conducta o
te quedas fuera de la
banda.

El Nani escuchó
esto último y se
aplastó en el asiento,
como si hubiera
recibido una paliza.

—Ya has oído —le

avisó el Sardi, desde el asiento de atrás, tocándose el revólver.

12

Fue en la misma casa del Pitarra donde repartieron la astilla. Al olor de los billetes, el Largui descolgó la boca y, cuando agarró su parte, se borró sin despedirse. Nadie habló del tema pero

en el ambiente empezó a flotar la desconfianza.

Lo dejaron pasar y comentaron lo del atraco al tal Marcelino que les había soplado Fausto, el joyero. El Pitarra no estaba muy conforme pero el Chuqueli se mostraba interesado. Al otro día, nada más levantarse, se pusieron a dar vueltas por los alrededores de la joyería del tal

Marcelino. «Primero hay que ver el percal», apuntó el Chuqueli. Irían por parejas, el Pitarra y el Sardi por un lado. Por el otro la Malata y el Chuqueli. Esta vez el Nani y el Largui se quedaban fuera del asunto. El Largui seguía en paradero desconocido y el Nani se había ido a comprar un coche con los billetes frescos. Al contado. En un principio se

encaprichó de un Mercedes. De segunda mano, pero un Mercedes al fin y al cabo. «Coche de toreros, descarao, colega, ¿que no?» Pero el Chuqueli ya le había advertido que nada de dar el cante. «Por la boca muere el pez y el que guinda por lo que gasta. Ley del bronce, chaval.» Al final el Nani pillaría un Seat 132 de segunda mano, matrícula de

Navarra, que vendía uno de Bilbao. «Volante de rosca, dabuti, regulable.» El Nani se había empecinado y el Chuqueli, con cierto desprecio, le dijo que se fuera a pillar el coche. De esta manera se quitó al Nani de en medio. Había algo que le decía que el chaval podía traer problemas. Así se lo comentó a la Malata mientras recorrían las calles

cercanas al taller de joyería.

—Es buen chaval —salió la Malata en su defensa.

—Ya, nena, pero no tiene aspiraciones. Es lo que pasa con ese rollo del caballo. Cuando no tienen para ponerse, se ponen insoportables.

La mirada de la Malata oscureció, como si presintiese el porqué de aquellas

palabras de rechazo por parte del Chuqueli. Luego recorrieron en silencio, las calles cercanas a la joyería, estudiando todos los ángulos posibles sin perder de vista cualquier detalle, por muy mínimo que fuera. «La cosa está chungu», advirtió el Chuqueli al pasar por delante del establecimiento. «La cosa está chungu», repitió cuando se

hubieron alejado. Algo parecido debieron de pensar el Pitarra y el Sardi cuando se pararon en una de las esquinas, mirando de reojo al vigilante que cuidaba la entrada con las manos cruzadas en la entrepierna.

—A ver lo que dice el Chuqueli, pero está complicadillo —apuntó el Pitarra.

El vigilante se los quedó mirando. Con

chulería hizo crujir sus nudillos de una manera que recordaba el ruido de las nueces al ser partidas. El Pitarra y el Sardi se dieron media vuelta y siguieron hablando.

El tema continuaba flotando en la conversación.

—El Chuqueli anda mosqueado con el Nani —soltó el Pitarra al llegar a la otra esquina.

—Ya.

—Es que el Chuqueli es muy puñetero —el Pitarra reanudó el diálogo—. Date cuenta que está muy sensibilizado con el tema de las drogas. No veas el marronazo, dedicarte al trapicheo y que tu mujer se enganche y que acabe como acabó.

—Ya.

—Por si fuera poco, el Largui anda

igual. Tiene un
enganche de
comanche.

—Allá cada cual —
dijo con desgana el
Sardi.

—Mira, allí vienen
el Chuqueli y la Malata
—señaló el Pitarra a la
pareja, al final de la
calle.

Se cruzaron y se
hicieron la seña, un
toque en la punta de
la nariz.

Retirada.

Minutos después estaban en Otxarkoaga, en el piso que tenía alquilado el Chuqueli. Mientras improvisaban unas latas de atún como comida, dieron por sentado que el atraco era difícil.

—Jodido, *troncos*, esto lo veo jodido — dijo el Pitarra hurgándose los dientes con un cuchillo.

—A no ser que

trinquemos al tal
Marcelino en su casa
—dijo el Chuqueli.

—Alcánzame la
guía de teléfonos.
¿Cómo dices que se
llama? —preguntó la
Malata mientras
aliñaba el atún en una
ensaladera de plástico,
lo más parecida a un
barreño.

—Marcelino Gómez
Langueira —contestó
el Sardi, que había
apuntado el nombre

en un papel con la ortografía propia del que le cuesta mucho escribir.

Con la guía sobre las rodillas, la Malata se puso a buscar al tal Marcelino. El tenedor en una mano y la mirada atenta, corriendo por los nombres de seguido. Así hizo hasta que lo encontró:

—Aquí está.
Marcelino Gómez

Longueira, no
Langueira —apuntó la
Malata—, calle Huertas
de la Villa.

—Al otro lado de la
ría. Es fácil la huida —
dijo el Chuqueli.

—Anda y te
tragues un paraguas
—saltó el Pitarra con la
bola de comida en la
boca—. Desde lo del
Tejero han llegado
muchos picoletos
nuevos que no saben
de qué va el tema y se

quieren llevar la medalla.

—Mala ruina tengas, no llames al diablo —saltó la Malata con la autoridad que da ser la novia del jefe.

El Pitarra pegó una pinchada y el Chuqueli retiró su plato, encendió un cigarro y se puso a hacer planes:

—Lo secuestramos en su casa, pasamos

la noche con él y con la familia. Cenamos allí, ya sabéis, botellita de vino, sopa de marisco. Seguro que su mujer cocina rico. —El Chuqueli guiñó un ojo—. Lo llevamos a que nos abra el taller por la mañana. Nadie sospechará de que el jefe aparezca en el taller a primera hora con unos clientes.

Así lo harían.

La Malata no iría

en esta ocasión. «Tú te quedas en casa esperando, nena, no las tenemos todas esta vez.» Ella se rebeló pero el Chuqueli fue contundente. «No te lo digo más veces, nena, esta vez no vienes.» La Malata le vería salir a la tarde, adentrarse en la niebla espesa con la cabeza alta y el sabor de la ginebra abrasando su aliento. «Agur, nena.»

Cuando el Pitarra

apareció a lo lejos con el Nani y el Largui, entonces el Chuqueli torció el gesto.

—Vamos a necesitar la banda al completo —justificó el Pitarra con su voz de grillo.

El Chuqueli le miró muy fijo, envuelto en la niebla de tarde. El Pitarra fue a decir algo pero no le salían más palabras. Entonces se pusieron en marcha.

Lo primero fue robar un coche, de nuevo en Basauri, un Renault 10 listo para la fuga y que aparcaron frente al portal del joyero. El Pitarra se quedaría dentro del coche, las manos al volante y el revólver a punto de caramelo, haciendo guardia. A su lado, el Largui, con la mirada perdida, fumaba un porro. El humo cargaba el interior del coche.

El portal estaba cerrado. El Chuqueli pulsó el botón del portero automático. 6.º D. «Somos de El Corte Inglés», dijo. Nada más entrar se cubrieron los rostros con las medias nailon. Cuando llegaron al sexto piso llamaron a la puerta. Letra D. El Nani iba armado con un revólver del 38. El Chuqueli con otro del mismo calibre, pero con las cachas

nacaradas, y el Sardi con una pistola nueve milímetros. Las armas estaban recién engrasadas y cuando la hija del joyero abrió la puerta, el sofoco le impidió pegar un grito delante de aquellos tres desconocidos con el rostro cubierto con medias de nailon.

—Venimos a ver a Marcelino.

—No está... —
pudo decir la hija.

La cosa empezaba fea. El Nani, con el revólver por delante, agarró a la hija del joyero y la hizo entrar en todas las habitaciones de la casa, abriendo las puertas a patadas. Cuando llegó a la alcoba de matrimonio cogió a la hija del joyero y la tiró sobre la cama.

Se bajó la bragueta.

En esto que llegó el Chuqueli a impedirlo. Agarró al Nani y le dijo con la voz bronca y suburbial:

—¿Qué coño haces, chaval, estás bien del coco?

Lo consiguió reducir y el Chuqueli le advirtió que, si volvía a suceder, le pegaba un tiro. Señaló la entrepierna con el revólver.

—Ahí mismo,
chaval.

—Tranqui, tranqui,
¿eh? —dijo el Nani,
subiéndose la
bragueta—. Tranqui,
que somos
comunistas, ¿qué
pasa?

El Chuqueli bajó el
revólver y miró al
Sardi, dando a
entender que le
dejaba la
responsabilidad de
vigilar al Nani

—¿Qué?

—Que el pájaro
vendrá tarde —le
contó el Chuqueli—.
Está la hija solateras y
el Nani ya ha metido la
gamba.

—Joder... Se ha
tomado en serio lo de
la sopa de mariscos.

—Mira que mi
menda no ve claro lo
de este tío, nos puede
buscar una ruina.

El Pitarra fue a
hablar pero se

contuvo, estuvo en silencio un instante y luego dijo:

—Si *jumela* chungo, lo dejamos, todavía estamos a tiempo.

—Lo que jumela es a droga —dijo el Chuqueli, que de un manotazo le tiró al Largui el porro que se estaba fumando.

El Largui se quedó con la boca descolgada. Ahora los

ojos saltaban por encima de una cara con impresiones simiescas.

—Joder.

—Ni joder ni hostias. A lo mejor esto se alarga y mi menda no quiere que se dé el cante.

El Pitarra y el Largui asintieron callados ante la voz nudosa del jefe. Se mantuvieron alerta durante toda la

espera. Una de las veces que bajó el Sardi al coche, una de las veces, pues hubo varias más, se cruzó en el portal con la mujer del joyero. Tiempo después, cuando pasó todo, la mujer del joyero describiría al Sardi como un chico con gafas y barba y que parecía un soldado de permiso. Cuando la mujer llegó a casa y se encontró a dos

desconocidos con el rostro cubierto por una media, no perdió la calma y ofreció café.

El Chuqueli rechazó el ofrecimiento:

—Quédese quieta, ahí, en el sofalito. Que si mi menda se pone nervioso, no responde.

Ella percibió la brutalidad y la fuerza de aquella voz, acentuada por la media de mujer que

cubría el rostro de aquellas palabras. Disimuló su atracción mirando al Nani, también con el rostro cubierto y que sacaba el tambor del revólver para jugar con las balas. La hija, sentada al otro lado de la mesa, contenía la rabia.

—Necesito

ponerme un pico, descarao que sí —dijo el Nani, cuando se hubo cansado de jugar

con el revólver.

—Déjate de picos, chaval, y menos aquí, luego quedan huellas de sangre —recriminó el Chuqueli.

Entonces el Nani se levantó del sofá y se metió en las habitaciones y trasteó los armarios, revolviendo la ropa que encontró en su aventura.

—A este chaval mi menda le va a plantar

hostias hasta
reventarlo.

Dicho esto, el
Chuqueli fue a por él.

—Oye, a mí no me
toques los huevos —se
embroncó el Nani—,
que tú aquí no eres
na. —Y le enseñó una
cartera que había
encontrado en uno de
los cajones—. Me voy
a comprar *jaco*.
Necesito un *buco*, no
me aguanto.

—Pues aguántate

ahí, chaval, esto no es una fiesta —le advirtió el Chuqueli y le empujó hasta el salón.

—El joyero no va a venir —dijo el Nani mirando a la mujer—. Andará con alguna querindonga.

—Siéntate. Como te muevas, mi menda te mete dos tiros, chaval —apuntó el Chuqueli con el revólver a la entrepierna—, uno por

cada huevo.

—Tranqui, tío,
¿eh? ¿Qué pasa, tío?

—Tranqui tú,
chaval, y aquí todos
contentos.

Hubo más roces durante el tiempo que duró la espera. Parecía que no iba a llegar nunca el momento de ver aparecer al joyero. Fue de madrugada cuando escucharon las llaves en la cerradura.

—Al loro, alguien

llega —dijo el
Chuqueli, con la voz
tan baja y arrastrada
que podía pasar por
debajo de la puerta.

13

De aquel atraco salieron por los pelos, contaría el Chuqueli a la Malata, ya de vuelta en Otxarkoaga mientras volcaba el botín sobre la mesa de la cocina.

—Poca cosa, por esto no van a dar más

de un kilito, ya verás,
nena.

—¿Y vale la pena?

—preguntó ella,
mientras se peinaba.

—Mira, nena, vale
la alegría de poder
contarlo. Mi menda
necesita guita para dar
un palo gordo y poder
ir a México.

El Chuqueli hizo un
silencio y después
remató:

—A casarnos.

La Malata hizo como si no le hubiera oído:

—Y el Pitarra... ¿qué dice?

—Quiere que el Nani siga en la banda, que lo ha cogido cariño. Es un blandengue. Mi menda está hasta los cojones.

—Lo entiendo, pero que sepas que el Nani es buen chaval, se deja camelar, juro —dijo la Malata,

cogiéndose el pelo en una cola de caballo.

El Chuqueli puso cara de desagrado. Según contó, por poco los pillan y todo por culpa del Nani. Cuando el joyero apareció en el piso, sorprendido ante los desconocidos con el rostro cubierto por medias de nailon, pidió explicaciones y fue el Chuqueli quien alzó la voz para ordenar que se callara. Luego el Chuqueli

pidió café: «Ahora sí, señora, ese cafelito.» Entonces la mujer del joyero se metió en la cocina, atrancó la puerta y comenzó a chillar por la ventana.

—Desquiciante, nena.

El Chuqueli siguió contando cómo llegó a la cocina y agarró a la señora por el cuello. Pudo sentir los latidos hasta que la dejó rendida en el suelo,

sin respiración, mientras en el otro lado de la casa el Nani y el joyero se peleaban a brazo partido.

—No veas la que se formó en la casa, nena. No veas.

El joyero y el Nani siguieron enredados en el suelo hasta que llegó el Sardi y se puso a darles de patadas para separarlos. Cuando los

hubo separado, el Nani empezó a gritar, tenía un dedo colgando, en carne viva. El joyero le había arrancado parte del pulgar de un mordisco. «Que no se derrame sangre, no dejes huellas», le advirtió el Chuqueli tendiéndole un trapo de la cocina. Con el jaleo, los vecinos habían llamado a la policía. Antes de salir, desvalijaron a toda prisa la casa, pillando

las joyas que encontraron al paso.

—Pero ahí no acabó todo, nena.

El Chuqueli contó que cuando ya estaban en el coche, va el Nani y con la mano cubierta por el paño, consigue decir entre dolores que se ha dejado la cazadora arriba, con el carné de identidad.

—Ya ves, nena, qué comprometido fue

todo. El muy pringui se deja la chupa con la *papela*.

Fue el Chuqueli quien se cubrió de nuevo el rostro con la media, salió del coche y subió por las escaleras, los seis pisos. Con el resuello en la garganta reventó la cerradura por boca de su revólver. A disparos volvió a entrar en la casa. Cogió la cazadora del Nani, que estaba en el

sofá, y se largó por donde había venido.

—Todas las profesiones tienen sus riesgos, pero a mi menda el Nani le quema la sangre.

—¿No vamos a fundir el oro? — preguntó la Malata, por cambiar el tema.

—Qué va, no hace falta, nena. Esto es un caramelito para poner en la boca a Fausto, el joyero de Santander, y

que nos dé un santo bueno.

La Malata arrugó el gesto, mostró desconfianza cuando escuchó el nombre del joyero.

—¿Qué pasa, nena?

—Cosas mías.

—Entonces cosas de mi menda también, no lo olvides, nena. Cuéntame.

—El joyero no me

da buen rollo. Sabes, nunca te lo he dicho pero se llama igual que el ángel que te conté que toca la trompeta en el cementerio de Madrid. Fausto.

—Nena, no calientes a mi menda, no me seas como el Nani —dijo el Chuqueli, tomando las joyas y volviéndolas a meter en la bolsa.

La Malata le dio la

espalda y se pintó los labios frente al espejo de la entrada antes de salir al coche.

—Conduce tú, nena.

Se pusieron en marcha, rumbo a Santander, donde el joyero Fausto los recibió tras el mostrador de su establecimiento. Nada más verlos entrar los invitó a la trastienda: «Pasad, pasad», y

abrió la caja fuerte escondida tras el cuadro del famoso halcón. El Chuqueli vio los fajos de billetes, amontonados. A ojo, calculó más de cincuenta millones de pesetas.

—Buena colección. ¿Está asegurada?

—¿Tú qué crees, hijo? —El joyero falsificó sus ojos para atravesar al Chuqueli con dulzura

impostada.

El Chuqueli se quedó pensativo y luego dejó caer de nuevo que necesitaba pasta para preparar el atraco al taller de joyería de Éibar. El joyero arrimó la silla y dijo, dándose importancia:

—Como os conté, lo peor es colocar tanto oro.

—Ya te digo — soltó la Malata, sin

perder de vista los
ojos del joyero,
engarzados en falsa
pedrería.

—Por esto, os
puedo dar menos de
un millón. Pero si
queréis os puedo decir
un buen meneo —dijo
el joyero, tras
ajustarse el
cuentahilos y mirar las
joyas que había en la
bolsa.

El Chuqueli se
inclinó con atención y

prestó oídos al joyero. Según este, podían sacar cerca de cien millones de pesetas. «Un buen palo.» Sonaban postizas las palabras del bronce en su boca. La germanía cantaba en falsete. Como si tuviera mucha familiaridad con la víctima, el joyero Fausto contó que el taller estaba en un armario blindado dentro de su misma casa. El atraco no

presentaba problemas, así a primera vista. Entre unas cosas y otras, el joyero también habló de un chaval de Santander, de la cantera, dijo, sacando la pluma y haciendo brillar sus ojos hambrientos de macho y dinero.

—Le gusta lucir los músculos, responde por Cacharrón. Un cuello de toro. —El joyero abrió sus brazos—. Os vendrá

de perlas para la banda.

El Chuqueli contó el dinero. Antes de despedirse, quedó en ponerse en contacto con el tal Cacharrón.

* * *

Aquel robo, del que acababa de dar detalles el joyero Fausto, cambiaría sus vidas para siempre.

Como era habitual, el Chuqueli fue preparando minuciosamente todos y cada uno de los movimientos y tardaron algo más de un mes en ponerlo a punto. Ese era el verdadero secreto; elaborar un plan con minucia artesanal a lo largo de muchos días para llevar a cabo un robo que parecía poseer el don del momento cuando se

realizaba.

Sin lugar a dudas, el Chuqueli era un artista. Así lo veía la Malata, como uno de esos artistas de cine que, con toda la naturalidad del mundo, representan un papel que parece hecho a su medida. Si se mira así, un buen robo, un buen atraco, no es más que una película eficaz bien trabajada por sus actores. El Chuqueli

era viva muestra.

Lo que pasa es que el espectador sólo ve el resultado y no tiene la menor idea de los ensayos que han sido necesarios para dominar el papel, la energía desempeñada hasta hacerse con el personaje. Sin duda, el trabajo del Chuqueli era igual o parecido al de los actores: engañar a la policía nunca fue fácil, aunque la gente se

piense lo contrario. El secreto reside en poner en cuestión todo lo que la policía no cuestiona para dejar, así, a la policía en evidencia.

Mandamiento supremo de la ley del bronce.

Para prepararlo se desplazaron a una localidad cercana a la vivienda del joyero al que iban a saquear. Un pueblo [\[8\]](#) rodeado de trigales donde el Chuqueli tenía las

llaves de un viejo caserón de piedra, con su pajar y su olor a estiércol. La primavera se respiraba en aquel lugar casi despoblado donde habían llegado en sus propios coches, el Seat 1430 del Chuqueli y el 132 del Nani, matrícula de Navarra. A bordo de este último iban el Pitarra y el Sardi junto a Cacharrón, miembro recién incorporado a la banda. El Largui se

había quedado en tierra, se estaba quitando de su adicción a la heroína y el Chuqueli había decidido no contar con él.

El pueblo presentaba el abandono típico de los paisajes rurales que han quedado atrás en la historia. La inercia de los tiempos lo había dejado con una iglesia a la que se le caía el techo. Por no haber,

no había ni cuartelillo de la Guardia Civil. Un sitio a la medida si no llega a ser porque sus contados habitantes, cuando se cruzaban con el Chuqueli, lo miraban como si lo reconocieran.

A los pocos días de llegar, el Pitarra se lo reveló a la Malata.

—Parece ser que la esposa de tu menda lerenda era de aquí, de este pueblo —dijo

con crueldad de niño chico y una voz aguda y a la medida.

La Malata tuvo una mueca como si empezase a comprender aquellos silencios del Chuqueli en los que ahogaba su mirada. Un dolor de la gran puta que no había conseguido enterrar bajo las cenizas del tiempo.

—Iba a tener un hijo. Andaba preñada

—le siguió contando el Pitarra con su tono infantil—. Fue unas navidades. Se quedó pillada con una sobredosis de registro.

Había pasado mucho tiempo, por lo que el Pitarra comentó, pero ahora el recuerdo se hacía evidente. La Malata se dedicó a escuchar los silencios del Chuqueli. Un lenguaje sin palabras que hablaba en el alfabeto del

dolor. El Chuqueli contagiaba una fiebre interior que subía con el recuerdo y asomaba a sus ojos como si la vida estuviera en otra parte, lejos de él y de su cuerpo. Tan lejos que la Malata no alcanzaba. Con estas cosas fue corriendo el almanaque, hasta que llegó el día.

En lo que respecta al atraco, se realizó sin complicaciones. Sabían que el joyero

leonés tenía un Mercedes color azul y, al ver el coche aparcado en la puerta de su domicilio, dedujeron que el joyero se encontraba en casa. Cacharrón abrió el paso, vestido para la ocasión y con una bandeja de pasteles en la mano. Lo habían planeado todo al detalle. Tanto es así que el joyero leonés no opuso resistencia, como si

también hubiera
ensayado muchas
veces el momento de
verse con un revólver
en la cabeza.

Tras el asalto,
regresaron al pueblo
de Benafarces a toda
pastilla. «Písale,
písale.» Con el veneno
del éxito en la sangre,
fundieron el oro y
escondieron el botín.
Todos participaron. El
Nani con el dedo
envuelto en una venda
y tirando de soplete.

Cacharrón destripando el suelo del pajar. El Pitarra y el Sardi desmontando piezas y el Chuqueli dirigiendo toda la operación. Al final el botín fue de cuarenta y ocho lingotes de un kilo y un buen puñado de piedras preciosas. El Chuqueli apartó ocho lingotes y las gemas para venderlas de inmediato. Lo demás se enterró en el pajar, a la vista de todos.

Esa misma noche, después de la reunión con la banda, aprovechando que la Malata y él se quedaron solos a la luz de las velas del caserón, ella se acercó al Chuqueli. Entonces el Chuqueli la abrazó con furia, como el náufrago que se agarra a una tabla de salvación en noche de tormenta. Ella le vino a decir que no podía estar secuestrado por

un fantasma y el Chuqueli vino a confesar que cuando murió su mujer, entonces y sólo entonces, fue consciente del calibre de su soledad.

—Pero mi menda no está secuestrado, para nada, nena. Mi menda lleva en los brazos el peso de ese fantasma —dijo el Chuqueli, con la voz traída del fondo de un pozo.

—Ya te digo. Tú también crees en los fantasmas.

14

Era un tipo flaco, de una flacura distinguida. Lo llamaban el Conde de Montecristo por sus muchos títulos nobiliarios. Algunos venían de herencia y otros tantos se los había adjudicado a

título personal,
originando conflictos
en el Almanaque de
Gotha. Se dedicaba a
acariciar los bordes del
delito con la punta de
los dedos y el Chuqueli
lo conocía de antiguo,
por eso, una semana
después de haber
enterrado el oro en el
pajar, el Chuqueli
quedó con el Conde en
Madrid, en el bar del
Castellana Hilton.
Cuando el Chuqueli
llegó, el Conde estaba

sentado en uno de los sofás. Iba trajeado y saludó al Chuqueli con falsedad impostada.

—Qué tal, Chuqueli, cuánto tiempo. ¿Qué haces? ¿A qué te dedicas ahora?

—A respirar — contestó el Chuqueli—. Mi menda no gana mucho pero, por lo menos, da para vivir.

—¿Entonces, qué, ya no mueves jaleo?

Al Conde le pasaba lo que al joyero Fausto, que las palabras del bronce, dichas por su boca, también resultaban postizas. Para el Chuqueli, el Conde no era más que un niño pera al que la suerte le había favorecido desde la cuna.

—Mi menda no es *tolái*. Llega un momento en el que la suerte se gasta y mi menda se dio el piro.

—No tenía noticias
—dejó caer el Conde.

Había ganas de que el Chuqueli contase lo que ya sabía. Más que nada por el morbo de escuchar la confesión.

—Pues sí, mi menda se largó.

—¿Y la María?

El Chuqueli no mostró ninguna emoción, como si ya hubiera asumido que escuchar aquel

nombre no le iba a
provocar síntoma
alguno:

—Murió —dijo el
Chuqueli en un último
intento de sacrificio.

El Conde sacó una
pitillera de plata y
levantó su tapa con el
pulgarcito. Ofreció un
cigarrillo. Dunhill. El
Chuqueli aceptó la
invitación. «Gracias.»
El Conde sacó el
encendedor. Dupont.
Oro de ley.

—No sabía nada.
Lo siento mucho. De
veras que lo siento.

El Conde hablaba
en un tono carente de
convicción, como si
con él no fueran las
cosas. Introdujo en
una boquilla de ébano
el filtro del Dunhill. Lo
hizo con parsimonia
aristocrática. Encendió
el cigarrillo y dejó caer
las palabras con el
humo:

—Perdona,

¿quieres tomar una copa? Yo me voy a pedir lo de siempre, ya sabes, mis problemas estomacales. Sigo con ellos —lo dijo cerrando los ojos mientras aspiraba el humo.

—Una ginebrita Lados para mi menda —pidió el Chuqueli, sin perder de vista el Dupont de oro del Conde, ahora sobre la mesita, junto al cenicero.

El camarero, un hombre con patillas de hacha, tomó nota del pedido y se tocó la pajarita, en perfecto equilibrio bajo su cuello. El Conde siguió hablando.

—Aquí, en este hotel, y en el Palace son los únicos sitios donde saben hacer una verdadera infusión. El secreto de la buena infusión está en el plato, no en la taza.

—Mi menda sigue castigándose el hígado —dijo el Chuqueli—, ya sabes, hay mucha demanda de hígados. Si no te castigas bien el hígado, tararí que te vi, te dan mulé y se lo llevan.

El Conde de Montecristo forzó la risa y enseñó la blancura impoluta de sus dientes.

El camarero llegó con su pajarita al

cuello y con la bandeja. Sirvió la infusión, la ginebra y la cuenta, que dejó en un platillo metálico, sobre la mesa. El Conde de Montecristo se echó la mano al bolsillo y con aspaviento de charlatán exclamó:

—¡Ah, me tuve que dejar la cartera en el chaquetón que dejé en el vestíbulo! Mecachis.

—No se preocupe, luego me lo trae — apuntó el camarero.

—Gracias —dijo el Conde, haciendo un ademán cuando el Chuqueli fue a sacar la cartera—. Tranquilo, Chuqueli, que aquí me conocen.

El Chuqueli pegó un sorbo a la ginebra y una calada al cigarrillo. El Conde siguió hablando:

—¿Qué te estaba

contando? Ah, sí, lo de la infusión, que tiene que estar concentrada. Tan fácil como poner un plato encima cuando echas el sobrecito en el agua de la taza. Así se tapa y se concentra la infusión. Y aquí, en este hotel, lo saben hacer de lujo.

Luego el Conde desplegó simpatía y su labia para contar que, desde una de las habitaciones de aquel

hotel, Ava Gardner hablaba por teléfono con Frank Sinatra, a la vez que se ocupaba de empuñar la virilidad de un gitano.

—Ya, mi menda no puede con dos cosas al mismo tiempo —dijo el Chuqueli, sin quitar ojo a los dos relojes de oro que llevaba el Conde. Uno en cada muñeca.

—Y bien, Chuqueli, cuéntame. ¿Qué te

trae por aquí?

—Unos kilos de colorao.

—Cuánto.

—Lo suficiente para que no le digas que no a mi menda.

—Te lo agradezco. Sabes que yo trabajo con garantía. Pero claro, eso hay que pagarlo.

—¿Cuánto te quieres llevar?

—Depende de la

cantidad.

—De momento cuarenta kilos de oro —dijo el Chuqueli bajando mucho el tono de su voz, saboreando la cantidad, cuarenta kilos, y pegó una calada al cigarro y se reclinó en el sofá.

El Conde empezaba a salivar la flema de sus palabras:

—Ya lo hice en otras ocasiones. Tengo línea de comercio con

México. Tengo un primo que dirige la banca allí. Él puede colocar el material, sin problemas. Lo primero de todo es sacar el oro de España. Colocar aquí tanta cantidad, cuarenta kilos de oro, es difícil, por no decir imposible.

El Chuqueli aprovechó. Era su turno de sonreír:

—Bien, entonces que adelante el dinero.

La mitad ahora, la otra mitad a la entrega. De ahí te llevas la mordida.

—No corras, amigo —saltó el Conde—. El dinero se da en mano y yo no dispongo de tanta liquidez. Lo único que puedo cubrir son los billetes de avión a México.

—Vale. Que sean cinco —dijo el Chuqueli, y aplastó el cigarrillo en el

cenicero.

—¿Cinco personas para conocer a mi primo?



El Conde de Montecristo, de una puntualidad británica, flema y traje cruzado, llegó a la hora convenida. Antes de entrar en el edificio comprobó sus dos

relojes con la hora de la torre. Sonrió y con ademán aprendido en los grandes salones hizo una seña.

«Buenas noches», le saludaron con familiaridad los guardias de la puerta. Por algo era familia del que fuera jefe de la policía durante el reinado de Alfonso XIII, ese tal Romanones.

El

Perkins

esperaba en la cafetería, planta baja, apoyado en la barra. Con las gafas negras ocultando sus ojos, sujetaba un vaso de güisqui. «Sin hielo, por favor.» El Conde de Montecristo rechazó la invitación. Cogió un cigarro y le ajustó una boquilla de ébano. De su bolsillo sacó el encendedor y el Perkins se quitó las gafas. Su vista no le engañaba. Dupont de

oro. El Conde de Montecristo encendió el cigarrillo y con la primera calada, fue directo.

—Hay cuarenta kilos de oro.

—¿Dónde? — preguntó el Perkins, acercando sus ojos a la figura flaca y distinguida del Conde.

—Eso es lo que no sabemos, pero es fácil averiguarlo.

—¿Cómo?

—Se trata de crear un clima de confianza para que trasladen el oro y lo muevan a cambio de billetes.

—Entiendo. Tender la trampa —dijo el Perkins y pegó un sorbo al güisqui.

—Lo he convencido de que lo mejor es hacerlo en México. Le hablé de mi primo, ya sabes mis influencias en el entorno familiar.

—¿Y se dejó enredar?

El Conde de Montecristo soltó el humo y mostró la sonrisa de su blanca dentadura.

—Le conté que mi primo estaría dispuesto a poner el dinero, a comprar el oro, y que luego mi primo lo vendería a Colombia, donde se hacen lingotes de brillo y se vuelven a

vender a España. Puro trámite comercial.

Pegó otra calada al pitillo y el Perkins advirtió las escurrideras de humo que envolvían las encías del Conde.

—No se te escapa nada. Bonito juego.

—Sí —dijo el Conde—, pero hay algo más. Está dispuesto a viajar, a ver a mi primo, pero con la banda al

completo.

El Perkins se restregó los ojos. Luego volvió a empuñar el vaso. Pegó un trago y admitió su alegría.

—Les había perdido la pista. Después del palo que pegaron donde Bimbo, joder. ¿En serio que no quieres tomar algo?

—No, gracias. Aquí tengo sus nombres y apellidos. Me los ha

pasado para que le gestione los pasaportes.

El Conde se llevó el cigarro a los labios y apretó la boquilla entre los dientes mientras metía la mano en el interior de la chaqueta. Sacó un papel y se lo tendió al Perkins.

—Conozco a todos. También a la niña. Es una menor, pero no por mucho tiempo —

dijo el Perkins y se volvió a poner las gafas.

El Conde de Montecristo sonrió y después de expulsar el humo por la nariz, preguntó:

—¿Qué estás pensando?

El Perkins y el Conde se conocían de antiguo, de los tiempos de Franco, cuando el Caudillo daba recepciones en el

palacio de La Granja y las folclóricas ponían color a un régimen gris marengo. Aunque el Perkins era policía joven, había dado muestras de estar capacitado para el cargo de jefe de seguridad del palacio, entre paletos y autoridades que esperaban su turno para besar la mano de Carmen Polo de Franco. Una mano, todo sea dicho,

húmeda de anillos y saliva; lo más parecido a un pulpo chico. Esto último lo aseguraba sin reparos el yerno, marqués de Villaverde y hombre de aspecto varonil, siempre desafiante a todos los que se opusieran al braguetazo.

En aquellas reuniones, el marqués de Villaverde lucía el uniforme de caballero de la Orden de Malta, con capa y calzas que

le ajamonaban las piernas. Entre chismorreos, se le había otorgado otro título que se comentaba por lo bajo: marqués de Vespaverde. A decir de todo el mundo, su suegro le asignó —a dedo— la concesión de las motos Vespa para el territorio nacional. De esta manera, el marqués se convertiría en blanco de las burlas de un pueblo que se

guasea de sus amos, hasta donde le dejan, y Franco se mostraba encantado con la función de pararrayos de su yerno. Al final de la historia, el yerno se vengaría, vendiendo a la prensa las morbosas fotos de la agonía de Franco para propiciar el hábito masturbatorio del pueblo español.

En aquellas recepciones, Franco arrastraba tras de sí

una estela de
embajadores, artistas,
ujieres, folclóricas,
ministros, curas,
queridas del yerno,
etcétera. Entre toda la
estela de suciedad que
iba dejando fauna tan
complaciente con el
Régimen, el Perkins
velaba por la
seguridad de todos y
cada uno de los
presentes. En una de
esas, estando de
servicio y cumpliendo
con su misión, un

joven aprovechó y robó uno de los tapices del palacio. El joven era uno de los invitados, familia del conde de Romanones para más señas. Se trataba de un chico esbelto y propenso a la vida disoluta. El Perkins enseguida se hizo su amigo. Desde aquel momento establecerían juntos una empresa criminal donde se iban a manejar el tráfico de

influencias y la
compraventa de
antigüedades.

Muerto Franco, la
unión entre ambos se
hizo más sólida. Tal
fue así que el Conde
llegó a proponer
vilezas mayores y
organizaron juntos la
puesta a punto de
grupos armados para
atrascar bancos y
joyerías. El Perkins,
como hombre de
orden al servicio de la
ley y de la trampa,

sólo tenía que esperar en el lugar indicado y a la hora precisa para reventar a tiros a los atracadores y quedarse con el botín. El Conde arriesgaba las armas y también a los atracadores que elegía entre aquellos pobres diablos que demostraban una facilidad genética para atraer la mala suerte. «Hay personas tan torpes que se encuentran más a

gusto en el fracaso que en el éxito», se justificaba el Conde con indiferencia.

De esta manera, el Perkins ganaría laureles, medallas y grandezas. Por otro lado, el Conde se llevaría parte del botín. La relación entre ellos fue en aumento hasta convertirse en un juego cada vez más elaborado que haría saltar los resortes de

la vena sádica, común a ambos. Un ejemplo de esto había sido el robo a una sucursal del Banco de Bilbao en la avenida del Mediterráneo, en Madrid, a las claras del día. Según el Conde de Montecristo, el mismo director del banco le había soplado los millones de pesetas que manejaba. «Una noche, algo perjudicado por el

alcohol.» La cosa salió bien para la empresa criminal. Los empleados no opusieron resistencia y los asaltantes recogieron cuatro sacas de dinero. En la puerta esperaba el coche, un Chrysler 150, para salir al escape. Diez policías dieron el alto y pasaporte a la vida eterna. Hasta una mujer, que pasaba por allí, se llevó un tiro en

la pierna. Salió en todos los periódicos. Los compañeros del Perkins estaban perplejos; acababan de nombrarlo responsable del grupo y ya intervenía en atracos con desenlace feliz. Con estas cosas, el Conde y el Perkins establecerían una alianza que sólo puede darse entre dos quinquis o dos policías.

—Hay un problema

—dijo el Perkins,
pegando el último
trago al güisqui.

—Dime.

—El dinero que
saquemos por los
cuarenta kilos no lo
voy a meter en casa.
Un banco puede
sospechar con
cantidades tan
grandes. Puedes
comprar un billete de
lotería que ha tocado,
lo puedes hacer una
vez, pero más de una

vez sería tentar a la suerte. Tanta pasta es un problema. ¿Sabes lo que quiero decir?

—No te preocupes por eso —cortó el Conde, apurando el cigarro que calentaba la boquilla—. Mira, hablando de México, hay intención del Gobierno mexicano de comprar armas a España. Podemos ser intermediarios entre ambos países y hacer una sociedad, invertir

en exportar armas. Sólo necesitamos el visto bueno del Ministerio de Defensa. El dinero se emplea en eso, en coger armas y darles salida a México. En Latinoamérica los sudacas se están matando. No es tan descabellado.

—Está muy bien pensado —dijo el Perkins, posando la mano en el hombro del Conde—, me gustas.

El Conde miró de reojo la mano del Perkins y el Perkins siguió agasajándole:

—Tienes coco. Podías haber sido inspector de primer grado, pero no aguantas la disciplina.

—Tal vez.

—En fin, ¿qué quieres que te diga? ¿Vamos de putas esta noche? —preguntó el Perkins, ajustándose sus gafas negras.

—No puedo, no me he traído las bragas ni los tacones —dijo el Conde, enseñando la sonrisa impoluta, la boquilla entre los dientes.

El Perkins soltó una carcajada y dejó el vaso vacío en la barra. Junto a la pitillera y el encendedor. Dupont.

15

Fue a partir de aquel viaje a México cuando el Chuqueli comprendería que el éxito sólo es el punto más alto en la caída de un hombre. Pero no conviene adelantarse tanto. Antes de llegar a

México hay que decir que el Chuqueli y la Malata estuvieron un tiempo en Madrid, viviendo en habitaciones de hotel donde ella entraba de manera clandestina. A poco de cumplir la mayoría de edad, la Malata se pintarrajeaba para dar el pego. Sin embargo, a ella no le gustaba el asunto; se sentía una mujer de paso.

—¿Qué te ocurre,

nena? —preguntó el Chuqueli.

La Malata le dijo que nada, que no pasaba nada, y el Chuqueli percibió algo raro. «No engañes a mi menda y dime qué te pasa, nena.» Entonces le contó otra cosa; el disgusto que había pillado porque no iba a ser protagonista de la película. Al final cogieron a la hija de Lola Flores [\[9\]](#) y el

director de las barbas, por querer arreglarlo con la Malata, soltó que a lo mejor la llamaban para la escena del aborto. «Para enseñar el coño que pongan a otra», le escupió la Malata al director, con la lengua escocida.

—De todas maneras, no hubieras podido hacerlo, nena. En unos pocos de días volamos a México.

—Ya, pero no es lo mismo decir no que te digan que no. Ya te digo.

El Chuqueli le echó su brazo al hombro.

—No es lo mismo, nena, sólo cambia el punto de vista, que dicen los de Bilbao.

Luego, para consolarla, el Chuqueli le dijo que en aquel hotel donde estaban había vivido una actriz importante.

—No la conozco —
dijo la Malata,
enfurruñada.

—Sí, nena, una
que salía en la película
esa de un tren donde
los pasajeros pillan un
virus y hay que llevar
el tren hasta un
puente.

—Esa era la
Sophia Loren —dijo
ella.

—No, nena, no, la
Loren es de otra.
Bueno, qué más da,

este es un hotel muy importante, se lo ha dicho a mi menda un fulano que es conde de Montecristo.

El Chuqueli le contó que había estado reunido con el Conde en ese mismo hotel, y que le había contado que las alfombras de las habitaciones eran de tejido legendario, de un nudo excelente y que se hacían en exclusiva para las

habitaciones.

—¿Es el mismo gachó que sabe lo del colorao, el de los pasaportes?

La Malata lo preguntó como si presintiera que, desde ese momento, su vida fuese a tomar un camino sembrado de peligros.

—¿Por qué lo preguntas, nena?

—Porque no me cae bien ese gachó

aunque nunca lo haya visto, sólo por lo que me cuentas, ya te digo.

Con todo, el Chuqueli no contó lo más importante a la Malata, cuando él y el Conde se citaron para recoger los pasaportes. Después del trámite, cuando se despidió del Conde y sin tiempo que perder, el Chuqueli se acercó hasta las oficinas del tanatorio para hacer la

compra de una
sepultura.

A su nombre.

El Chuqueli rellenó la solicitud y pagó en crudo. En el calendario que había en la oficina de pompas fúnebres era junio de 1981. A partir de aquel instante se torcieron las cosas, como si el mal fario se hubiera hecho presente en el momento justo de la firma; la calca del

dedo sobre los papeles funerarios. Con todo, el Chuqueli no se daría cuenta hasta tiempo después. Suele ocurrir y al Chuqueli le ocurriría llegando al final de esta historia, cuando todo estaba perdido y era imposible retroceder en el tiempo y evitar aquel viaje que hicieron a bordo de un avión que sobrevolaba el Atlántico, donde la mayor parte de los

asientos estaba
ocupada por
mexicanos que volvían
a su tierra. También
había italianos,
*signorina, per favore,
un Martini*, junto a
algún matrimonio
portugués, *um beijo*, y
poco más. Antes de
despegar del
aeropuerto de Barajas,
cuando la gente se
acomodaba en los
asientos, el Chuqueli
permaneció de pie, en
el pasillo, mirando a

todos y a cada uno de los pasajeros. Sospechaba.

La Malata iba en el asiento de la ventanilla mientras la voz femenina saludaba por megafonía. «Buenos días, señores pasajeros. El comandante y la tripulación, en nombre de Iberia, les da la bienvenida a bordo.» Los altavoces continuaban el ritual y la Malata miraba a un

lado y a otro del avión.

El Nani iba en el asiento de delante, junto al Pitarra. Habían sacado una baraja de cartas y se entretenían en apostar al cinquillo. Por los altavoces seguía la azafata: «Volaremos con una velocidad de crucero de mil kilómetros por hora y se alcanzarán los treinta y siete mil pies de altura. Por favor, hagan uso de los

cinturones de seguridad, pongan el respaldo de su asiento en posición vertical y apaguen sus cigarrillos y plieguen sus mesitas...»

El Chuqueli buscó en uno de los bolsillos del pantalón la cajetilla de tabaco. Sacó un cigarro y lo llevó a los labios. Luego se sentó junto a la Malata. «Les recordamos que una vez que el avión

despegue podrán
encender sus
cigarrillos y hacer uso
de nuestro servicio de
bar sin moverse del
asiento. Se servirán
refrescos, vinos y
licores...»

Los altavoces
emitían un vacío
metálico en cada
pausa de la azafata y
el Chuqueli
permaneció durante
todo el tiempo
impasible y con el
cigarro sin encender

en la boca. «Los aperitivos y la cena se servirán durante el trayecto —continuaba la voz femenina—, y después los pasajeros de primera clase disfrutarán de una copa, invitación de las líneas aéreas.»

—Ahora vienen las amenazas —rumió el Chuqueli sus palabras, haciendo temblar el cigarro en su boca.

De seguido, la voz

amplificada de la azafata empezó a soltar las instrucciones en caso de accidente, botes salvavidas y puntos de evacuación, mientras otra de las azafatas escenificaba las acciones desde el pasillo, señalando las salidas de emergencia. Esta segunda azafata era morena y ensayaba una sonrisa mientras movía las manos. Al igual que su compañera, también

llevaba el gorro azul celeste sobre la cabeza.

El Chuqueli metió la mano en el bolsillo y se tocó el mechero. Una vez terminadas las instrucciones, cuando por los altavoces desearon buen viaje en nombre del comandante y de la tripulación, y todo el mundo se preparaba para el despegue, el Chuqueli encendió el cigarrillo. Con el

impulso, el mechón del
tupé cayó rebelde
sobre la frente.

* * *

Por las ventanillas
del taxi se agitaba el
balanceo de la noche.
Estaban en México y
las luces de la ciudad
les daban la
bienvenida junto con
el olor picante de la
pólvora. En el asiento
de atrás iban la Malata

y el Chuqueli con el Nani y el Sardi. Los asientos eran tan amplios que parecían las camas de una casa de putas. Así lo dijo el Pitarra, nada más acomodarse delante. La primera noche la pasaron en el Gran Hotel Ciudad de México [\[10\]](#), el más bello y suntuoso edificio de la capital, tal y como aseguró el Conde de Montecristo al ir a entregar los

pasajes al Chuqueli.

Nada más entrar en el Gran Hotel y al primer golpe de vista, al Nani le recordó el mercado de Legazpi pero más limpio y con colorines en el techo de cristal, igual que las ventanas de las iglesias. «Fiuuuuu», exclamó el Nani, cuando llegaron a recepción y alzó la vista.

—Tranqui, chaval,

no des el cante —
reprendió el Chuqueli.

Se quedarían
alojados unos días. El
tiempo suficiente para
que el Chuqueli
percibiera el complot.
A la chita callando, el
Sardi iba a hacerse
con la banda. Esos
silencios masticables
cuando el Chuqueli
aparecía y todo se
quedaba quieto
revelaban el complot.
Bien sabía el Chuqueli
que la traición no

existe en singular, que la deslealtad en una banda es lo más parecido a una gangrena que se prolonga a todos los miembros. Las sospechas se convirtieron en certezas cuando el Chuqueli supo de las conferencias telefónicas a España, donde habían dejado a Cacharrón al cuidado del oro y también del Largui, que estaba

quitándose de su
adicción a la heroína.
Ese jaco.

Hablaban con
España por teléfono a
cada rato y había
veces que el Chuqueli
se quedaba con la
oreja pegada a la
pared, desde la
habitación de al lado.
«Mira, nena, estos
juláis quieren a mi
menda fuera de la
banda.»

Después de la

estancia en el Gran Hotel, cada uno se fue por su lado. El Nani y el Pitarra, junto con el Sardi, cogieron un apartamento con aire acondicionado en la calle del Río Guadiana. Un edificio de cuatro plantas con vistas a una cantina donde siempre había alboroto. El Chuqueli y la Malata cogerían también un apartamento pero al otro lado, en la calle

Adelita y desde donde escribieron al Conde, dando la dirección como remite en una postal donde aparecía un gallo de pelea.

Entre medias, se casaron. «Cuando mi menda hace juramentos, nena, es porque se van a cumplir», y dos anillos aparecieron en la palma de la mano del Chuqueli cuando la abrió con agilidad de prestidigitador. La

ceremonia se completaría con un banquete por todo lo alto donde no invitaron a ningún miembro de la banda pero sí a una docena de desconocidos que se fueron encontrando por el camino a la iglesia. «Oye, manito, que mi menda se casa y os invita a la boda.» «Pues allá que voy, carnal.»

La Malata vestía con un traje típico de

Tijuana, falda larga y colorida, corsé floreado y botas camperas. En sus manos llevaba un ramo de novia. El Chuqueli iba con chaqueta y corbatín. Las puntas de su camisa lucían bordados y su cabello brillaba con gomina para la ocasión. A la salida de la iglesia se hicieron las fotos, mientras los invitados lanzaban arroz y

disparaban balas al aire. Corrió el tequila y ese otro licor que a la Malata le repugnaba por venir con un gusano dentro de la botella [\[11\]](#).

Había algo turbador en una de aquellas fotos tomadas el día de su boda, tal vez fueran los pantalones del Chuqueli planchados con una raya como el filo de una navaja, o la forma de encarar la

foto, mirando a cámara, atravesándola con los ojos; no se sabe, pero de lo que no hay duda es de que los dedos finos de su mano estaban tan cerca del cuello de la Malata que aquel gesto, más que un posado, resultaba una premonición. Era como si quisiera proteger a la Malata de algún peligro que acechase alrededor de su garganta.

Vamos a dejarlo ahí.

Tras la luna de miel, como el dinero duraba poco y no había noticias del Conde de Montecristo, una noche de aquellas, el Chuqueli puso una conferencia telefónica a Madrid. Al otro lado escuchó la voz triste del Conde. «Mi vieja se está muriendo — acertó a decir el Conde con voz emocionada—. No puedo ir, pero

mandaré a una
persona de mi
confianza.»

Esa misma tarde,
el Chuqueli y la Malata
alquilaron un coche,
uno de esos vehículos
americanos con
amplitud de nave
espacial y ruedas
gordas. La Malata
condujo a todo trapo,
con las ventanillas
bajas y los cabellos
largos y revueltos. Del
tirón, se pusieron en la
calle del Río Guadiana.

La Malata aparcó frente a la cantina. «Quédate en el buga, nena, no tardo.» Dentro del apartamento estaba el Pitarra, con el Nani y el Sardi. Hablaban de Dios con unos vasos de mezcal por medio.

—Los que creen en Dios son unos toláis. Mira tú que creer en algo que no existe.

—Y si existe, peor para ellos —acertó a

decir el Sardi.

—¿Qué quieres tú decir con esa mierda?

—saltó el Nani.

El Sardi, que estaba muy suelto por obra y gracia del gusano del mezcal, se puso a explicar que, de existir Dios, los que creen en él son tontos porque Dios les hace mil putadas y encima dan las gracias. En plena reflexión teológica llamaron a la

puerta. «¿Quién va?», preguntó el Pitarra con la voz de grillo borracho. «Mi menda», se oyó al otro lado. Se hizo el silencio en la habitación y el Sardi se levantó a abrir.

Nada más cruzar la puerta el Chuqueli, con total aplomo, arrastró una silla, se sentó a horcajadas y dijo con la voz rugosa:

—Al Conde se le

está muriendo la vieja y mi menda los duelos los respeta. Dice que mañana quedamos en el Gran Hotel con un enviado suyo.

—A mí esto no me canta bien —saltó el Pitarra con el vaso entre las manos, sobre la barriga peluda, y frunció su boca, como si callase algo cercano a la sospecha que le producía todo.

—Cosas de juláis

—dijo el Nani.

El Chuqueli le miró. En aquella ocasión, el Nani llevaba las zapatillas calzadas en chancla y una camiseta a la que había cortado las mangas y en la que ponía *Cocaine*.

—Explícale a mi menda eso que has dicho, chaval —le dijo retador el Chuqueli, desde la silla.

16

Según la ley del bronce sólo hay dos cosas que pueden romper la amistad entre dos hombres. La primera es una navaja. Lo otro son unas faldas. Si aplicamos el mandamiento a lo que

ocurrió después, se puede decir que la Malata vino a cortar la última corriente de electricidad que quedaba entre el Chuqueli y los miembros de la banda.

Ocurrió en el bar del Gran Hotel, donde llevaban un buen rato esperando al enlace del Conde, cuando el Nani se levantó y fue al servicio. «Voy al tigre», dijo. Antes de llegar al pasillo, una

mujer se le cruzó con
paso desafiante y
mucho tacón. Ave
Marííííí.

—¿Disculpe, son
ustedes españoles? —
preguntó la mujer al
Nani, frunciendo
mucho la boca.

El Nani contestó
que sí que, de
momento, eran
españoles y se quedó
mirándola. Por
momentos la nariz y la
boca de aquella mujer

se juntaban igual que el morro de una yegua dispuesta para el trote. Tracatrá, tracatrá, tracatrá. Ella se dio la vuelta y el Nani siguió su camino, rumbo a los servicios, volteando el cuello para no perder de vista las formas bajo la falda, el acabado carnosos que meneaba sin concesiones.

Antes de entrar en el servicio de caballeros, el Nani

sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Cuando se quiso dar cuenta lo había encendido al revés. Le vino a la nariz el humo del algodón quemado. «Joder.» Le subía el *tripi* tomado hacía unos minutos, con un café. «Descarao que así pone más», se dijo, y con el último sorbo, el Nani empezó a ver las servilletas colocadas en molinillo, sobre la barra, que se

movían igual a un ventilador. Acercó el dedo a las servilletas con mucha precaución y con esto paró el movimiento de las aspas.

El tripi se lo habían vendido en la cantina de abajo y tenía forma de botón. En un principio, cuando el Nani lo vio, dijo que no, que no lo compraba, que eso no era un ácido. Pero al final le convencieron

de que se lo llevase. A punta de pistola. «Si no te gusta, nos matas tú a nosotros, ¿vale, carnal?» En un principio, el Nani estaba dispuesto a repartirlo con el Pitarra y el Sardi pero estos rechazaron el botón con desprecio. El Nani les insistió: «Si el tripi es potente nos daremos cuenta de si el Chuqueli juega con dos barajas. Descarao que sí.» El Sardi dijo:

«Paso», como si fuera un juego de cartas. El Pitarra fue más explícito y con un aspaviento de la mano, igual que si espantase una mosca, soltó con voz chillona: «Déjate de rollos, tío.»

El Nani se había comido el botón entero con un café. Después de salir del servicio, encendió otro cigarrillo y se quedó absorto en las vidrieras del Gran Hotel, donde creyó ver

estampas religiosas
iluminadas por los
colores de luz. Ave
Maríííííia. Luego alcanzó
con la vista la barra
del bar, los sofás
donde estaban
sentados el Pitarra y el
Sardi, la cara de
desprecio de la Malata
junto al Chuqueli. El
Nani también pudo ver
a la mujer que
minutos antes le había
entrado. Ave Maríííííia.
Sonreía con
sensualidad mientras

se presentaba a la banda. Bajo el techo acristalado de colores, el Nani se quedó pétéreo cuando supo por intuición lisérgica que aquella mujer era la del enlace.

—Me llamo Rosa Veracruz y vengo de parte del Conde —dijo la mujer y se tocó la melena y se mordió los pómulos por dentro, adelgazando las mejillas, como queriendo dar a

entender cierta
práctica.

Con este gesto, la misteriosa mujer había levantado un muro de desconfianza entre ella y la Malata. Era como si buscase con el Chuqueli alguna intimidad a la que la Malata no estaba invitada. La mujer estiró la falda sobre sus muslos y se sentó en el sofá sin mostrar ningún interés en cambiar la expresión

de la cara. Acto seguido ofreció una ronda de cigarrillos y el Sardi alejó la invitación con la mano. Dunhill, la misma marca que fumaba el Conde. El Nani seguía inmóvil, clavado a las puertas del servicio de caballeros, viendo cómo el Chuqueli aceptaba la invitación y cogía uno de los cigarrillos. Su dedo rozó el dorso de la

mano de ella.

—¿Eres prima del Conde? —preguntó el Chuqueli.

—No —negó ella con la cabeza y sonrió, mirando al Chuqueli con esos ojos que sueltan algunas mujeres cuando quieren algo más que conversación.

De seguido, la tal Rosa Veracruz alzó sinuosa el cuerpo, como si atendiese a

una flauta de un
encantador de
serpientes, y señaló el
anillo. La alianza que
el Chuqueli lucía en su
dedo cuando le acercó
la llama del mechero.

—Me dijeron que
se habían casado.

—Ya te digo —
saltó la Malata,
matándola con los ojos
—, hace unos días que
nos casamos.

La mujer se
incorporó del sofá,

estilizando la figura. Mantenía perfecto equilibrio sobre un solo pie con las piernas largas y enredadas, como las de una cigüeña. Así hizo mientras chupeteaba el cigarrillo.

—El matrimonio es perfecto para las mujeres que no tienen otra manera de acostarse con un hombre casado —dijo la tal Rosa Veracruz,

batiendo mucho sus pestañas.

El Nani, sin moverse de la puerta del servicio de caballeros, siguió detallando la espiral de inconfundible humo inglés que salía del cigarro que ahora descansaba entre unos dedos largos, acabados en uñas tan rojas como gotas de sangre. Ave Maríííííia. Algunas veces, según recuerda el Nani, en el

Eurípides paraban hembras así. Cuando el *pub* estaba para cerrar y aparecía el Perkins con otros policías a tomarse la última, siempre acompañados de alguna fulana de clase. Había pasado el tiempo y ahora el Nani estaba en México, en el Gran Hotel, plantado ante la puerta de los servicios, desde donde seguía el curso de los

acontecimientos. La mujer se volvió a sentar y cruzó las piernas, lo suficiente para favorecer la exploración de los allí reunidos. El Nani miró con lascivia socarrona el techo de colores y la tal Rosa Veracruz aspiró el humo con intención. Luego dijo:

—El dinero lo tengo arriba, en la habitación. ¿Han traído ustedes el oro?

—No, qué va, el colorao está en España —acertó a decir el Pitarra con su voz aguda.

—Entonces hay una confusión, yo pensé que lo traían y por eso había venido con el dinero. En dólares, como me dijo el Conde.

Dicho esto, Rosa Veracruz apagó el cigarrillo en una de las copas, ya vacía. La

colilla siseó al contacto con la humedad del fondo y la mujer se volvió a levantar, como para irse, pero el Sardi dijo:

—Lo podemos arreglar.

Ella lo miró con ojos finos y agudos, semejantes a los de un ratón vicioso, deteniéndose en la tensión que marcaba el pantalón del Sardi, que sonrió tras sus

gafas de concha. No se haría esperar y entró a quemarropa, saltándose jerarquías, como si el Chuqueli nada pintase en la reunión.

—Me quedo yo de prenda, hasta que traigan el colorao — apuntó el Sardi.

—¿Por qué no todos? —saltó el Chuqueli con su voz más bronca, ante la mirada fiscal de la

Malata, que esta vez no se pudo contener.

La Malata señaló con gesto despectivo a la tal Rosa Veracruz y dijo:

—De uno en uno, por favor, no veis que es toda una señora.

* * *

Las mujeres como Rosa Veracruz eran una trampa para

incautos. Se había quitado los zapatos de tacón y ahora estaban por el suelo. El del pie izquierdo, cerca, pongamos que a mano, como si fuera a utilizarlo para beber champán, mientras el otro zapato estaba tirado a la entrada de la habitación, junto a la puerta, igual a un amante despreciado.

El Sardi acarició la curvatura de los pies. Arrastró la seda de las

medias hasta
desnudarlos.

Aparecieron las uñas
pintadas, como cinco
gotas de sangre. Una
palpitación le vino a la
cara cuando miró
hacia la terraza y se
llevó el dedo a los
labios. Pero el Sardi lo
dejó pasar y le subió
la falda y acarició sus
bragas, untadas a la
carne húmeda. Acercó
su aliento y, cuando
ella atenazó la cabeza
del Sardi con las

piernas, entonces
arrancaron los gritos.
Lo que vino a
continuación fue la
muestra de que la
lengua es un órgano
sexual que algunos
degenerados usan
para hablar, dicho por
boca del Sardi,
hombre de pocas
palabras.

Mientras esto
sucedió, el Chuqueli y
el Pitarra andaban en
recepción dando
detalles sobre Rosa

Veracruz, la señorita, o señora, de piernas emputecidas y acento sudaca. El recepcionista, un tipo con una nariz que era lo más parecido a una patata con brotes, se negó a dar datos de los clientes alojados. «Es confidencial.» Fue el Chuqueli el que sacó la cartera y aflojó unos dólares. Entonces, el de los brotes de patata les dijo el número de la habitación sin más.

—Tercera planta, a mano izquierda. No tiene pérdida.

El recepcionista se mostró amable, tanto que dijo sentir no poderlos acompañar. El Nani, que seguía a las puertas del lavabo, cuando vio pasar al Pitarra y al Chuqueli, les paró para avisarlos: «La luz está ahí, la luz ha venido para quedarse iluminando lo que siempre quisimos ver

—señaló el techo de vidrio— y también lo que siempre quisimos no ver.»

«Tú quédate ahí quieto, chaval, y al loro, que no te entre el *flash*», le imperó el Chuqueli torciendo la boca con autoridad. El Nani sonrió, radiante y nítido, directo a las profundidades del sentido. «Quiero saltar por mi propia piel.» El Chuqueli y el Pitarra se miraron sin dar

crédito a lo que estaba sucediendo y siguieron su camino. Tomaron el ascensor y cuando salieron al pasillo de la tercera planta, llegó el jaleo hasta sus oídos.

Dentro de la habitación, en una de sus embestidas, el Sardi pudo ver en el espejo las sombras que cruzaron el balcón. Entonces el Sardi brincó de la cama hacia la mesilla donde había dejado el

revólver.

Ajustó el cañón a la cabeza de Rosa Veracruz.

—¡Quietos o me la cargo! —avisó el Sardi, mientras la tomaba del cuello y la ponía de escudo.

Ella tuvo como un mareo y el Sardi la cogió de los pelos y, sin dejar de acariciar su cabeza con el cañón del revólver, la atrajo hasta sí con rabia. «No

por ahí, no», balbuceó Rosa Veracruz.

Fue entonces cuando gimió de verdad, hasta que se le saltaron las lágrimas y se oyó el golpe en la puerta. Después vino la balacera. No hubo que lamentar víctimas, tan sólo dos mexicanos heridos y la mujer del enlace, la prima Rosa Veracruz, a la que hubo que atender de urgencia por

hemorragia. Como diría el Chuqueli, de aquella consiguieron escapar por menos del canto de una libra. El Sardi salió en paños menores, con el revólver humeante y la erección plena.

La Malata conducía con rabia el coche alquilado. «Písale, písale.» Se saltaba los semáforos y hacía chirriar las ruedas en cada bocacalle. A su lado iba el Chuqueli,

que una vez pasado el peligro tuvo que aguantar las miradas por el rabillo del ojo, los comentarios de la Malata delante de todos, recriminándole su trato hacia aquella mujer. La Malata crecía muy deprisa dentro de la banda. El Nani iba detrás, entre el Sardi y el Pitarra, con los ojos brillantes no paraba de decir: «Puedo saltar sobre mi propia piel, descarao

que puedo.»

Años después del incidente, cuando trincaron a buena parte de la banda, el Sardi declaró que nunca había oído hablar del Nani, ni del Pitarra, ni tampoco del Chuqueli, que no los había visto en su puta vida y que no se mezclaba con esa clase de personas. Rosa Veracruz fue un borrón más de su memoria. Pero no

vayamos tan lejos, pues después de huir del hotel, hubo reunión de la banda en pleno donde el Sardi, secundado por el Pitarra y el Nani, decidió que lo mejor para todos era salir del país.

Pero el Chuqueli se opuso.

—Aquí está la salida del colorao —apuntó con la voz envuelta en fango—,

lo que pasa es que hay que encontrarla.

—Tú vas a buscar mucho, pareces mariquita —dijo el Sardi, lapidario.

—¿Cómo dices eso de mi menda?

—Que desde que te has casado pareces mariquita —repitió el Sardi.

El Chuqueli se marcó una sonrisa y levantó su mirada. Con toda la

tranquilidad del mundo se acercó al Sardi y le metió un puñetazo que le granizó el cristal de las gafas. Luego otro, y otro más, así hasta que el Sardi cayó al suelo. El Chuqueli le grapó con los brazos las rodillas y, delante de los demás, le dijo: «Ahora se la vas a chupar a mi menda.»

Fue entonces cuando saltaron las alarmas en la banda.

—Si alguna vez mi menda se contradice, es que lleva razón dos veces, ¿entendido? — advirtió el Chuqueli, masajeándose los nudillos, en aquel apartamento de la calle del Río Guadiana.

Tras el episodio, el Chuqueli se sintió de mejor humor, como si hubiera purgado demonios. Volvía a ser el jefe y decidió que lo mejor era esperar al Conde de Montecristo

y hablar con él. «Le podemos hacer una buena infusión.»

Nadie se opuso.

—Ya te digo —
soltó la Malata, desde
la silla de mimbre, con
la lima de las uñas en
la mano.

Según todos los
indicios, el Conde de
Montecristo puso en
hora sus dos relojes
cuando llegó a México,
dispuesto a tender la
trampa. Fue la Malata

la encargada de recogerle en el aeropuerto. Alquiló un coche y lo reconoció enseguida gracias a las indicaciones que del Conde había dado el Chuqueli. Ella intuía que el Conde era un tipo peligroso. Por eso lo recibió con las uñas afiladas. El Conde hizo el viaje sentado en el asiento trasero, para no perder la costumbre. Nada más llegar al apartamento

de la calle Adelita, trajeado y con la distinción que le caracterizaba, tras cumplir la cortesía de los saludos, el Conde empezó a dar explicaciones sin que nadie las hubiera requerido. Dijo que el enlace se había asustado, que era gente seria, que cuando el enlace llegó al Gran Hotel y se encontró con que se había montado un

tiroteo, huyó
despavorido.

—Un señor muy respetable, muy serio, representante de banca. Pero se asustó.

—Pues por lo que yo sé, no era señor, aunque tenía buen torrezno, ¿verdad? — preguntó el Pitarra al Sardi, que ahora miraba con gafas de sol y el gesto tierno.

Todos rieron. El Conde de Montecristo

aguantó el tipo y siguió la broma.

—¿De qué te ríes tú? —le preguntó el Sardi al Conde.

—De nada, no me río de nada —contestó nervioso el Conde que, en un acto reflejo, ajustó un cigarro a su boquilla.

Entonces el Sardi abrió una navaja y apuntó:

—Pues no es para reír, tienes que estar

serio, se te acaba de morir la vieja y ahora vas a reunirte con ella. Mamaaaaá, mamaaaaá.

—¿Pero qué haces...? —balbuceó el Conde, que se echó para atrás al ver la hoja acercarse.

—Que me des los dos *pelucos* —imperó el Sardi, con la navaja señalando los relojes que llevaba el Conde en ambas muñecas—.

¿O mejor quieres que te mate primero?

El Conde de Montecristo había ido a México con la intención de averiguar dónde estaba el oro y al final casi lo matan. Le salvó el Chuqueli, que se interpuso entre la navaja del Sardi y el Conde. Después de este capítulo, el Chuqueli decidió que lo mejor era salir de México, todos menos el Sardi, que se

quedaría buscando salida al oro pero bajo otra identidad, con un pasaporte falso a nombre de un mexicano nacido un 16 septiembre de 1956.

—Virgo —le dijo el Chuqueli—, acuérdate por si te lo pide la poli, cuando te vengán con el horóscopo.

Parapetado tras las gafas de sol que ocultaban el moratón del ojo, el Sardi se

despidió del Chuqueli.
En prueba de amistad,
le regaló la navaja con
la que había intentado
matar al Conde.

17

Tal y como estaban las cosas, sin dinero y en España de nuevo, la banda se volvió a reunir en una cafetería de Portugalete. Era un día de verano, cargado con el color oscuro de las tormentas

bilbaínas. La electricidad volvía a recorrer a todos los miembros de la banda, incluido al Largui, recién incorporado. Sobre la mesa, entre tazas de chocolate y cáscaras de gambas, el Chuqueli desplegó un mapa de Santander. Con una cucharilla iba marcando los movimientos del coche de unos representantes de alta

joyería, cargados con kilos.

—Aquí está la tienda donde van a parar. Cuando entren con los bolsos y desplieguen las mantas sobre el mostrador, es el momento. El joyero está al tanto y abrirá la puerta. Mi menda no irá esta vez. La Malata y mi menda estamos muy vistos en Santander.

Todos

interpretaron que esta vez el atraco iba a ser a la joyería de Fausto.

—¿Cuánto se lleva el sarasa julandrón? — preguntó el Nani.

—Dice que el cuarenta por ciento de lo que saquemos, pero que las piedras preciosas nos las paga en crudo. Con eso tenemos para ir aguantando. Malo sea que el Sardi no haya

encontrado salida en México.

—¿Qué se sabe de él? —preguntó el Largui, que mostraba el rostro abotargado y la boca sin dientes, escurrida de babas.

—Lo único que mi menda sabe es que el Conde salió de México y anda por España.

—Hay que liquidar a ese gachó de Conde —dijo el Pitarra con la voz gritona.

—Todo a su tiempo. Tarde o temprano se pondrá en contacto con nosotros. Mi menda conoce a los de su calaña y más a él. Cuando llegue el momento le damos mulé. Ahora al turrón.

—El cuarenta por ciento me parece mucho. Descarao que el joyero está asegurado y por el palo le pagarán un dineral —saltó el Nani.

—A mi menda también le parece mucho, pero siempre estaremos a tiempo de no pagarle —cortó el Chuqueli con su voz más bronca.

—Está bien, chachi, no discutáis —dijo la Malata mientras chupaba la cabeza de una gamba.

Así fue como a mediados de septiembre aparecieron en

Santander, donde se alojaron en la misma casa del joyero y se volvieron a encontrar con Cacharrón. El joyero fue pródigo en el agasajo. Presentó a su esposa y les contó su vida, la de su mujer y la suya, desde que fue comunista hasta que se casó. Luego, en los postres, confesó que era hemofílico.

—Como los Borbones —añadió el joyero—. Cuando

toque atarme, que no sea fuerte, no se me vaya a hacer sangre que luego no hay quien pare la hemorragia. —Y miró a Cacharrón con toda la viveza de piedra falsa de sus ojos.

Esa misma noche, el Pitarra se acercaría con Cacharrón hasta el Muñecas, un club situado en un callejón en cuesta, según subes o según bajas, y donde se cruzaron con

un tipo de bigote que rechupeteaba un puro mientras pasaba revista a dos rubias que había en la barra. «Es de la bofia de aquí, de Santander — le avisó Cacharrón al Pitarra—. No se priva de nada el tío, viene a tirarse a la más guarra y por la chapa.» El del bigotón se puso a hablar con un gitano. Según le contó Cacharrón al Pitarra, aquel gitano era el

dueño del Muñecas. Al Pitarra se le cegaron los ojos y se quedó deslumbrado cuando vio las sortijas que el gitano lucía en sus dedos. Piedras gordas como garbanzos de colores engarzadas en oro de ley.

Cuando tocó elegir chica, el Pitarra se inclinó por la del cabello color mantequilla fresca y Cacharrón por la de cabellera rizada. Al

final los tabiques acabaron filtrando los vicios vulgares de unos y otros, junto con los de aquel inspector de la secreta con bigotón de brocha. La noche pasó sin más complicaciones y, a la mañana siguiente, un Peugeot 604, color azul metalizado, aparcó frente a la joyería de Fausto. Del coche salieron dos hombres. Cargaban unos bolsos y pulsaron

el timbre. Los ojos del joyero brillaron a la luz de los focos igual que piedras falsas.

—¡Pasad! ¡Pasad!

Todo ocurrió tal y como estaba previsto. Los representantes habían desplegado las mantas de joyas sobre el mostrador cuando las pistolas del Nani y el Pitarra apuntaron a cañón tocante. «Que no se mueva nadie.» Después de la

amenaza, sin dejar de encañonarlos, se los llevaron a la trastienda mientras el Largui seguía en la puerta con la nariz pegada al cristal. Parecía hecho a medida para cumplir con aquella misión.

Habría que haberlos visto actuar para darse cuenta de que un buen golpe tiene detalles tan refinados que van más allá de la mera improvisación. Porque

la puesta en escena de aquel robo estaba armada con la precisión de una buena película. No había pormenores que escapasen a los preparativos del Chuqueli. Aunque no asistió, el Chuqueli estuvo presente cada vez que se jugaba con el temor, milimetrado en dosis precisas para conseguir que los demonios de la víctima salieran en forma de

toses, de murmullos nerviosos, incluso de chillidos cuando los encañonaba un arma de fuego.

Así sucedió, igual que otras veces, cuando llamaron al timbre de la joyería. Como ocurre en estos casos, el Chuqueli había dejado muy claro que lo mejor era abrir la puerta con cortesía. «¡Pase, por favor!» Se trataba de una mujer. El Largui,

con la puerta en la mano y la boca abierta, la invitó a entrar a la joyería. Era la esposa de un relojero que venía con facturas pendientes de pago y el Nani hizo una seña a Fausto para que saliese a atender. El joyero abonó las facturas y cuando la mujer se fue, lo amordazaron de nuevo junto a los representantes de la joyería.

—La clave de la caja, vamos, julái, no te hagas de rogar — amenazó el Nani, después de arrancar el cuadro de la pared.

Fausto representaba bien el papel y cuando le atornillaron el revólver en el cuello, empezó a cifrar los números y vueltas de la rueda que abría la caja. En ese preciso instante, en el que la puerta de la caja cede, llamaron

de nuevo al timbre. «Hay que joderse», soltó el Pitarra con toda su voz de grillo. Entonces el Largui volvió a abrir la puerta.

Era una clienta.

El Nani guardó su revólver bajo la camisa y salió al mostrador, dispuesto a atenderla.

La clienta se explicó con cierto nerviosismo:

—Vengo con este despertador digital, que me hago un lío con las instrucciones.

Con una calma y paciencia propia del adicto a la heroína que se acaba de fijar una dosis, el Nani explicó el funcionamiento del despertador.

—Gracias —dijo la señora, tan contenta.

Luego el Nani siguió ayudando al Pitarra a coger las

joyas mientras los representantes, amordazados, emitían sonidos guturales. Por seguir con el teatro, Fausto, el joyero, fue a decir algo, pero sus palabras quedaron atascadas en un barullo de flemas a la altura de la garganta. Entonces el Nani le ajustó a la boca un pañuelo hecho una bola. El joyero emitió ronquidos que vibraron en la nariz

mientras el Nani le humillaba hasta la saciedad: «Te gusta, ¿verdad, guarra?» Tras una hora larga, el Nani y el Pitarra salieron de la tienda escoltados por el Largui. Sin tiempo que perder, montaron en la furgoneta: una DKW, color azul y que esperaba con el motor en marcha. Cacharrón permanecía al volante, impaciente y con los ojos arañados por la

resaca.

* * *

Cuando días después se presentó un hombre con bigotón y placa de policía, entonces el joyero sí que tuvo un desmayo de los de verdad. No pudo encoger el aire de su barriga y cayó hacia atrás, cerrando los ojos como las

muñecas.

—¿Qué coño te pasa, estás embarazada o qué? — preguntó el secreta, embistiendo al joyero con su mirada.

Sacó al joyero del establecimiento y se lo llevó a empujones hasta el coche aparcado en la acera.

—Déjeme que por lo menos cierre la tienda —acertó a decir Fausto.

—No te preocupes, si roban luego lo paga el seguro, ¿verdad?

Camino de comisaría, el joyero dijo que ya había declarado el día del atraco y que los atracadores eran tres tipos a los que no logró identificar.

—¿Saben algo? ¿Han detenido ya a los autores? —preguntó nervioso el joyero, desde el asiento de

atrás.

Pero el policía de bigotes no dijo ni mu. Tampoco el que conducía, un hombre joven que movía las mandíbulas igual que si masticara chicle y que respondía al nombre de inspector Linares.

El joyero era el único que predicaba dentro del coche.

—Yo ya dije todo lo que sabía, que por

el acento no me parecían de aquí, de Santander, que me parecían catalanes.

Así fue el joyero durante todo el camino, sin parar de hablar y de excusarse, como si aquello no estuviese previsto en el papel que le había tocado representar. Una vez en comisaría, cuando empezó el interrogatorio y el policía de bigote cogió una silla y se acercó,

el joyero rompió a llorar.

—No llores, te vamos a engarzar unas buenas alhajas.

—El del bigotón enseñó unos grilletes al joyero y le preguntó en bajito—: ¿Por qué nos has engañado?

—Yo no engañé a nadie, a mí es que me han robado — consiguió decir sofocado el joyero—. Entraron en la tienda,

nos amordazaron y luego nos dieron el meneo a la caja fuerte. Al rato vino mi mujer y lo que pasó después no me acuerdo, me dio un vahído.

—Ya, claro, y mis cojones son claveles — dijo el inspector, moviendo el bigote, como un brochazo sobre sus labios carnosos.

El joyero arrugó

los ojos para seguir llorando.

—Mírala, si gime igual a una perra a la que se la sacan antes de tiempo.

—Ya he contado todo lo que sabía — dijo el joyero, demandando piedad con su tono.

—Tienes que seguir confesando —le dijo el inspector del bigotón y empezó a jugar con los grilletes

—. Tenemos indicios suficientes como para mandarte a coger el jabón a las duchas.

—No se lo digas dos veces que así no canta —apuntó el inspector de la mandíbula que, sin parar de masticar chicle invisible, acercó su bragueta a la oreja del joyero.

—Bien sabes que es igual que cuando te duele una muela, que

te duele pero que no
quieres que te la
saquen, ¿verdad?

Luego movió lento
la mandíbula, de un
lado a otro como una
vaca rumiando, y
siguió:

—Me vas a comer
el rabo, pero por
debajo del culo.
¿Sabes cómo te digo?

Entonces el
inspector del bigote se
levantó de la silla y
con gesto cansado

hizo un amago de ponerle los grilletes. Fue cuando el joyero se echó a un lado y pudo advertir la bragueta caliente del otro inspector. Rozaba su oreja. También pudo escuchar el soniquete de la mandíbula, como si masticara un chicle con rabia.

—¿Sabes cómo te digo?

De inmediato, el

inspector del bigote fue hacia la mesa y cogió el radiocasete que había encima y pulsó el botón. Empezó a sonar algo que era lo más parecido a la señal de una llamada telefónica y luego, después del pitido, se oyó descolgar un teléfono.

«¿Sí, dígame?», una voz, de hombre, carraspea al otro lado. «Hola, soy yo», se oye la voz que ha

descolgado el teléfono y que es aguda, como la de un grillo. «A ver, no quiero que pases por la tienda, hay moros en la costa. Lo mejor es que yo me mueva a Bilbao, si te parece quedamos en tres días, en la cafetería de la estación de Bilbao, allí quedamos.» Se oyó un silencio y luego la voz de grillo dijo: «Vale, a las doce de la mañana.»

El joyero, paralizado sobre la silla, fue a decir algo, pero el inspector del bigotón no le dejó:

—¿Quién cojones son los moros, si puede saberse?

El joyero no contestó. Cerró los ojos.

—Porque la costa ya sabemos todos dónde está, pero ¿los moros? —preguntó el inspector del bigotón

mientras jugaba con los grilletes.

—No sé... no sé qué quieren que les cuente más —dijo el joyero, entre llantos.

—¿Con quién hablabas?

—Con uno que llaman el Pitarra.

—¿Para qué has quedado? —interrogó el del bigotón—. Te lo pregunto porque la comunicación se cortó. Nos tienes que

disculpar, pero el que pincha el teléfono es poco profesional, y nos gustaría saber para qué has quedado en la estación de tren.

—Para vernos — logra balbucear el joyero.

—Ya, pero sólo para eso o ya me entiendes. Es que el sitio es muy sospechoso —dijo el de las mandíbulas sin dejar de rozar su

bragueta, ahora sobre la nuca del joyero.

El del bigotón aprovecha y con los grilletos abiertos va y dice:

—Haces una póliza de seguro a todo riesgo y el día después te atracan. Mucha casualidad. Yo lo llamaría coincidencia. ¿Sabes la diferencia entre casualidad y coincidencia? ¿No? Pues la voy a contar.

El del bigotón engancha con los grilletes una de las muñecas del joyero y sigue diciendo:

—Casualidad fue que tu padre se encontrara con tu puta madre, en una esquina, y que le hiciera buen precio. Coincidencia fue lo del espermatozoide que llegó primero a fecundar el podrido vientre de tu puta madre. ¿Me sigues?

El joyero agachó la cabeza y lloró hasta atragantarse. El del bigotón cerró el otro grillete. Entonces el de la mandíbula agarró al joyero por los cuatro pelos de la coronilla y le preguntó:

—Otra cosa, ¿el tal Pitarra es moro?

—No, es de Bilbao, de Portugalete — consigue decir el joyero con la boca abierta de dolor.

—Pues no lo conocemos, no nos suena —dijo el del bigotón—. Nos lo vas a tener que presentar. Mañana a las doce. Pero hoy te quedas haciendo noche con nosotros. —Y guiñó un ojo al compañero de la mandíbula.

El joyero cerró los ojos y oyó descorrer la bragueta. La cremallera, la hebilla del cinturón. El de bigotes echó el pestillo

a la puerta, se volvió a sentar y le dijo al joyero en tono amigable:

—Se llama Linares. Inspector Linares. Lo hace de la siguiente manera: te mete la punta suave, bombea un poquito y espera... En esa espera es cuando el culo se te relaja y dilata, y entonces te la va metiendo despaaaaacio, poco a poco, y cuando te

quieres dar cuenta
está toda adentro.
Porque es la primera
vez, ¿verdad que sí?

18

El Pitarra llegó a la cafetería de la estación a la hora convenida. Allí estaba el joyero, de pie, junto a la barra. Vestía rebeca rosa y camisa de rayas bajo la que encogía la barriga. Los pantalones eran

blancos y los
mocasines color
crema. Le brillaron los
ojos de falsedad
cuando vio entrar al
Pitarra.

—Tómame algo.

—Un cafelito —
pidió el Pitarra.

Antes de que se lo
sirviesen, mientras el
camarero estuvo
maniobrando con la
maquina del café, el
Pitarra pudo ver al
otro lado de la puerta

a un hombre que mascaba chicle con mucho movimiento de mandíbula. Se fijó en él, en la forma que tuvo de tocarse el nudo de la corbata.

La señal.

El Pitarra, avisado por un sexto sentido, lo supo interpretar a tiempo. Miró al joyero y luego volvió la vista hacia el otro hombre, acodado en la barra, leyendo el periódico

mientras miraba por el rabillo del ojo. Se fijó en el bigote espeso, en la chaqueta holgada, en el bulto de la pistola bajo el sobaco.

No había duda.

Era el mismo de la otra noche antes del atraco, cuando el Pitarra había estado tomando copas por Santander con Cacharrón. Llevados por el impulso,

acabaron en un club de alterne. Eran las horas de cierre y dentro quedaban algunas chicas y un gitano, que era el dueño del club. Con el gitano había otro hombre con bigotón de brocha. El mismo que ahora estaba en la barra y que le embistió con la mirada. Según le contó Cacharrón aquella noche, el hombre de bigote era

inspector de la
secreta. ¿Qué hacía un
inspector de
Santander en Bilbao si
no era estar de
vacaciones? Entonces
el Pitarra miró al
joyero y este le
devolvió la mirada de
piedra falsa.

—¿Qué, Pitarra?
¿Contento con el palo?

El Pitarra no
contestó y le indicó al
joyero que se
sentasen en una de las

mesas que había a la entrada. Cogió la taza de café y al ir a pasar por delante del hombre de bigotes, en un visto y no visto, el Pitarra le lanzó el café a la cara. El del bigotón pegó un grito y el Pitarra saltó con las piernas por delante, sin dar tiempo al de la mandíbula, que recibió la patada en la entrepierna. El Pitarra salió del bar por patas,

consiguiendo escapar de la celada.

Con todo y con eso, el Pitarra en un primer momento no sospechó del joyero. Lo contrario. Es más, cuando el Pitarra, después de escapar de la celada, llegó a Portugalete y entró en su casa y recibió la llamada del joyero, lo último que pensó fue que se trataba de un chivatazo. Así se lo hizo saber al joyero

cuando volvió a quedar con él en la puerta del Teatro Arriaga, que andaba de obras y cuya fachada estaba cubierta por una arpillera colgada de los andamios. El joyero se retiró un poco, no le fuesen a manchar sus ropas con el escombros. Llevaría unos cinco minutos allí cuando apareció el Pitarra, que se había cambiado de atuendo

y ahora vestía un
chándal verde
turquesa.

—¡Vaya susto! —
exclamó el joyero,
intentando descifrar
alguna señal
sospechosa.

—Eran de la
secreteta, se les notaba
a la legua —dijo el
Pitarra, con toda la
seguridad del mundo
en su voz de grillo.

—Yo no los
distingo —apuntó el

joyero—, pero la presencia de los polis es por cosas del terrorismo. Ahora por cualquier movimiento sospechoso se atacan de los nervios — terminó de decir el joyero, haciendo brillar las vetas de mármol de sus ojos.

—Ya, pero estos eran de Santander — aseguró el Pitarra con voz chillona—, que lo sé yo.

Entonces el joyero tuvo un escalofrío y, por evitar seguir con lo mismo, se hizo con la situación invitando al Pitarra a comer a La Fragata.

—Allí no entran los polis —comentó el joyero, acercándose mucho—. No ves que andan cortos de dinero, con lo de la lucha del terrorismo son más a repartir y les han cortado presupuesto. No te

preocupes.

La Fragata es un restaurante de madera situado en el mismo Portugalete, con sillas tapizadas en verde y un acuario donde las langostas en cautiverio retuercen sus antenas. El día que Fausto y el Pitarra entraron, apenas había clientes.

—¿Te gusta la langosta? —preguntó el joyero.

—Psche.

—A mí es un plato que me fascina.

—La pedí un día para papear en México, pero no me moló mucho —soltó el Pitarra.

—¿Cuánto tiempo habéis estado en México?

—Unos pocos de meses.

El Pitarra se empezaba a ir de la lengua con el joyero. La comunicación

empezaba a ser fluida, cosa que con el Chuqueli o el Sardi era imposible, y no digamos con ese tal Nani. Cuando se fueron a sentar a la mesa, el joyero tuvo un gesto como si algo se clavara en su trasero. Sirvieron la langosta y el joyero empezó a indicarle al Pitarra cómo comerla.

—Lo primero que tienes que hacer es coger la servilleta y

ponértela así. —El joyero se la puso sobre la pechera, a modo de babero, anudada al cuello.

Luego cogió un utensilio similar a un cascanueces y siguió explicando:

—Sin esto, tendrías problemas para llegar a la carne.

El Pitarra seguía todos los movimientos del joyero. Se había anudado la servilleta

al cuello y había cogido las pinzas para romper la langosta pero no era lo suyo, pese a los empeños del joyero por instruirle en el arte de comer tanpreciado manjar.

—Mira, Pitarra —le dijo el joyero sobreactuado—, algunas personas comen la langosta parte por parte. Primero se comen la carne de cada pieza. A

mí no, yo soy de los que prefieren desmantelar toda la langosta y disfrutar de la carne de una sola vez después de terminar todo el trabajo. La forma de comer langosta dice mucho, a mí me gusta con mantequilla. La unto toda con mantequilla y luego echo limón por encima.

El Pitarra asentía, y donde el joyero

utilizaba los cubiertos, él utilizaba los dientes. Mientras daban cuenta de la langosta, hablaron de muchas cosas: de lo divino, de lo humano, del metal precioso y del color del oro.

—Los joyeros elegimos las barras de oro amarillo, oro de ley, rebajado con una aleación de plata y cobre. El oro puro es demasiado blando para fabricar piezas,

por eso la aleación,
por eso los lingotes de
oro a partir de oro
robado, aleado, se
pagan más barato.
Porque hay menos
oro.

—Qué me vas a
contar.

—Pero fíjate qué
curioso, el platino y el
oro blanco son aún
más caros pero no
despiertan el deseo de
los consumidores. Es
como el tomalley, el

hígado de la langosta, repudiado por algunos, pero amado por paladares exigentes. Es una sustancia gris. Mira.

El joyero abrió la langosta y sacó la masa y la levantó a los ojos, por un instante, antes de dejarla caer en el plato. El Pitarra, deseoso, le preguntó:

—¿Entonces qué..., ahora después de papear vamos y

vemos eso?

El joyero no pudo evitar el gesto de escozor de la silla, al ir a moverse:

—Tranquilo, vamos primero a terminar de comer — dijo, con el brillo reluciente de la bisutería en sus ojos.

Después de los cafés y el pacharán, el Pitarra lo llevó hasta el piso donde tenían escondido el botín.

«Aquí arriba, en Sestao, a cinco minutos, te acerco en el coche», dijo el Pitarra. «Mejor vamos dando un paseo, es bueno estirar las piernas.» En media hora llegaron a un piso bajo, de ventanas crucificadas por listones de madera y cuya puerta destacaba de las del resto por ser blindada. El Largui salió a recibirlos con la sonrisa desdentada,

los ojos saltones y un porro entre los dedos.

La Malata tuvo un presentimiento que recorrió su espinazo como un escalofrío cuando vio aparecer al Pitarra con aquel joyero de nombre Fausto al que le brillaban los ojos de falsedad.

—Hemos estado comiendo langosta, ¿verdad, Pitarra?

El Pitarra asintió,

sin darle importancia, y entonces el joyero preguntó por el Nani.

—¿Qué pasa, que no lo veo?

—Se largó a ver a la familia —saltó el Largui—, a Madrid.

Dicho esto, el Largui cerró los ojos y apuró el porro. La Malata le miró esquinado, dando a entender que no le gustaba que se diesen tantas explicaciones y

menos al joyero. El Chuqueli lo captó de inmediato y por ir adelantando, se dirigió al centro del salón donde una manta cubría la pila de lingotes de oro. La levantó y el joyero encogió su estómago y sonrió deslumbrado.

* * *

Nada más irse el joyero del piso, el

Chuqueli y la Malata salieron a dar un paseo.

—No me mola ni un poquito este tío, ya te digo —comentó la Malata, mientras contemplaban la noche reflejada en la ría.

—A mi menda tampoco, nena, pero ya te dije, es un julái que nos ha soplado buenos palos.

—Me huele mal, cuando ha dicho que

se iba a pie, dando un paseo, que no quería que el Pitarra le acercase a ningún lado. Ya te digo.

—Quería estirar las piernas —saltó el Chuqueli—. No tengas paranoias raras, nena.

Pero cuando volvieron a casa, al ir a doblar la esquina, la paranoia de la Malata se convirtió en certeza. Escucharon el jaleo y vieron salir al

Pitarra, chándal verde turquesa, con las manos en alto. Detrás iba el Largui con los ojos encendidos y la boca colgante en su propio asombro.

Se los llevaban presos.

Entonces el Chuqueli tomó del hombro a la Malata.

—Hay que salir de naja, nena.

—Ya te digo yo a ti con las paranoias. Ha

sido el joyero, que se ha *chotado*, mala ruina tenga —dijo la Malata, enfurecida.

Bajaron la calle y cruzaron la ría a toda prisa, y dieron un rodeo antes de volver a las inmediaciones de la casa, donde tenían aparcado el coche.

—Mira, nena, vas a conducir hasta Madrid —dijo el Chuqueli arropado por la autoridad de su voz

mientras abría la puerta—. Mi menda va contigo hasta Burgos. Tú sigues.

El Chuqueli le acarició la mejilla, intentando pacificar sus temores, y le dio las llaves del coche. La Malata puso el motor en marcha y bajó el cristal de la ventanilla, por donde sacó la cabeza para ver mejor la calle mientras el Chuqueli seguía dando instrucciones:

—Luego esperas a mi menda en el Rancho, a la entrada. Pero lo primero de todo, cuando llegues a Madrid, avisa al Nani para que escape. Si le trincan, ese chaval canta de plano. También le avisas de que han trincado al Pitarra y al Largui, y que Cacharrón está al caer, si no ha caído ya. Métele prisa, que se largue rápido.

La Malata fue a

decir algo pero el Chuqueli le tapó la boca con un beso.

—Mi menda te ve ahora, nena —dijo—, a más tardar de oscurecida. Mi menda tiene que solucionar algo antes. Pero no te preocupes, nena.

—¿Qué tienes que solucionar, si es que puede saberse? —preguntó la Malata, mientras salía con el coche a toda velocidad

por el lado de la ría.

—Algo que mi menda lleva retrasando desde hace tiempo.

Luego el Chuqueli repitió que quedaban en Madrid, en el Rancho, a la entrada, y que por nada del mundo se le ocurriese ir a ver a la Rulo. Cuando la Malata escuchó esto último, torció el morro con violencia y hundió el

pie en el acelerador. El Chuqueli abrió la guantera, sacó una cajetilla de tabaco y una cinta que puso en el radiocasete. Subió el volumen y se ajustó un cigarrillo en la boca. *Yo te lo digo cantando así, yo te lo digo bailando, las penass que esstoy llevando yo.*

—Dame unas caladas, anda.

El Chuqueli le

acercó el cigarrillo encendido a los labios mientras ella conducía concentrada en la carretera, quemando rueda. *Por ti daría todas mis penas y alegrías, por ti daría mi vida...* Hora y media después, pasado el que era último pueblo, el Chuqueli llenó de balas el revólver y lo guardó en la guantera. «Por si las flais, nena.» A la entrada de Burgos,

junto a la arboleda, el Chuqueli se bajó, no sin antes besar a la Malata.

—No te cortes, nena. Ya sabes, si tienes que usar el hierro no te ahuchares y tira de él. Para eso está, te lo dice mi menda. —Y le señaló la guantera.

Ella le lanzó un beso a través de la ventanilla, y el Chuqueli cruzó la

muralla de piedra y se adentró en una ciudad donde el polvo de la historia se había posado en la arquitectura aplastante de la catedral. Sus torres se alzaban hasta perderse en el cielo castellano de finales de septiembre, a esas horas en las que la luz del sol va siendo escasa. Fue entonces cuando el Chuqueli vio aparcado el Simca

1000 color verde, en una calle de piedra, junto al camión de Pescanova. El Chuqueli arrugó el gesto ante ese olor que viene de los siglos oscuros y que rememora la entrepierna de una mujer poco aseada. Balbuceó algo.

Fue un instante, lo que tardó en golpear el triángulo de la ventanilla del Simca y girarlo. Lo demás vino de seguido. Metió la

mano y quitó el seguro, abrió la puerta y subió. Pegó un volantazo fuerte y cuando encontró los cables tiró de ellos y luego hizo el puente hasta conseguir el chispazo de arranque.

Se puso en marcha.

Condujo sin parar durante dos horas. Al entrar en aquel pueblo remoto donde habían quedado dormidos sus

fantasmas para siempre, el Chuqueli respiró hondo. Llegó hasta el pajar y encontró enterradas las bolsas de basura. Estaban ahí, tal y como las habían dejado, con los cuarenta lingotes de oro que volvió a cargar al coche. Sin darse un respiro, el Chuqueli llegó a Madrid y aparcó a unos metros del cementerio de La Almudena. Agarró las

bolsas con los lingotes
de oro y salió del
coche con ellas.
Anocheceía y en ese
preciso instante
rompió a llover.

19

Según las noticias, la operación policial había sido todo un éxito. En la casa de Sestao fueron incautados, además de los lingotes, la fundidora para licuar metales, un puñado de piedras preciosas y un

revólver Llama del 38. Habían caído el Pitarra y el Largui, que ahora estaban presos en las oficinas de la Jefatura de Policía de Bilbao, cada uno en una habitación.

A esas alturas, el Pitarra ya se había enterado de que aquel secreta de bigotón, que todavía conservaba la marca de la quemadura del café en la cara, era inspector de policía en

Santander. Inspector, ni más ni menos, al igual que ese otro que ahora interrogaba al Largui, en el despacho vecino, y al que el Pitarra había derribado de una patada en la cafetería de la estación y que respondía al nombre de inspector Linares.

—¿Quieres probar?

—preguntó, moviendo la mandíbula con nerviosismo, como si masticara chick—.

¿Quieres probar? —
repitió, y abrió una
bolsa de polvo blanco.

El Largui adelantó
los ojos de besugo
recién pescado. No
podía moverse, con los
grilletes sujetos a
través del respaldo de
la *silla*. El inspector
Linares se fijó en la
piel blanca del Largui,
salpicada de pecas.
Luego metió la punta
de una navaja en el
polvo de la bolsa.

—*Farlopa* de la buena —dijo el inspector Linares y se llevó la punta de la navaja a los labios y chascó la lengua—, de la buena.

Sin dejar de mover la mandíbula, volvió a repetir el ritual de la navaja pero esta vez no se llevó la hoja cargada de polvo a la boca. Qué va. Esta vez se la acercó al Largui, que emitió un sonido desde lo más profundo

de su necesidad.

—¡Joder, que se ha cagado, joder, qué asco! ¡Una fregona, un cubo de agua! —se puso a pedir a voces el inspector Linares, batiendo su mandíbula de un lado a otro.

El requerimiento se escuchó en la habitación de al lado, donde el Pitarra estaba tendido en el suelo, boca abajo, con las manos atadas por

las muñecas y los pies de igual manera pero por los tobillos. El inspector del bigotón había unido los nudos en una misma cuerda hasta atravesarlos por un palo que retorció con saña hasta hacer crujir los huesos del Pitarra.

Se abrió la puerta y apareció un policía de uniforme con un cubo de agua en la mano:

—Con permiso, que se necesita el palo de la fregona, que el otro detenido se ha ido de vareta.

El del bigotón deja de hacer fuerza sobre el detenido, toma el palo de la fregona y se lo tira al policía de uniforme, que lo agarra al vuelo y sale aprisa y entra en la habitación de al lado. «Joder, qué peste», dice, cuando arroja el agua del cubo sobre el

Largui. Lo hace con tanto ímpetu que el detenido cae al suelo con la silla incluida. Luego, el mismo policía agarra la fregona. «Estamos acostumbrados a la sangre, no a fregotear mierda», asegura, mientras va limpiando con cara de asco los excrementos que siguen bajando por las perneras del pantalón del Largui. El inspector Linares chasca su

mandíbula desde la esquina. De repente aguanta la respiración y se acerca al Largui, y lo levanta del suelo junto con la silla. Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una llave. Abre el cierre de las esposas y ordena:

—Quítate los pantalones.

El Largui, con mucho esfuerzo, se saca los pantalones.

—También los calzoncillos.

Así hace el Largui. El inspector Linares hace una seña al policía de uniforme, que retira los calzoncillos de un puntapié y escurre la fregona en el cubo. El Largui está desorientado y se desorienta aún más cuando el inspector Linares, sin parar la mandíbula, agarra la bolsa de cocaína y la

abre sobre la mesa.
Con generosidad
impostada va y le dice
al Largui:

—Sírvete, que
estás en tu casa.

Empieza la
función, pues cuando
el Largui se inclina
hacia la bolsa, el
inspector Linares mira
al policía de uniforme.
Es una señal con los
ojos que ambos
entienden. Lo que vino
a continuación es fácil

deducirlo. Entre gritos de dolor, el Largui confesaba que el atraco a los representantes de joyería lo prepararon con Fausto, el mismo joyero de Santander que se dejó atracar. Según añadió entre desgarros, a la joyería fueron el Largui y el Pitarra, con uno de Madrid que llaman el Nani. Fuera los esperaba un tal Cacharrón, con la

furgoneta. También confesó que habían hecho más atracos, que ese no era el único, y que la banda se completaba con otro que ahora estaba en México, y al que llaman el Sardi. Ya puesto, el Largui cantó que el jefe era el Chuqueli, uno de Bilbao que va con una chiquilla que llaman la Malata.

—El palo más importante fue de

cuarenta kilos de colorao, a un joyero de León —confesó el Largui entre desgarrros.

El inspector de la mandíbula sacó el palo pringado de excremento y secreciones en sangre. El detenido empezaba a cantar y el inspector decidió darle un respiro, para que fuera desangrando todo. El policía de uniforme levantó acta del

proceso con cara de asco.

—¿Y ese tal Fausto, qué coño hizo con los cuarenta kilos? Porque también se los colocasteis a él... ¡Dime que sí!

—No, qué va, dijo que no podía darlo salida y lo tuvieron que esconder en un pueblo de donde era la mujer del Chuqueli, en un pajar —confesó el Largui con el gesto

escocido y la boca descolgada, tapándose con las manos las vergüenzas.

—¿Qué? ¿Cómo dices? ¿Sabes el lugar exacto?

—Yo no estaba, me estaba quitando, pero el Pitarra sí que lo sabe.

—Quédate al cuidado de este — ordenó el inspector Linares al policía de uniforme.

Retiró la bolsa de cocaína de la mesa y salió de la habitación con mucho movimiento de mandíbula. Entró en el despacho contiguo donde vio a su compañero, el inspector del bigotón, que tenía bajo su zapato el cuello del Pitarra, como si pisara una colilla o una cucaracha.

Nada más verlo entrar, sin dejar de

aplastar al Pitarra,
preguntó:

—¿Has acabado
con el palo de la
fregona?

—Sí, pero hay una
cosa muy importante
—dijo el inspector
Linares conteniéndose
la mandíbula con la
mano.

—¿El qué? —
preguntó el bigotón sin
apartar el pie del
cuello del detenido.

—Cuarenta kilos

de oro enterrados en un pajar.

El inspector de bigotes levantó al Pitarra por los pelos. En vilo le embistió con la mirada:

—¿Qué tienes que contar de eso? ¿Eh? ¿Qué tienes que contar?

20

Tal y como habían convenido, la Malata esperaba con el coche a la entrada del Rancho. El aguacero caía sobre Madrid mientras mataba el tiempo fumando un cigarrillo tras otro, dentro del coche. A

través del parabrisas salpicado de lluvia, divisó el Simca verde como si se tratase de un borrón del que bajaba el Chuqueli con una bolsa de basura en la mano. La Malata salió del coche y la lluvia pegó sus ropas al cuerpo. «Nena, te vas a mojar. Corre al buga.»

Cuando el Chuqueli se encontró con Jarocho en el asiento de atrás del

coche, la Malata encendió un cigarrillo y soltó el humo con fuerza, sobre el parabrisas. Luego se justificó:

—Fui a ver a la Rulo. El Perkins estuvo de visita, ya te digo.

—¿Pero no te dijo mi menda que no pasases por donde tu tía, eh?

Ella cerró los ojos ante el latigazo de la mirada del Chuqueli y,

por cambiar de conversación, preguntó:

—¿Oye, y el coche ese? —Señalando el Simca.

—Mi menda lo deja ahí. En menos de lo que canta un gallo estará tocado de muerte.

El Chuqueli no necesitó explicar que pronto llegarían a llevarse las ruedas, los pilotos, los faros, los

espejos retrovisores y las puertas. De aquí a nada quedaría reducido a los hierros del chasis.

—Ya te digo.

—¿Te ha seguido, nena? —preguntó el Chuqueli con la autoridad que daba el conocimiento de causa.

—No, no me ha seguido, puedes estar seguro. De momento, según me da a mí,

parece que busca al Nani.

—No te fíes, nena. Es un poli.

Entonces ella le contó que el Perkins apareció en la casa, al ratito de haber llegado ella, y que lo primero que hizo el Perkins fue manosear a la Rulo: «A ver de qué color tienes las bragas hoy.» También le contó el abuso de autoridad, la

morbosidad de su gesto cuando cogió a Jarocho del cuello. La Malata le contó casi todo al Chuqueli, pero se guardó lo más gordo. No le contó, por ejemplo, que al final tuvo que sacar el revólver. Como la Malata no disparó, esa bala alojada ahora en el tambor le quemaba por dentro.

—No engañes a mi menda, nena.

—Hice todo lo que me pediste. Lo primero avisé al Nani y se marchó con la Sol y los niños a Parla. Juro.

—Bien hecho, nena.

La Malata también contó que el Nani se puso muy nervioso cuando le fue con la noticia.

—Ya te digo. Se llevó una caja con un cargador de la pipa y unas cuantas joyas, y

allí mismo cogió a la Sol y a los niños, los metió en el coche y salió najando.

—El Nani y el jaco, vaya ruina —dijo el Chuqueli con la voz doliente y rugosa, y siguió conduciendo bajo el chaparrón, adentrándose en la carretera.

—¿Dónde vamos?
—preguntó ella.

—Mi menda y tú nos vamos a

bichardar, nena.

—¿Dónde?

—A un lugar
seguro fuera de
España.

—¿A México?

El Chuqueli negó
con la cabeza y abrió
la sonrisa:

—No, nena, a
Marsella.

Dijo esto y puso el
radiocasete. *Yo te lo
digo cantando así, yo
te lo digo bailando, las*

*penas que estoy
llevando yo.* Era una
canción discotequera
cantada por una voz
curtida en la gitanería.
El Luis y su ritmo
sonaron toda la noche
del viaje rumbo a
Marsella. *Las penas
que estoy llevando yo.*
La canción seguía allí.
También ellos. Ahora
Jarocho se había unido
a la música, pegando
maullidos. La Malata lo
acariciaba, ovillado
sobre su regazo y con

los ojos cerrados,
dejándose llevar a
través de la lluvia y de
la noche. Pasado
Zaragoza pararon en
una gasolinera. El
Chuqueli salió del
coche a abrir el
depósito y fue cuando
una luz larga vino de
frente y sobrecogió a
Jarocho, que pegó un
salto a los asientos de
atrás y fue a refugiarse
su miedo en la bolsa
de basura. Miau.
Cuando la Malata

intentó coger a Jarocho, entonces no pudo contener la curiosidad y abrió del todo la bolsa donde estaban los lingotes de oro. Sacó a Jarocho y los contó: uno, dos, tres... hasta cinco.

—¿Qué haces, nena, si es que puede saberse? —le recriminó el Chuqueli, por la ventanilla.

La Malata le devolvió la mirada con

asombro:

—Nada, es que Jarocho se asustó con uno que venía con las largas y ya te digo...

—El brillo del colorao engloba mucho, nena.

Las palabras del Chuqueli sonaron dentro del coche como si fueran la última advertencia. Luego cerró la puerta y antes de arrancar se acercó a la Malata y con la

voz bronca le siguió diciendo:

—Mira, nena, el colorao te hace ambicioso, y lo peor de la ambición es que no sabes bien qué coño es lo que quieres. Al principio te sonríe con el color de todos sus dientes, pero a medida que pasa el tiempo, el colorao va cogiendo un color chungo, de dentadura postiza. Mi menda lo sabe por experiencia.

La Malata supuso de dónde había salido aquel oro, supuso que el Chuqueli había escondido los demás lingotes en algún sitio, a buen recaudo. Cuando ya estaban a salvo, amaneciendo con un sol tímido bajo el cielo nublado y pasada la frontera de Francia, como si aquel trazo en el mapa marcase su libertad para ciertas cuestiones, entonces

la Malata hizo la pregunta.

—¿Dónde has escondido el colorao, si puede saberse?

Pero el Chuqueli no se lo diría. Ni en ese momento, ni nunca.

Así, y como quien dice, dejaron atrás los pueblos marineros al borde de las rocas, los viñedos y los montes. También dejaron Montpellier, Nimes,

Arlés y entraron en Marsella, instalándose en un hostal del barrio moro donde el Chuqueli mostró de nuevo la debilidad que había mostrado en México y que tanto llamó la atención de los demás miembros de la banda, como si una parte de su rostro revelase que había hecho un sitio al amor y a la incertidumbre. No sabía que la pudiese necesitar

tanto. Jarocho se entretenía en jugar con las cortinas y en la habitación flotaba un olor que el Chuqueli llegaba a identificar con un aliento llegado desde la infancia o mucho antes, cuando un ciego espermatozoide alcanzó el desorden de una vida. La Malata, desnuda y apoyada contra el cabezal, le besó en el pecho, junto al tatuaje de una

sirena con un clavel entre los dientes. Hasta ese momento, nunca se había atrevido a preguntarle cuándo decidió hacerse aquel tatuaje. Fue cuando el Chuqueli alcanzó la cajetilla de tabaco y sacó un cigarro. Lo encendió y le contó la historia de los *pies negros*, de cómo se nacionalizó francés.

—Hace un puñado de años, nena —dijo el

Chuqueli y pegó otra pitada al cigarrillo.

Con la voz rugosa, el Chuqueli contó que muchos argelinos llegaron a Francia huyendo de las guerras y el hambre. «Mogollón, nena.» Como no tenían papeles y no podían demostrar su origen ni su identidad ni nada parecido, no les quedó otra que beneficiarse de las ayudas del Gobierno. «A ver,

firme aquí.» Colocaban la calca, la huella del pulgar manchada de tinta. Entonces un gitano de Barcelona se dio cuenta.

—Vio el hueco, nena —dijo el Chuqueli, y disparó el humo al techo.

—Pásate una calada, anda.

El Chuqueli le pasó el cigarrillo y siguió contando que, en vista de las posibilidades

que daba el país vecino, el gitano plantó su caravana a la entrada de Marsella. Sin más demora se presentó ante las autoridades como argelino *pied-noir*, pies negros. «Aquí yo, aquí mi señora y aquí los churumbeles.»

—Cuando mi menda se enteró, dejó Bilbao y se hizo *pied-noir*. También la María —dijo el Chuqueli con voz gastada.

Hubo un silencio y luego el Chuqueli siguió hablando. Sin embargo, la Malata había dejado de escuchar. El nombre de un fantasma ahora empezaba a pesar sobre ella. Con el cigarrillo consumiéndose entre los labios, acarició a Jarocho. Se vistieron y salieron a comer a un bar del puerto desde donde se divisaba un islote con una especie

de fortaleza.

—El conde de Montecristo —dijo ella.

Al Chuqueli le cambió la cara:

—¿Dónde, nena?

La Malata señaló el islote, a lo lejos; la fortificación del mismo color que la arena mojada.

—Sí, de ahí se escapó el conde de Montecristo cuando estuvo preso. Juro. Lo

sé porque lo vi en la televisión, pero no me refiero al que conocemos —sonrió—, me refiero al de verdad. El auténtico conde de Montecristo. Ya te digo.

—El Conde es un quincallero con trajes a medida y título de marqués. Un quincallero que se mueve en el bronce.

—El auténtico escapó de ese trullo —

aseguró la Malata—, se najó y logró llegar hasta el sitio donde había enterrado un tesoro. Ya te digo.

La Malata siguió contando que vio la película [\[12\]](#) cuando era pequeña, a blanco y negro, en la televisión que compró su tía.

—Bah, películas — resolvió el Chuqueli, y la invitó a entrar en uno de los

restaurantes que había a la orilla del puerto.

Al final del salón, en un escenario improvisado, un hombre de pelo negro y tez gitana que tenía una guitarra sobre la pierna cruzada. Se disponía a tocar y la Malata se fijó en los tajos profundos de su rostro, en el abanico de arrugas que se le amontonaban sobre los extremos de los ojos cuando los

entrecerraba, sin
perder la
concentración,
rasgueando las
cuerdas de una
guitarra que tenía en
su tapa el dibujo de un
torero.

A petición de la
Malata, tomaron mesa
cerca del guitarrista. El
Chuqueli pidió
bullabesa. «Para que
conozcas a lo que sabe
Marsella, nena», dijo
y, a continuación,
explicó que aquel plato

surge del guiso que elaboraban los pescadores con el pescado que no habían vendido. «Las sobras, nena.» A ella le gustaba escuchar al Chuqueli mientras le iba contando cosas de sus andanzas. La voz salpicada de barro que parecía completarse en los sonidos de la guitarra cercana. Ahora una soleá. Ahora una bulería. «Ahora echan hasta

langosta, nena», dijo el Chuqueli.

—Pero que sepas que lo de la langosta es pasteleo. Ya verás lo que le gusta a Jarocho cuando le llevemos un buen plato.

La conversación se cortó cuando apareció un hombre mayor con un mandilón blanco cubriendo su barriga. Soportaba con cierta dignidad la leve

papada y sus manos estaban cubiertas de manchas, como pasa con la piel de las truchas.

—*Combien de temps, Chuqueli!* [\[13\]](#)

El Chuqueli se levantó de la mesa y se fundió en un abrazo con aquel hombre que respondía al nombre de Greco. Estuvieron hablando en francés, con una familiaridad que a la Malata se le

antojó de estrecho parentesco. Pudo coger algunos trozos de conversación, como que el hijo de aquel hombre se llamaba Vicenzo y que estaba preso en Madrid, en Carabanchel. Además, la Malata pudo reconocer que hablaban de lingotes de oro —*lingot*— en tono confidencial.

21

A Cacharrón lo apresaron de inmediato, era hijo de los porteros del edificio donde Fausto tenía el negocio. El Pitarra y el Largui fueron conducidos a Santander en un furgón policial,

esposados con
violencia al soporte
metálico bajo los
asientos traseros, de
manera que estuvieron
en cuclillas todo el
camino. «Así vais
dilatando», les dijo el
inspector Linares con
un chasquido de
mandíbula. Acto
seguido, cerró la
puerta de una patada
y se pusieron en
marcha, escoltados
por media docena de
coches patrulla. Serían

recibidos en Santander por una lluvia de *flashes*.

En el salón de actos del Gobierno Civil juntaron las mesas para poner los lingotes de oro apilados, la bolsa con las piedras, la máquina fundidora y un libro de Julio Verne donde la banda llevaba apuntada la contabilidad. Los inspectores posaron ante las cámaras: el

del bigote de brocha, embistiendo el objetivo y con marca reciente de quemadura en la mejilla. El inspector Linares salió en la foto sujetándose la mandíbula. Ya puestos, el gobernador civil anunció que serían recompensados. Luego habló el comisario al que apodaban el Cucaña; traje gris de tres piezas, camisa blanca

y corbata azul con pasador de oro. Tras aclarar su garganta frente al micrófono, empezó a contar la versión oficial de los hechos.

Según el Cucaña, gracias a la colaboración ciudadana habían dado enseguida con el conductor de la furgoneta de los asaltantes. Respondía al sobrenombre de Cacharrón y había

seguido la pista que los llevó hasta el piso de Sestao, donde los agentes hicieron uso de sus armas. Dispararon cuatro tiros de carácter intimidatorio. Caso cerrado. Los periodistas levantaron acta y la opinión pública se tragó la versión.

Suele pasar.

Uno de los periodistas preguntó

sobre los métodos utilizados en el interrogatorio. A lo que el comisario Cucaña respondió que el interrogatorio fue fluido y que no se empleó la violencia.

—Utilizar la violencia en estos tiempos de democracia sería como atravesar una mariposa con un poste de telégrafo en vez de con un alfiler.

El comisario

Cucaña afianzó sus palabras llevando los pulgares a los bolsillos del chaleco. Después de la rueda de prensa, el del bigotón se presentó en la joyería de Fausto. Esta vez no entró solo, esta vez lo acompañaba el inspector Linares con la mandíbula desencajada. El joyero fue conducido al coche de policía. Tampoco le dejaron cerrar el establecimiento.

—Ahora lo vas a contar todo. De lo contrario, le vamos a contar a tu mujer lo mamón que eres. Ya verás lo que se va a reír. Ya verás.

A la entrada de la comisaría aún quedaban algunos reporteros recogiendo bártulos. Dentro, el joyero seguía detenido y se limpiaba las lágrimas con el faldón arrugado de la camisa.

—Ahora, por tu seguridad, y por el bien de todos, tienes que decir que no reconoces a ninguno de la rueda de sospechosos, ¿vale? —ordenó el del bigotón al joyero.

El joyero encogió el estómago y, cuando su mirada se cruzó con la del Pitarra, respondió que no. Muy seguro, dijo que iban con la cara cubierta por una media de

mujer y que, aunque uno de ellos se la quitó para atender a una clienta, no era ninguno de los que allí estaban.

—¿Seguro que no?

—preguntó el del bigotón, inquisitivo, mientras rechupeteaba un puro y embestía la entrepierna del Pitarra, ceñida al pantalón del chándal.

—No, no conozco a ninguno —volvió a repetir el joyero

Fausto después de un silencio.

Luego, después de la rueda de identificación, condujeron al joyero hasta el despacho del Cucaña; una estancia presidida por la foto del rey Juan Carlos, un crucifijo y un mapa que proclamaba orgulloso el territorio del Imperio español en tiempos de Felipe II. En esos momentos llamaron al teléfono. El

Cucaña hizo una seña para que lo cogiera el inspector Linares, que descolgó el auricular. «¿Diga?» El Cucaña se inclinó sobre la mesa con ademán belicoso, mientras captaba trozos de comunicación.

La mandíbula del inspector Linares se movía con desenfreno. Al otro lado del teléfono, se escuchaba una voz renegar. El inspector Linares colgó

y dijo: «Joder. No hay oro en el pajar.»

Fue cuando el bigotón arrancó con el interrogatorio al joyero:

—A ver, ¿dónde cojones están los cuarenta kilos de oro?

El joyero cerró los ojos asustado para decir:

—No sé nada, no sé nada de cuarenta kilos de oro.

—Usted lo sabe todo —saltó el Cucaña, sentado frente a la mesa del despacho, sin perder las formas.

El del bigotón se acercó al joyero de nuevo y este cerró sus ojos y desinfló su barriga.

—El Pitarra ha cantado —dijo el bigotón—. Largó por la boca y dijo que tú, Fausto, habías dado toda la información del

atraco al joyero de León. ¿Qué has hecho con los cuarenta kilos?

—Lo único que sé es que asaltaron al joyero de León y me vinieron con la mercancía, y yo les dije que no podía dar salida al oro robado.

Fue cuando el Cucaña se levantó de la silla y dijo:

—Claro, eso está feo. Sobre todo si se nota que es robado.

Ya que ha demostrado
ser usted un hombre
de ley, vamos a hacer
un trato... ¿De
acuerdo?

22

Días después del episodio, el joyero Fausto fue a visitar al Pitarra en prisión. En un primer momento, cuando el Pitarra lo vio aparecer en el locutorio, se rebeló. Le entraron los siete males desde el

otro lado de la reja.

—No me mires así, Pitarra, hombre, que vengo a ver lo que necesitas —dijo el joyero con el estómago encogido bajo la camisa y una vergüenza tan resuelta que al principio no daría resultados.

El Pitarra no pudo contener la voz chillona:

—Lo que necesito, hijo de la gran puta,

es que me pongan en libertad para matarte.

—¿Qué dices, Pitarra?

—Que cuando llegues a tu puta casa te encuentres a Satanás comiéndole el cono a tu puta madre... —blasfemó el Pitarra y de seguido escupió un gargajo salivado que pasó por la rejilla del locutorio, acertando al joyero en uno de los ojos.

—Tranquilo —le dijo el joyero, mientras se limpiaba —, tranquilo que yo no te he vendido, Pitarra.

—Te llevé hasta el escondite y tú chotaste el sitio, maricón. Tienes mucho teatro tú, pedazo maricón.

—¿Qué dices? No sé de qué me hablas, me suena a chino.

—Digo que te voy a matar, por mis

muertos que te voy a matar.

—Tranquilo, hombre... ¿Pero no has visto que en la rueda de reconocimiento dije que no te conocía? No llames la atención, no sea que me hagan declarar otra vez.

El Pitarra lo miró con rabia desde el otro lado del locutorio, y el joyero siguió hablando:

—Además vengo a ofrecerte dinero, para ti y para tu familia, durante el tiempo que estés preso.

Más calmado, el Pitarra se aplastó en la silla del locutorio:

—Está bien, si hay dineros me lo empiezo a creer.

Entonces el joyero confesó con cara triste que habían cometido un error, que alguien reconoció a Cacharrón

en la furgoneta y a partir de ahí empezaron a tirar del hilo.

La versión oficial.

—Con toda seguridad el traidor es el Nani, que ha decidido escaparse con el colorao —aseguró el Pitarra desde el otro lado del locutorio.

El joyero dejó desahogarse al Pitarra. Sabía cómo manejar el asunto. La voz chillona

de aquel preso vestido de chándal era la voz de un niño chico, de los que se dejan convencer a cambio de un caramelo.

—A mí nunca me gustó —apuntó el joyero—. Se lo comenté al Chuqueli, y por eso mi recomendación para que Cacharrón entrara en la banda.

—Hablando del Chuqueli... ¿Qué sabes

de él? —preguntó el Pitarra con mucho interés.

El joyero bajó la mirada y dijo que no sabía por dónde andaba metido el Chuqueli.

El Pitarra también empezó a dar muestras de desconfianza respecto al Chuqueli. Bien mirado, aquella tarde, cuando los detuvieron en Sestao, el Chuqueli

había salido con la Malata a dar una vuelta.

—Mucha casualidad —subrayó el Pitarra, desde el otro lado del locutorio.

—Ha sido el Nani —dijo el joyero, ahuyentando fantasmas con sus ojos de piedra falsa, poniéndolos en blanco, dando convicción a sus palabras—. ¿Sabes dónde para?

El Pitarra muerde el cebo y, acto seguido, da la dirección del Nani en Madrid. «Vive con sus hermanas», dice sin bajar la voz. El joyero se da cuenta de que no hay hombre peor herido que el que se siente estafado por alguien en quien confiaba. Es cuando lo familiar se convierte en extraño y el amigo pasa a ser un enemigo siniestro. Mientras el

Pitarra clama
venganza, el joyero se
mantiene convincente
en su papel y escucha
atento, memorizando
toda la información.

—No te preocupes,
que pronto estarás en
la calle.

Cuando el joyero
salió de visitar al
Pitarra, un coche de
color azul oscuro le
esperaba en la puerta.
Fue cuando el joyero
tuvo un

presentimiento y volvió su vista atrás, hasta los muros del presidio rodeado por líneas de alambradas. Luego el joyero siguió su camino, directo al vehículo.

Al volante esperaba el inspector Linares.

El joyero se montó detrás, junto al del bigotón. Por el camino se desinfló y fue soltando toda la

información que le había sacado al Pitarra. En atención a su comportamiento, al joyero lo dejaron en la puerta de su tienda.

—Hasta la próxima, que será pronto —se despidió el del bigotón con el puro entre los dientes, sin dejar de mirar el culo mantecoso del joyero a medida que entraba en su establecimiento y se despedía con la manita. Cuando los

inspectores llegaron a comisaría, lo primero que hicieron fue ponerse en contacto con Madrid. Eran buenos amigos del Perkins. Sobre todo el inspector del bigotón. Habían estudiado juntos en la Escuela de Ávila y se habían masturbado lo mismo en la famosa muralla donde se rodó aquella película tan acreditada, *Orgullo y pasión*, con Sophia

Loren y Frank Sinatra de protagonistas. El Perkins y el del bigotón tenían buenos recuerdos de aquel rodaje, al que asistieron de mirones.

* * *

El guión no parecía muy difícil, los extras reclutados entre la gente del pueblo sólo tenían que correr para tomar por asalto un

cañón gigante. Les dieron un traje del ejército de Napoleón y el director [\[14\]](#), un tipo grandote de ojos claros y que iba con un gorro de lana, dispuso unas gradas frente a la muralla donde acomodar a las autoridades, periodistas y famosos de todo pelaje. Entre las gentes de renombre se encontraba Ava Gardner, la actriz que

por entonces residía en Madrid y que había llegado hasta Ávila para darle celos a Frank Sinatra, uno de los protagonistas de la cinta.

Los preparativos de aquella escena duraron más que muchas escenas. Mientras tanto, un ejército de extras andaba disperso por los alrededores de la muralla de Ávila y más allá todavía, por donde

uno de tantos participantes, vestido con el uniforme del ejército francés, buscaba una sombra donde echarse un cigarrillo. En busca de la sombra, se puso a caminar por la parte que hay detrás de la muralla cuando se topó con dos jóvenes. Uno, de ojos nerviosos y pupila afilada de reptil, era el Perkins, años más joven y al que acompañaba ese

otro que aún no llevaba bigote pero al que le sombreaba el bozo. Los futuros inspectores también se fijaron en aquel joven vestido con un traje del ejército francés que le quedaba grande. Llevaba la guerrera desabotonada y el rostro de actor de reparto tostado por el sol de Castilla. Cruzaron miradas. Con un cigarrillo sin

encender en la boca, el actor se sentó apoyando la espalda sobre el muro de un viejo caserón donde no daba el sol. Sacó una baraja de cartas y se puso a hacer un solitario.

Tenía las pintas de jugarse el mañana en algún agujero de su joven memoria. Mientras echaba las cartas, adelantaba el labio inferior, como un colegial concentrado

en una tarea difícil. Entonces el cigarrillo temblaba y los ojos se le volvían adultos y sagaces. Al fondo, bajo un sombrero, entre heno, olor a estiércol y zumbido de moscas, un paisano ordeñaba una vaca. Llevaba boina y un chaleco de pana en el que se veía incrustada la suciedad de años.

—¿Qué tal? — preguntó el Perkins al joven que jugaba a las

cartas.

El traje del ejército francés era pesado y el sudor empapaba su rostro. Dijo llamarse Adolfo y dijo también que se entretenía haciendo tiempo.

—¿Un pitillo? —
Ofreció la cajetilla de Bisonte.

El Perkins rechazó el ofrecimiento, pero su compañero no, y se ajustó sonriente el cigarrillo a la boca

sombreada por el bozo.

—Gracias.

Cuando Adolfo fue a echar mano de una cerilla, el paisano de la boina pegó una voz, inclinándose con el taburete a través de la ubre de la vaca.

—¡Aquí no me fuméis, que esto prende!

El tal Adolfo recogió las cartas y, con el mentón, señaló

un llano. Luego todo ocurrió muy deprisa, cuando del tajo de una sombra apareció una mujer. Parecía una campesina fresca y morena, de ojos rasgados e ideal para el revolcón a la sombra del pajar.

Era el animal más bello del mundo.

Traía la fiebre en la mirada. Como si fuera un espejismo, Adolfo y los dos

futuros inspectores se quedaron absortos. El paisano también, por un instante. Luego siguió ordeñando con la mirada gacha, como si tratase de estar en otro sitio mientras aquella mujer se aproximaba. «Leche», dijo ella en un susurro, y luego se acercó a la vaca como si el paisano no existiera y agarró el cubo con las dos manos y bebió a grandes sorbos,

dejando derramar su sed por el borde de los labios. Su escote se cubrió de nata. Cuando le pareció, dejó el cubo en el suelo y llamó a Adolfo y a los dos futuros inspectores que contemplaban el espectáculo sin dar crédito a la tórrida visión. «Eh, chicos.»

Aquella mujer suspiraba en un idioma antiguo. Hasta ese momento, para los

futuros inspectores, las mujeres como ella eran un objeto de deseo que nunca salía de los pasquines y de las carteleras cinematográficas. Algo parecido le pasaba al joven Adolfo, que estaba a su lado con el mazo de cartas en la mano y cuyas incursiones en el mundo femenino quedaban reducidas al trato mercantil. El único contacto

consistía en pagar los favores de mujeres cuyas caras olvidaba de seguido.

—Está pidiendo guerra —dijo Adolfo y chascó los nudillos—. Vamos —añadió, igual a un valiente soldado dispuesto a batir su cuerpo contra las altas caderas de un animal de agresiva belleza.

Pisaron los cigarrillos, restregándolos bien

con la suela, antes de aproximarse a la fiera. Podían sentir el latido de su vientre, la humedad que empapaba los muslos. El paisano seguía ordeñando con la cabeza baja y, de vez en vez, miraba de reojo la danza sexual que aquellos cuerpos se traían, enredados en la maraña con olor a jabón, tomillo y leche recién ordeñada.

Habían pasado

más de veinte años desde aquello. Ya no eran tan jóvenes y, en la carrera de la vida, el que hacía de actor de reparto había llegado más lejos que ninguno, consiguiendo presidir el Gobierno. El de la mirada de reptil estaba empleado en el Grupo Antiatracos de Madrid como inspector de primera en la Puerta del Sol, en el mismo edificio donde dan las campanadas

de la Nochevieja. El otro se había dejado bigote y tenía un cargo parecido, pero con otro destino: Santander.

23

Al otro lado del hilo telefónico estaba el Perkins, al que la noticia no le cogió desprevenido. Bien mirado, la verdad se parece tanto a la falta de imaginación que es difícil diferenciarla de la mentira. Al igual

que cuando dos médicos dan un mismo diagnóstico y puede decirse que no es coincidencia y que la enfermedad tiene nombre, en este caso podía decirse que lo de los cuarenta kilos de oro era verdad. El Perkins lo supo en aquel momento.

Hay que recordar que el Conde fue el primero en comunicárselo al Perkins, meses antes,

en el bar de la
brigada, cuando el
Conde fue a conseguir
los pasaportes para la
banda. El Conde, con
su traje cruzado y la
boquilla entre los
dientes, le dijo al
Perkins que tenían que
dar salida a cuarenta
kilos de oro. Entonces
prepararon lo de
México. Una chapuza
que llevó al Perkins a
pensar que el Conde
se la estaba pegando.
No era de extrañar, el

Conde tenía la sangre insultante de los grandes de España y su vicio común era el engaño. Pero ahora, desde Santander, su compañero de estudios venía con lo mismo. «Cuarenta kilos de oro», rumió el Perkins nada más colgar el teléfono. Acto seguido, dio la orden y montó un dispositivo en torno al edificio de viviendas donde el Nani vivía con sus

hermanas.

El Perkins pidió una furgoneta que aparcó frente al portal, y que llevaba escrito el nombre de una tintorería. Aunque el Nani no estaba, al Perkins le daba que no tardaría en regresar. Mientras tanto se dio un paseo, más que por estirar las piernas, por acercarse donde la Rulo. «Ahora vuelvo», le dijo a uno de la secreta, un inspector

con dientes de caballo o de burro, según se mire, y que le asomaban por encima del labio. «Ojito y pestaña.» le imperó el Perkins. Como el piso de la Rulo no quedaba muy lejos, el Perkins avanzó sobre su propia sombra. Algo le daba en la nariz que la Malata andaba cerca. Y no se equivocó pues, cuando entró en el piso, allí estaba. «Vaya, qué sorpresa»,

dijo quitándose las gafas y cargando el veneno de su mirada en el cuerpo de la Malata, que jugaba con Jarocho en el sofá. La Rulo sujetaba la puerta y alzaba sus cejas en señal de asombro, como si no se esperase aquella visita. El Perkins la pellizcó, dijo una grosería y de seguido fue hasta el sofá. Miró a la Malata en silencio, se puso las gafas y

agarró al gato por el cuello y lo alzó. Miau. «¿Dónde está el Nani?», interrogó. «Suelta a Jarocho, hijoputa», le gritó la Malata.

Los ojos del Perkins reptaron por el cuerpo de la Malata. «¿Cómo?», preguntó el Perkins y untó su mirada en los pantalones vaqueros que marcaba la Malata. «Suelta a Jarocho», repitió la

Malata con la boca violenta. El Perkins, sin dejar de mirarla, apretó el cuello de Jarocho y entonces fue la Rulo la que se abalanzó: «Al gato no me lo toques, ¿eh?, al gato, no», y se puso a forcejear con el Perkins mientras este reía con estruendosas carcajadas y mantenía al gato en vilo. Fue cuando la Malata alcanzó su bolso, y sacó el revólver y

apuntó a la
entrepuerta del
Perkins, que entonces
paró de reír y soltó al
gato. Miau. «Fuera de
aquí, fuera, hijoputa.
Aquí no vuelvas más,
aquí vienes con orden
judicial. ¿Te
enteras?», le dijo la
Malata, con un aplomo
aprendido al otro lado
de la ría, sin bajar el
revólver. El Perkins
retrocedió, largándose
por donde había
venido, y ella se

comería para siempre aquella bala que no disparó. Nunca se lo confesaría al Chuqueli, pero si la Malata hubiese apretado el gatillo, lo que vino después no hubiera pasado.

Nada más irse el Perkins, la Malata bajó el tono de voz para revelar a la Rulo que el Nani se había borrado de inmediato, esa misma noche, cuando ella llegó a

Madrid y le avisó que habían pillado al Pitarra y al Largui en Bilbao. «El Chuqueli y yo nos hemos salvado por los pelos», le dijo la Malata a su tía. La Rulo prometió no decir nada del asunto y la Malata guardó el revólver en el bolso y se despidió de su tía. «¿Dónde vas con el gato?», le preguntó. «Me lo llevo. Jarocho se viene con nosotros.» La Rulo

arqueó las cejas y se llevó el dedo a los labios. Como si soplase una vela. «No me cuentes, Malata, no me cuentes, que aquí después todo se sabe.»

* * *

El Nani se había refugiado en Parla, en casa de un amigo, junto a su mujer y sus hijos. Pero al poco

tiempo se sentía igual que en una jaula, con la adicción a rastras, sin parar de rascarse las piernas y todo el día encerrado, mirando por la ventana. El piso de Parla se le quedaba pequeño y el Nani vio como única salida desaparecer durante un tiempo. Salir de Madrid. Ir a la sierra. Estaba agobiado. Cogió el coche y fue hasta donde sus

hermanas para dejar allí a su mujer y a los niños. Cuando llegó al barrio, vio la furgoneta de la tintorería aparcada frente al bar.

Pero no sospechó.

Cuando vio aparecer el Seat 132 blanco, el Perkins quitó el seguro de la pistola y llamó a la brigada desde la furgoneta. El Nani salió del coche con su mujer y sus hijos para

despedirse y entraron en el bar de abajo. El Perkins apretó los dientes y, sin dejar de tocarse el bulto del sobaco, volvió a la furgoneta. Esperó a que salieran del bar y cuando el Nani se estaba despidiendo de su mujer, a punto del beso, el Perkins le clavó el cañón de la pistola en los riñones. «Hola, hijo-de-la-gran-puta.» Entonces el Nani se volvió y

reconoció a su enemigo. La mujer del Nani pegó un chillido y el Perkins disparó al aire. «La próxima bala entrará en tu cabeza», amenazó.

El coche de policía llegó de inmediato, una *lechera* blanca, de la época, y que pegó un frenazo junto al bar. Los vecinos se acercaron con curiosidad a ver qué. El Perkins fue piadoso con los niños y los

dejó marchar a casa de sus tías. Al Nani y a su mujer los trasladaron esposados al edificio del reloj de las Nocheviejas. Puerta del Sol. Entraron a empujones y los cachearon. Se puede decir que recibieron la violencia del interrogatorio nada más cruzar el vestíbulo.

«¿Esas llaves?», preguntó el Perkins al Nani. «Del piso de

Parla, de un colega.»
Entonces el Perkins cogió la pistola, una automática cromada, movió la corredera hacia atrás y metió una bala en la recámara. Soltó la corredera y se puso a mirar por la ventana. «Como no sean las llaves del piso que dices, vas a cagar dientes durante un año seguido.» Tras la advertencia, el Perkins pidió un coche y se

desplazó hasta Parla, localidad situada al sur de Madrid y donde el olor a fritanga le pegó en la nariz nada más entrar en aquel bloque de color rojizo y persianas verdes que caían sobre los balcones inundados de ropa tendida. El Perkins metió las llaves y abrió la puerta. Premio. El piso estaba vacío y, en vez de una maleta con cuarenta kilos de oro,

encontró una caja con bisutería y una navaja. Malhumorado, el Perkins se puso en camino, dirección a la Puerta del Sol, donde esperaba el Nani, esposado.

El Perkins estaba perdiendo la paciencia. Un par de años más tarde, la perdería del todo en ese mismo cuarto con suelo sintasol y paredes de pintura lavable. Detrás de la puerta, una foto

de Nadiuska insinuando el filete tras su cruce de piernas; al fondo, el calendario con el mes de noviembre de 1981. «¿Dónde está el oro?», interrogaba el Perkins. El Nani no soltaba prenda y el inspector cogió un casco de motorista de la mesa. «Ahora veremos si lo sabes o no.» El Perkins le puso el casco al Nani. Le bajó la visera y le tapó

la vista con cinta aislante. Aseguró los grilletes a la espalda, ajustándolos a sus muñecas, pasando la cadena alrededor del respaldo de la silla. Luego, el Perkins salió un momento y volvió a aparecer al poco con una porra y un radiocasete que enchufó en el rincón. «A ver si conoces esta canción.»

La música empezó a sonar y el Perkins se

quitó las gafas para subir un volumen que hacía temblar las paredes. *Soy un perro callejeeero y yo digo qué más da, vivo solo y, como pueeeedo soy mu duro de pelar.* El Perkins blandió la porra y se acercó al Nani, atado a la silla y con el casco de motorista cubriendo su cabeza. Daba comienzo el interrogatorio. *Soy un perro callejeeero,*

soy mu duro de pelar.
A pesar de los golpes
en el casco, el Nani no
confesó dónde estaba
el oro.

El Nani tan sólo se
quejaba. Los gritos de
dolor eran
amortiguados por la
música del
radiocasete. *Tengo
guita y me la gasto
como se tiene que
gastar...* «Llevo diez
días sin saber lo que
es una mujer,
tampoco me apetece

olvidar. Tengo prisa, hijoputa, ¿vas a cantar?», preguntó el Perkins, a la vez que aporreaba el casco al compás de aquella canción patibularia. *Soy un perro callejeeero y yo digo qué más da. Vivo solo y como puedo, soy mu duro de pelar. «Te voy a mandar a la galería de los maricones, para que sepas comportarte con la autoridad», seguía amenazante el*

Perkins sin parar de ajustar porrazos a la cabeza del Nani.

Cuando se cansó, el Perkins le quitó el casco al Nani. El policía bueno asomaba su peor cara para dar detalles de aquel acto rebelde de la carne donde el verdadero placer residía en llevar la contraria a la naturaleza. Insinuó que en Carabanchel tendría un moro esperándole. La

canción ayudaba. *Tiro y palos a montooones, en la prote maricooones, hijos de la casualidad...* «Un moro, un hijo de aquellos que subieron con Franco, ya lo sabrás, es historia de España, materia que se da en el colegio.» Al decir esto último, el Perkins cerró los ojos y siguió detallando el despliegue de brutalidad que se iba a abrir paso cerca del

vientre del reo hasta sepultar todo su poder. Al Perkins le gustaban esas perversiones, pero no nos vamos a despistar con tales asuntos. Lo único que consiguió el Perkins fue que el Nani firmase una declaración en la que se inculpaba de dos atracos.

Cuando expiró el plazo de estar detenido en aquel edificio, el Nani fue

entregado a los juzgados. El médico forense hizo un informe relatando las magulladuras y hematomas que presentaba el detenido antes de ingresar en prisión.

24

El Chuqueli y la Malata se enteraron de todo esto en Marsella, porque el mundo es así de pequeño y porque el Vicenzo, hijo del dueño del restaurante donde iban a comer, había coincidido en la

cárcel de Carabanchel con el Nani y también con el Pitarra, al que acababan de trasladar desde Santander a Madrid.

Fue una tarde de invierno en la que el gitano afinaba su guitarra en el restaurante del puerto de Marsella, y el Chuqueli y la Malata tomaban café en una de las mesas, cuando Greco, el dueño del restaurante, recién

llegado de Madrid, se acercó a saludarlos.

—¿Cómo estás? — preguntó el Chuqueli por trabar conversación.

—Bien, muy cansado, pero contento. Estuve en Madrid viendo a mi hijo.

—¿Qué tal anda Vicenzzo?

—Bien, algo más delgado. Todavía le queda un año por lo

menos. Me dio
recuerdos.

El Chuqueli sonrió.
Rememoró sus
escarceos por las
fronteras cuando
empezaron juntos,
formando parte de lo
que luego se vendría a
llamar la French
Connection [\[15\]](#).
Hicieron historia y la
misma historia los
arrolló. Ahora Vincenzo
estaba preso y el
Chuqueli intentaba
rozar con los dedos los

márgenes de la legalidad. Cuando Greco contó que dentro de la cárcel su hijo Vincenzo había conocido a unos amigos suyos, a un tal Pitarra y Nani, entonces al Chuqueli le cambió el rostro y el miedo modificó su voz:

—¿Le comentaste lo del lingote de oro? ¿Comentaste lo de mi menda con el *trapi* que nos traemos entre

manos? —preguntó el Chuqueli con la descarga febril en la garganta.

Greco no necesitó contestar que sí. Se mordió el labio y su gesto de culpabilidad lo dijo todo. Entonces el Chuqueli hizo una seña urgente a la Malata, dejó un billete sobre la mesa y apuró el café. No se despidió de Greco, que cogió el billete entre los dedos y se quedó cabizbajo.

—¡Vámonos, nena!

Salieron del restaurante y caminaron aprisa, adentrándose en la oscuridad del puerto, a tiempo para llegar a casa y coger a Jarocho y recuperar algunas cosas, entre ellas los tres lingotes de oro que quedaban.

—A mi menda esto le da mal rollo, nena.

—¿Dónde vamos?
—preguntó la Malata.

—Putamierda,
nena, lejos de aquí,
esto ya está quemado.

—¿Pero qué pasa?

—Mira, nena, el
trullo está lleno de
chivatos, delatores con
ganas de hacer
méritos para reducir
condena. Eso lo sabe
mi menda.

Recién llegados al
piso, oyeron unos
pasos. El Chuqueli,
inquieto, hizo una
seña a la Malata que

ella captó enseguida, agarrando a Jarocho. Entonces el Chuqueli apagó las luces y, a oscuras, acarició su revólver, acercándose a la puerta, que abrió con brusquedad. Bañado por la luz del descansillo estaba el guitarrista gitano, que puso las manos arriba y los ojos prietos.

—No... No dispare. Soy Ricardo, el Manitas de Plata — consigue decir el

gitano—. Me manda Greco. Me dice que la *pestañí* estuvo preguntando por ustedes y que diera el aviso.

El Chuqueli resopló, bajó el revólver y pidió disculpas al gitano mirándole a los ojos. Abrió su cartera y le tendió unos billetes que al principio el gitano no quiso coger pero que, ante la mirada obstinada del

Chuqueli, no pudo por más que enganchar. «Si se va a enfadar usted conmigo...», dijo con guasa, señalando el revólver que portaba el Chuqueli.

Sin más, bajaron las escaleras con precaución y miraron a un lado y a otro antes de montar en el coche. El gitano se despidió de ellos con la mano y Jarocho se enroscó en el asiento de atrás.

—¿Pero dónde vamos? —preguntó la Malata.

—A París, nena, que es de donde vienen los niños. Allí nos quedaremos hasta que salgan todos del trullo. Luego mi menda reunirá a la banda de nuevo.

Cogieron carretera. Dejaron atrás Marsella y llegaron a París de madrugada, cuando

los artistas despliegan sus bártulos para pintar un lienzo donde siempre hay un puente. Ese mismo día alquilaron una casa. El propietario era un hombre pequeño que atendía una tienda llena de cachivaches con suelo de serrín, pájaros disecados y cuadros de putas a medio vestir.

—¿La vida para ti va siempre tan deprisa? —le

preguntaría después la Malata, tendida sobre el camastro de la nueva vivienda mientras consumía un cigarrillo.

El Chuqueli paseó su mirada por el iris atigrado de aquellos ojos y sonrió como si para él no hubiera otra velocidad que la que marca la huida. El subidón que da saber que, en un segundo, o menos, puedes perderlo todo. O

ganarlo.

—Hay seres humanos que escapan a las leyes humanas, nena.

Como si hubiese leído su pensamiento, la Malata entonces preguntó.

—¿Ajustarás cuentas?

—Mi menda no hace planes a largo plazo —contestó el Chuqueli.

En el brillo de sus ojos hubo un destello donde la Malata pudo ver al joyero, con el chirlo del *membrillo* marcado en su moflete.

Jarocho maulló y estiró su cuerpo hasta la cama. La Malata siguió buscando pistas en las manchas del techo de aquella habitación de París con olor a agua estancada. Afuera, en la calle, la vida corría despacio y

el aire siempre estaba húmedo. La lluvia caía con la dulce ligereza de los buenos recuerdos. Aquel piso alquilado junto al Sena sería la última vivienda donde intercambiaron jadeos y otras melodías secretas. Llegado el verano, a Jarocho le gustaba escaparse por las escaleras y cazar lagartijas en el patio vecino. Pero en cuanto caían unas tímidas

gotas estivales,
regresaba corriendo y
esperaba a que la
Malata le rascase la
panza. Algo le decía a
la Malata que aquellos
tiempos no volverían
más. Por lo mismo
exprimía cada segundo
de felicidad
compartida.

Una de las veces,
en uno de los puestos
junto al río, la Malata
encontró el cartel de la
película donde ella
había hecho un papel

cuando aún era una cría. «Navajeros», ponía en letras grandes, y donde salía un adolescente empuñando la navaja. La Malata clavó el cartel detrás de la puerta del armario y lo contemplaba con el mismo empeño que si fuera una estampa religiosa, una representación atávica a la que pedía que el tiempo pasase lo más lento posible.

De esta manera, los días seguían cayendo con la velocidad del tiempo perdido mientras ella cocinaba para el Chuqueli aquel plato marsellés con restos de pescado que conseguía en La Bastille. En ocasiones se encerraban en casa, como cuando compraron la tele en color por donde siguieron los mundiales de fútbol. El

Chuqueli seguía con entusiasmo a la selección francesa. La Malata a la española. Hacían apuestas ante la mirada atenta de Jarocho, que arañaba la pantalla cada vez que un gol era celebrado. En uno de los partidos que los franceses jugaron contra Kuwait, el Chuqueli se dio cuenta de algo que llevaba tiempo rondándole por la cabeza.

Fue un episodio futbolero que marcaría el choque de culturas y donde se enfrentaron las dos selecciones, donde también había un ruso que arbitraba el encuentro. Debido a la que se formó, el ruso perdería su empleo para siempre. Francia iba ganando con dos goles en el primer tiempo. Llegado el segundo tiempo, vino el tercer gol de la

tarde. Los franceses se habían hecho con el juego y querían goleada pero los kuwaitíes marcaron su primer tanto. Entonces Alain Giresse, pequeño centrocampista francés, se pica y consigue regatear a un adversario cuando un silbato suena desde las gradas. «¡Vamos, anda!», exclamó el Chuqueli, sentado al borde de la silla y con ganas de lanzar el

vaso a la pantalla. El Chuqueli, al igual que todo el mundo, se pensó que el árbitro había pitado fuera de juego pero Alain Giresse, el pequeño centrocampista, pasa de todo y marca el cuarto gol de Francia. El Chuqueli, que seguía al borde de la silla, no da crédito cuando los jugadores de Kuwait abandonaron el campo ante la llamada del

tipo del silbato, un emir de esos, con pañuelo a la cabeza y maletín con petrodólares. De esta guisa, aparece en el terreno de juego. Tal era la autoridad que emanaba de su persona que hasta los policías le hacen un pasillo y lo escoltan. «¿Pero qué pasa?», se pregunta el Chuqueli cuando el árabe, armado con su maletín, se dirige

hacia el árbitro ruso. Como el idioma de los petrodólares es universal, el árbitro lo entiende todo y anula el gol de Francia. Es entonces cuando el seleccionador francés salta al campo pues considera que, con estas cosas, pueden quitarle los otros tres tantos a Francia y perder el partido. Entonces, los mismos policías que escoltaron al emir con su maletín,

van ahora y echan al entrenador francés del terreno de juego.

—¿Te das cuenta, nena? ¿Te das cuenta de que el Perkins no es el único poli corrupto? La corrupción en la bofia llega a todos los niveles. Nadie se salva.

* * *

Pasaron los mundiales y llegaron las primeras lluvias. Todo iba demasiado lento para el Chuqueli y su prisa de por vida. Ahora la única salida era esperar, pasar los días mirando por el ventanuco, fumando un cigarrillo después de otro, y contemplar el panorama de tejados con antenas y esas cosas que ocurrían cuando el Chuqueli se ponía a

ver pasar un tiempo que no pasa. Era cuando la conciencia se le viajaba por los vertederos y las cloacas de un mundo maloliente. Cuando esto sucedía, el Chuqueli agarraba la puerta. Con los ojos cargados de dudas le decía a la Malata que se iba a estirar un poquito las piernas.

Se perdía sin rumbo por una ciudad que parecía pintada

con espatulazos de barro. En la rueda de la espera, lo mejor siempre había sido no oponer resistencia. Moverse por las calles de París sin paraguas pero siempre armado, por si las flais. Es en una de esas cuando escucha pasos tras él. Al otro lado de la calle, el semáforo acaba de cambiar a rojo. Los coches se paran. La gente empieza a cruzar bajo sus

paraguas. El Chuqueli cuenta los segundos mientras sigue caminando bajo la lluvia. Se para en seco y gira y ve la cara a su perseguidor, que no esperaba el golpe de efecto y que cuando se quiere dar cuenta, el Chuqueli ha cruzado raudo a la otra acera. El semáforo cambia y el Chuqueli gana la calle, apura el paso y dobla la esquina pisando charcos. Pero

es al llegar a uno de los puentes cuando se encuentra de nuevo con su perseguidor. De frente.

No hay escapatoria.

El hombre era un tipo rubio, cara de bulldog y un lunar de tinta en la mejilla. «Tenemos que hablar», le dijo al Chuqueli, cortándole el paso. El Chuqueli se fijó en los dedos

cubiertos de anillos y sortijones. «Vayamos a cubierto», le indicó el tipo, señalando uno de los cafés. Pero el Chuqueli rechazó la invitación con chulería: «La lluvia en París es un problema si no te quieres mojar. Vamos a dar un paseo con mi menda.»

Entonces el tipo con cara de bulldog le contó que había un problema con su gato. «¿Con Jarocho?»,

preguntó sorprendido el Chuqueli mientras caminaban por la orilla del Sena. El tipo con cara de bulldog iba del lado del río y asintió. «Ha dejado preñada a nuestra gata.» El Chuqueli advirtió la trampa, pero siguió el juego. «Si no me equivoco, la gata necesita dinero para pagarse un raspado y mi menda lo tiene que pagar.» El de la cara de bulldog aflojó el

paso y asintió. El Chuqueli le preguntó que cuánto pedía, y fue cuando el de la cara de bulldog le dijo la cantidad pronunciando las erres como si fueran ges: «Cuarenta kilos de oro. Cuarenta.» Dicho esto, se echó la mano al bolsillo, pero el Chuqueli fue más rápido. Con sus manos llegó hasta el punto que hay detrás de la oreja. El Chuqueli

sabía matar como los gatos, sin hacer ruido, con la sonrisa en la boca y las manos limpias de sangre.

Fue esa misma noche cuando salieron para Barcelona. «En un pispás nos ponemos allí, nena.» La Malata metió el revólver en el bolso y agarró a Jarocho. El Chuqueli dejó unos billetes sobre la cama. «Para cuando le hagan preguntas al casero.»

Condujeron durante toda la noche, sin darse un respiro, sin apenas hacer paradas, tan sólo las necesarias para cambiarse al volante. Cuando la Malata conducía, el Chuqueli animaba la huida con su aliento. «Písale, písale, nena.» Jarocho se agarraba con todas las uñas al pantalón del Chuqueli y la Malata mantenía la vista clavada en cada

curva de la noche. Cuando llegaron a Barcelona, llovía tanto que parecía que hubiesen traído París de viaje. Cogieron una habitación en un hostel del Barrio Chino. Al dejar las cosas sobre la cama, la Malata se dio cuenta de que con las prisas no había traído el cartel de la película *Navajeros*. Se lo comentó a Chuqueli y este le rio con los ojos

y le dijo: «Si quieres volvemos a por él, nena.» La Malata le tiró la almohada y fue entonces cuando el juego entre sus cuerpos se desató sobre la cama. Afuera seguía lloviendo y a Jarocho le sonreían los bigotes.

A los pocos días consiguieron un alquiler en la calle de la Cera. El Chuqueli le explicó a la Malata que la calle se llamaba así

por los ríos de cera
que salían de las velas
que colocaban los
gitanos a la Virgen de
la Calle para que los
protegiere de la peste.
La Malata salía al
balcón todas las
noches para buscar
luminarias, fuegos
fatuos de luz de vela
que sólo existían en su
imaginación. Se
apoyaba en la
barandilla desde
donde divisaba la
enredadera de calles,

dispuestas como un laberinto y en cuyas esquinas se apostaban las mujeres a subirse las medias. No se sabía bien qué era lo que pasaba por su cabeza cuando se quedaba largo tiempo contemplando el negocio de la carne bajo la luz raquítica de las farolas.

En determinado momento le llamó la atención uno de los hombres que

merodeaba alrededor de aquellas mujeres. Desde el balcón podía detallar sus andares, sus ropas, e incluso la cara. Se trataba de un tipo de dientes caballunos y desiguales que le asomaban a la boca como las teclas de un piano mellado. Cada vez que el hombre miraba hacia el balcón, la Malata fruncía el gesto como si le repugnase, y se

agarraba a la barandilla como si se fuese a marear.

Fue en aquel piso de barrio antiguo, pasada la primavera, cuando llegó el primer aviso. La Malata quiso abrir el balcón y cayó al suelo como una muñeca de trapo. Jarocho se acercó a ella y le mordió la mano, suelta y dormida.

25

A partir de aquel momento, el episodio se convirtió en un juego. El ganador se llevaría cuarenta kilos de oro y el Perkins sabía que iba a ser él, y nadie más, quien ganase tan preciado galardón. Se

le había metido entre los ojos y puso conferencia a Santander. A cargo del fondo de reptiles. Al otro lado del teléfono, el inspector del bigotón dio por bueno el plan. Según el bigotón, podían actuar tranquilos, pues el Cucaña estaba al tanto de todo. «Se mantiene alejado pero quiere mordida, ya sabes, lo del poste de telégrafo y la mariposa.» De

esta manera se puso en marcha una operación que llevaría al joyero santanderino hasta Madrid. La misión era volver a entrevistarse con el Pitarra en la cárcel y hacerle una propuesta que el Pitarra no iba a rechazar. «La fuga.»

Tal asunto sería otra medalla para el Perkins, pues así desarticularía la red de fugas que había montado él mismo con

un funcionario de Carabanchel que respondía al nombre de Robles. Hay que apuntar que dentro de la cárcel existe un escalafón de presidiarios con cierto mando. Son los llamados *kíe* y suelen estar conchabados con los funcionarios para organizar el trabajo de los demás presos. Entre unos y otros había un entendimiento creado

a partir de intereses como el tráfico de drogas o de fugas. Sin ir más lejos, el Robles se encargaba de canjear armas de fabricación carcelera a cambio de roches [\[16\]](#) o de heroína. De esta manera calmaba tensiones y motines. Así llevaba sucediendo desde que Franco murió y ahora era el momento de acabar con ello.

Si todo salía como

esperaban, el Perkins iba a ser recompensado. Había que adelantarse a los tiempos y lo mejor era quitarse de ciertos negocios. Los sociatas iban a ganar las elecciones, el cambio estaba cerca y el Perkins y los demás miembros de la brigada lo sabían. Quedaban los días contados para que el nuevo presidente llegara al poder.

Después de Adolfo y de *Carapato*, el nuevo aspirante iba a ser un joven sevillano de mofletes lustrosos, perfil cetrino y con pintas de haberse criado en cochiguera. «Ese se va a comer hasta los trapos cuando llegue al cargo, ya verás —le dijo el Perkins a su compañero destinado a Santander—. ¿Cuánto te apuestas?», le retó,

mientras le convencía de que una vez fugado el Pitarra podría apresar de nuevo a la banda y asegurarse su nueva captura, además de los cuarenta kilos de oro. «La cabra tira al monte y el gorrino a los charcos.»

El joyero Fausto se puso su máscara de funeral y con ella bien sujeta llegó al locutorio de Carabanchel,

demostrando su disposición a pagar lo que hiciera falta para que el Pitarra estuviera en la calle. El Pitarra y él se hicieron muy amigos, estrechos colaboradores, tanto fue así que incluso, en alguna de las visitas, el joyero llevó a la mujer del Pitarra para que tuviera un vis a vis. Con todo, al final lo de la fuga no cuajó. El Perkins no se llevó

la medalla. Tal vez por desconfianza excesiva del tal Robles, tal vez por falta de ganas, lo cierto es que tuvieron que correr los meses para que salieran todos a la calle. Al primero que dieron bola fue al Pitarra. El joyero Fausto, como buen artista de la puñalada que era, para demostrar su fidelidad le puso un coche de regalo, un BMW azul metalizado

que era la envidia de Portugalete. Lo invitó a comer langosta y de inmediato planearon nuevos atracos.

—Hay que esperar a que estén todos en la calle —le dijo el joyero, mientras ajustaba la servilleta al cuello.

—No lo dudes —apuntó el Pitarra con su voz de grillo.

—Yo puedo conseguiros las armas.

Conozco a un herrero que tiene las últimas novedades.

El joyero empezaba a maquinarse su salvación. Después de salir de La Fragata, como si se repitiera otra vez lo mismo de entonces, el joyero transmitió a la policía su encuentro con el Pitarra, así como la matrícula del nuevo coche que este manejaba. También informó sobre la

incorporación de un nuevo miembro a la banda, un tal Manzano. Se trataba de un tipo duro y grandote, de una complexión cercana a un oso de feria al que hubieran anillado la nariz para domesticarlo a golpe de pandero. En Carabanchel había compartido celda contigua a la del Nani, pared con pared. Nada más salir a la calle y

por mediación del Nani, el Manzano entraría en contacto con Fausto, el joyero, para realizar una transacción. El trato era simple, pues el Manzano tenía unos relojes, unos pelucos antiguos, según sus palabras, y necesitaba venderlos. Los pelucos los había robado en casa de un hombre importante donde su hermana servía por tres duros. Luego, al

Manzano le cogieron en un asalto del que no quiso hablar, pues nada tenía que ver con los relojes, y por el cual fue a la cárcel de Carabanchel, donde conocería al Nani.

El joyero se desplazó desde Santander a Madrid, hasta la casa del Manzano, por ver los relojes y por tantear al nuevo miembro de la banda.

—Pero vas a sacar más si lo llevas a Santander a una subasta —dijo el joyero con el cuentahílos ajustado a su ojo—. Allí sacarás tres veces más de lo que yo te puedo dar.

El Manzano le miró desde el sofá, donde estaba aplastado con un vaso de güisqui entre las manos. Bebió un trago y dijo:

—Pero necesito la

pasta ahora, me he comprometido a pagar la fianza del Nani y...

El joyero no lo dejó terminar, le puso la mano en la rodilla y le dijo:

—No te preocupes, hijo, que te voy a ayudar.

Así fue. El joyero invitó a Santander al Manzano, a su mujer y a las hermanas del Nani para que fueran a subastar los relojes.

Estuvieron unos días alojados en la misma casa del joyero. Fue muy reconfortante para el Manzano pasear por los dorados arenales y llenar sus pulmones con aroma de salitre, pero lo mejor de todo fue que consiguió deshacerse de los pelucos, como él decía, y pagar parte de la fianza de su amigo, el Nani.

26

Que el Chuqueli era un líder, no cabía la menor duda. Había que haberlo visto llegar a Madrid y reunir a la banda de nuevo. Las sospechas y los recelos hacia él quedaron disipados en cuanto lo vieron

aparecer. Los había citado a la entrada de una discoteca del barrio de Tetuán, un local situado en los bajos de Azca, donde las luces venéreas invitaban a quemar el dinero fácil.

Como era de esperar, el Chuqueli no llegó solo. Apareció con la Malata, que llevaba un vestido suelto donde se podía apreciar el estado de buena esperanza.

Paseó los ojos por todos y cada uno de los miembros de la banda.

El Sardi traía el bronceado de tierras mexicanas. También más dioptrías en sus gafas. El Nani, el Pitarra y Cacharrón habían envejecido. «Tenéis peor cara que los pollos de Simago», les dijo la Malata nada más aparecer. Los meses a la sombra se hacían notar en sus

rostros. El Largui había perdido parte de su pelo rubio y ahora la calderilla de los años se esparcía por su calva, dando a su cabeza todo el aspecto de un huevo de perdiz. También estaba el nuevo miembro de la banda, que fue presentado al Chuqueli. Era el Manzano, un tipo grandote, pero que empequeñeció cuando el Chuqueli le ajustó la

mirada como diciendo:
«Chaval, aquí mando
yo.»

A la puerta de la
discoteca, el portero
retiró una cuerda
pintada de purpurina y
los invitó a entrar.
«Adelante.» Se
trataba de un amplio
local de pésima
reputación estética,
fornado de espejos
color plata y bandas
verdes que conseguían
un reflejo multicolor
con las luces

moviéndose en todas direcciones y que le daban cierto aire prostibulario. La música sonaba a toda pastilla. En esos momentos estaban poniendo la de *Soy un perro callejero* a un volumen que hacía temblar la purpurina del techo. El Nani torció el gesto.

—¿Qué pasa? — preguntó la Malata.

—Na, cosas mías.

Un par de mujeres bailaban en la pista, bajo la bola de espejos. *Y yo digo qué más da, vivo solo y como puedo soy muy duro de pelar.* El Sardi las detalló tras las dioptrías de sus gafas y el Chuqueli hizo una seña para que fueran todos al fondo, donde tomaron asiento y pidieron para beber ginebrita Larios, coca-colas y güisqui a granel, también zumo

de melocotón para la Malata. «Ya te digo.» Mientras llegaban las bebidas, el Chuqueli se mantuvo en silencio, observando a cada miembro de la banda, uno por uno, deteniéndose en las miradas a la luz de la discoteca. Lo hizo con esa seguridad que tienen los hombres que saben jugar con cada segundo del reloj y lo hunden como un cuchillo sobre los

cerebros que se quedan fríos al contacto con el metal del tiempo. El Chuqueli tenía ese don. Ante aquella mirada, el organismo renunciaba a defenderse, dispuesto a asimilar todas las disciplinas, inclinado a confirmar las aberraciones más monstruosas, sobre todo si son colectivas. En cuestión de minutos, el Chuqueli se había apoderado de

cada uno de los miembros de la banda.

Cuando llegaron las bebidas, el Chuqueli empuñó su vaso de ginebra y preguntó al Sardi por su estancia en México.

—Ahora cuéntanos, Sardi, cómo te fue en México tras los pasos del Conde.

En sus palabras había cierto tono de amenaza. El Sardi lo

percibió. De ahí la prudencia con la que se manejó para contar que los primeros días se dedicó a seguir al Conde por la ciudad. Estaba hospedado en el Gran Hotel y por las mañanas el Conde visitaba tiendas de joyas y escogía regalos de mucho precio. Pagaba más de la cuenta extendiendo un cheque.

—¿Y qué pasó después, Sardi? Mi

menda no puede aguantar el dilema.

El Sardi, con el vaso en la mano y parapetado tras las dioptrías de sus gafas de concha, miró alrededor antes de contar el desenlace:

—Al final los cheques no eran falsos. Para nada.

El Conde se lo sabía hacer. Los empleados de las joyerías llegaban al

hotel con los regalos y el dinero de vuelta, en otro cheque. Hasta donde el Sardi supo fue así. Pero con el tiempo, el Sardi se daría cuenta de que el Conde tenía una disposición tan fina que, con el cheque que recibía de la joyería, sacaba información, cuenta bancaria, firma autorizada y esas cosas. El Conde se acercaba al banco y

con esos datos, pedía un nuevo talonario.

—Una vez aprendida la firma, lo demás era hacer cheques a su nombre —subrayó el Sardi.

—Muy interesante, pero ¿qué hay de lo de dar salida al colorao? —preguntó el Chuqueli con voz larga, mirando muy fijo al Sardi, atravesando sus gafas.

Sin dejar de mirar al Sardi, dejó el vaso

de ginebra en la mesa,
se frotó las manos y
luego las moldeó, una
contra la otra, en un
movimiento lento,
como si se las lavase.

—Suelta, ya, Sardi
—imperó.

—Antes nos
gustaría saber dónde
has escondido el
colorao —saltó el Nani,
dirigiéndose al
Chuqueli.

La Malata puso
una cara como si le

hubieran dado una medicina difícil de tragar. El Chuqueli pasó la palma de su mano por el vientre de la Malata y se mordió la boca, un labio contra otro, achinando los ojos que eran una línea bajo la sombra de las cejas. Ahora, a ambos lados de la nariz le salían unos tajos profundos que, en su caída, arrastraban los labios en una mueca de

arrebato. Apuró la ginebra y con la voz rugosa, haciéndose escuchar sobre el sonido de la música, dijo:

—Cuando detuvieron a la banda, mi menda salió de naja y puso el colorao a buen recaudo, ¿está claro?

El Manzano asistía callado a aquel encuentro, sin perder detalle de cada uno de

los miembros de la banda y sobre todo del Chuqueli, que seguía contando cómo se llevó una parte del botín, de la cual sólo vendió un par de lingotes.

—Los movió Greco, el viejo de Vicenzzo, en Marsella. Con ese dinero la Malata y mi menda pudimos aguantar.

Pero el Nani seguía sospechando

del reparto.

—Entonces yo quiero mi parte. Descarao, y así buscarme la vida.

—Todo a su tiempo, chaval. ¿No ves que se saca más de golpe y no estamos tan expuestos como si troceamos? A no ser que tengas salida... ¿Tienes salida para el colorao?

—No me vaciles, Chuqueli, no me

vengas con vaciles —le contestó el Nani.

—Mira, chaval, o callas cuando mi menda habla, o te retiras de la banda.

El Pitarra, por quitar tensión, saltó con otra cosa.

—Lo tenemos chungo si no falsificamos cameles.

—No os preocupéis —apuntó el Chuqueli—. Mi menda está en todo, pero lo primero

es dar un buen palo. Sacar guita para comprar, ir tirando y poder hacernos con los pasajes. Aunque paguemos un precio alto por los pasaportes, salimos ganando.

—De todas las maneras, queremos saber dónde lo tienes escondido —volvió a insistir el Nani.

—¿Queremos?
¿Quién quiere saberlo?

—preguntó el Chuqueli desafiante, pasando sus ojos por los miembros de la banda, uno a uno, incluido el Manzano.

—Yo mismo —dijo el Nani, inflando su pecho.

—Para nada. Mi menda no es tolái. Cantarías de plano, chaval. ¿Quieres que mi menda te lo repita de otra manera?

Todos, incluido el

Nani, bajaron la cabeza ante la autoridad expuesta por el Chuqueli, que siguió diciendo que tenían que empezar de nuevo. Que se sabía de un buen palo, en donde los yogures Danone, una fábrica que quedaba cerca del cine [\[17\]](#) donde las casualidades del destino hicieron que, en aquellos momentos, se anunciase la película

Navajeros.

—Se necesita viruta y dar el palo es fácil. Lo dice mi menda.

Sobre la mesa de cristal de la discoteca, el Chuqueli desplegó un plano y empezó a contar con todo detalle el próximo golpe, tan simple en apariencia como complejo en su fondo y por el que sacarían el dinero suficiente para

largarse de nuevo a México.

—Pero esta vez hay que hacerse con una furgona. Vamos a entrar como si inspeccionásemos extintores. Mi menda os lo va explicar al detalle.

Todos atendían, incluso el Nani, que asistió a la conversación como si las últimas palabras con el Chuqueli lo

hubieran narcotizado.
«¿Quieres que mi
menda te lo repita de
otra manera, chaval?»

Cuando hubo
terminado la reunión,
salieron de la
discoteca. El Chuqueli
y la Malata por su
lado, los demás por el
otro. El Seat 1430
esperaba aparcado
junto al estadio del
Real Madrid. A la
Malata el estadio se le
antojó lo más parecido
a una nave espacial

gigante. Podía distinguir la respiración secreta a través de los muros.

—Mi menda te invita a cenar, nena.

La voz del Chuqueli la sacó de su distracción. Se montaron en el coche y tiraron Castellana abajo. Todavía quedaban algunas terrazas por cerrar y la música discotequera se colaba a través de

las ventanillas, bajadas a tope para sentir la corriente de aire estival dentro del coche. Siguieron por el paseo del Prado y, al llegar a Cibeles, tomaron Alcalá hacia Gran Vía. El Chuqueli iba al volante. Fue llegando al edificio de Telefónica que frenó.

—Espera a mi menda ahí dentro del buga, nena —le dijo a la Malata.

El Chuqueli salió del coche mirando a un lado y a otro antes de cruzar. Caminó hasta una furgoneta blanca, una Renault 4 aparcada un poco más abajo junto a un puesto de bocadillos, improvisado sobre una caja grande de cartón. El Chuqueli se acercó hasta el hombre que los vendía y le hizo un amago con los puños. El hombre se puso en guardia y sonrió:

—¿Qué te-te-te
cu-cu-cuen-tas?

El Chuqueli hizo otro amago con los puños para señalar con un dibujo de su mano los bocadillos.

—¿A cómo está el menú? —preguntó.

La puerta trasera de la furgoneta se abrió y apareció la mujer rubia con su delantal para decir:

—Doscientas pesetas, bocata de

tortilla y lata de
cerveza.

—Que sean un par
de bocatas con sus
cervezas.

—¿Algo más? —
preguntó la mujer.

—Sí, mi menda se
va a quedar un tiempo
en Madrid y necesita
alquilar techo y piltra.

—Los alquileres
ahora están por las
nubes —dijo la mujer
—. Desde los
mundiales de fútbol,

esto se ha puesto de moda.

—Mi menda os paga veinticinco mil por el cuarto que hay detrás de la tienda, en el Rancho.

El Chuqueli dijo esto, sacó la cartera y tendió un fajo de billetes al hombre con cara chata, que seguía una conversación demasiado rápida para sus reflejos. Por lo mismo, la mujer llegó

antes y alargó la mano y agarró el dinero. Luego sacó unas llaves del delantal.

—Ten, la pequeña es la del candado de arriba.

El Chuqueli cogió las llaves y la bolsa con los bocadillos y cervezas. Hizo otro amago de ataque al hombre de la cara de púgil, poniendo la bolsa por delante de su nariz, como si fuera

un saco de boxeo. Acto seguido se fue con paso apurado hasta el coche, aparcado en la acera y con la Malata dentro.

Mientras la Malata desenvolvía el bocadillo, el Chuqueli le dijo que se tenían que separar.

—Hay que andarse al loro, nena, y hasta que no salga lo de la Danone, lo mejor es que mi menda se

distribuya en un sitio diferente al tuyo.

La Malata hizo una mueca que paralizó su boca y, por un momento, dejó de masticar.

—Así que ahora vas a conducir tú y dejar a mi menda en el Rancho. Te llevas el coche y vuelves donde tu tía, al barrio.

La Malata terminó de comer y cogió el volante del coche para

dejar al Chuqueli en su nuevo escondrijo, en el Rancho del Cordobés, con la única compañía de su revólver: un Smith & Wesson que le daría calor en aquel cuarto de paredes leprosas, a veces alumbrado con la luz escasa de una bombilla que colgaba del techo. «Nos tenemos que separar, nena.»

27

Todo había cambiado durante los meses que anduvo preso. Un nuevo edificio, coronado por una aguja que era lo más parecido a una hipodérmica y que llamaban el Pirulí [\[18\]](#), llenaba de ansiedad

los insomnios del barrio. El Nani supo que la verdadera condena no había hecho más que comenzar desde el momento en que salió de la cárcel. Necesitaba dinero, andaba perdido. Debía la pasta de la fianza al Manzano y se sentía fuera de la banda. La ilusión parecía haber desertado de su rostro. Ahora el Nani era un tipo cabizbajo

que buscaba el reflejo de una hipodérmica en los charcos.

«No te preocupes, después del palo de los yogures saldamos cuentas», le dijo el Manzano, convencido del éxito. Pero el Nani no las tenía todas consigo. Tampoco el Pitarra. «Me da que el Chuqueli nos la está jugando», le comentó una de las veces, más que por certeza, por tantear el terreno

mientras conducía su nuevo coche por la glorieta del Dragón. «Descarao», le dijo el Nani, en el asiento de al lado, mientras subía el volumen del radiocasete. Sonaba la canción de Los Chorbos, con las voces cantando lo de *Mi papa por fin has venío... A casa me vuelvo cansado de tanto andar por el fuego.* Cuando llegaron las palmas, el

Manzano se puso a doblarlas en el asiento trasero.

Uno de esos días, después de la reunión de la banda, el Nani no quiso que el Pitarra le acercara a casa, dijo que prefería darse un paseo. Con la mirada baja, como si tratase de estar en otro sitio y no allí, el Nani dijo que si eso, luego cogía el metro. «Si eso.» Como era de esperar, el Nani cogió el metro y se

bajó en Sol. Nada más salir del vagón, encendió un cigarrillo y subió las escaleras mecánicas fumando. Una vez en la Puerta del Sol, se dirigió a una sala de juegos recreativos que quedaba detrás del edificio del reloj. Antes de entrar, cortó en dos el cigarrillo, dejó caer la brasa y se guardó la otra mitad dentro de la cajetilla de Ducados, junto al

único que le quedaba.

Pasada la mesa de *ping pong*, estaba el Volancho. Jugaba a la máquina del kárate, concentrado en cada golpe. El Nani lo conocía desde que eran críos, de cuando los guateques y los primeros coches en la banda de Los Grillos. Paraban en la plaza con el Chumi y el Cojo, y una de las veces se pelearon con unos niños peras. Fue

por culpa de unas chicas. Al día siguiente, la poli llamó a la puerta de la casa del Nani. Abrió su madre y lo detuvieron. El Nani pasó tres días en el calabozo. Bien mirado, ahí empezó todo para él, antes de lo del atraco a la pastelería con el abrecartas de latón.

El Volancho seguía igual, lucía el mismo cinturón de siempre, confeccionado con

monedas de real. A pesar de la apariencia, el Volancho siempre fue un tipo que aceptaba la vida como sacrificio. De haber podido estudiar hubiera sido funcionario de carné. Pero se mantenía en los márgenes, siempre dentro de los billares de la Puerta del Sol donde pasaba jaco en horario de oficina. «¿Cuánto?», preguntó el Volancho sin perder

de vista la partida en la máquina. Pero esta vez no iban a ser tres talegos, ni tan siquiera medio talego. «Digo, Volancho, que me fíes una papelina.» El Volancho, sin dejar los mandos de la máquina del kárate, le contó al Nani algo así como que él no podía completar la transacción con los del edificio de enfrente, donde estaban los jefes. «Hay que ir

dejando el unte, ya sabes, Nani, o por lo menos tener un aval»; dicho esto, el muñeco de la máquina lanzó una patada a su contrincante y subió el marcador. «Te puedo fiar si me das garantía.»

«Claro que doy garantía, Volancho, nos conocemos de chinorris. ¿Cuándo te he fallado, eh? Volancho, no me jodas, mira tú que

estamos preparando el quinao más importante de nuestra vida.» El Volancho no necesitó preguntar más, el Nani ya estaba soplando lo del atraco a la fábrica de yogures Danone.

El Volancho le soltó una papelina.

El Nani se dirigió al servicio. Salió al poco, con las pupilas afiladas, y se fijó en la parte trasera del

edificio del reloj donde le pareció ver al Perkins, en una de las ventanas. «Serpiente o mono», masculló el Nani y se rio así mismo de lo absurdo de su propia gracia y bajó la calle Mayor, fumándose lo que le quedaba del Ducados. Iba como el que camina por un paseo marítimo con el cielo del mismo color que la piel de las sardinas arenques. Oro antiguo.

Al Nani, el centro de Madrid se le antojaba una ciudad pesquera donde siempre se pescaba algo.

Callejeó por los alrededores hasta llegar a la plaza de Tirso de Molina y luego se acercó hasta el barrio de Lavapiés. Fue al pasar por delante de una joyería pequeña cuando algo que se le alumbró dentro de la cabeza le asomó a los ojos, clavándose en el

alfiler de las pupilas. Siguió andando y llegó a una iglesia [\[19\]](#). Cruzó la puerta. Una mueca de felicidad le iluminó la cara. Introdujo la jeringuilla en el agua bendita y tiró del émbolo. Allí mismo se inyectó, frente a la estampa de un Cristo de tamaño natural. Sobre la pared de mármol, salpicó las últimas gotas de sangre de la jeringuilla. Su marca

sagrada.

Sin perder un minuto, como si algo hubiera activado el motor interior, buscó una cabina y llamó al joyero Fausto. A su casa. Tenía el número apuntado, de cuando estuvieron en Santander y el joyero les dio alojamiento, la noche antes del atraco a su propia joyería. Para el Nani, aquel hombre era un perverso. Para el

joyero, aquel chaval era un desperdicio humano. En el fondo nunca se habían tragado pero como el negocio es el negocio, pues eso. Algo así rumió el Nani cuando metió el dedo en el disco del teléfono y marcó el número.

Al otro lado, el joyero se mostró cordial, como si no hubiera habido roce alguno entre ellos, como si hubiese

olvidado la humillación a la que fue sometido. «¿Qué tal, hijo? Cuéntame.» El Nani le contó un poco, por encima, y quedaron en verse al otro día. Tras colgar el teléfono y salir de la cabina a patadas con la puerta, que no abría, el Nani volvió a los recreativos de Sol.

«Que digo, Volancho, que me prestes mil duros.» «¿De jaco?» «No, en

billetes. Ando mal. Que digo que te devuelvo dos mil duros y saldo así la cuenta de antes, descarao, tronco.» El Volancho le dijo que no fuera plasta y el Nani le soltó que había pensado dar un golpe antes de lo del atraco donde Danone. «Un joyero, un julái, que acabo de hablar con él, que me financia el quinao y necesito entrevistarme con él

mañana en Santander. No tengo coche, lo vendí y necesito guita para coger el autocar.» Entonces el Volancho dejó de jugar a la maquinita del kárate y se puso a escuchar con atención lo que le contaba el Nani.

28

Con lo de las fiestas del Pilar, el autobús iba lleno. En fechas señaladas a toda la gente le da por salir a la vez de Madrid. Aunque el viaje fue pesado, el Nani cogió asiento atrás del todo y apenas se enteró. Cuando el autocar

entró en la estación de Santander, el Nani todavía dormitaba, culpa del sopor que le entró con la heroína inyectada un rato antes, en la última parada: un bar de carretera lleno de camioneros que masticaban bocadillos de panceta y sorbían café con mucho ruido de bocas. Sin más incidencia, el Nani apareció en la casa del joyero Fausto a la hora

convenida. Traía los ojos arañados con el barniz mortal de la heroína. Nada más ver al joyero confesó, igual que un penitente que implora absolución. «He venido en bus, el coche lo tuvieron que vender mis hermanas para ayudar con la fianza.»

—Cuéntame, hijo, ¿qué es lo que te trae de nuevo por aquí? — preguntó el joyero,

haciendo brillar de
falsedad sus ojos.

Mientras rascaba
sus tobillos con furia,
el Nani contó lo del
atracó que estaban
preparando a la
fábrica de yogures:

—Ya sabemos que
el Chuqueli es muy
pulido, y nos puede
dar un mes más, y no
vea qué fatiguitas.

—No te preocupes,
hijo, yo te puedo
adelantar un dinero y

poner las armas.
¿Cómo dices que se
llama la joyería?

—Ni puta idea,
está por Lavapiés.

El Nani contó que
era una tienda muy
canija, de cristales
sucios y piezas de
Meneses, relojes con
correas de plástico,
anillos, pendientes y
pulseras de oro. El
Nani siguió contando
que entró para ver
cómo era la tienda y

que lo más gracioso
era que tenían un
cartel donde ponía:

NO VENDEMOS A
PLAZOS,

AHORRE
PAGANDO AL
CONTADO.

—Un cachondo —
dijo el joyero.

—Sólo hay un
mueble, un taburete
para sentarse, con
más mierda que el

palo un gallinero. Me da a mí que hay taller dentro. Descarao.

—¿Y si no lo tiene? ¿Has pensado en eso, hijo?

—Con lo que debe haber, saco para ir tirando hasta el palo de los yogures.

El joyero invitó a cenar y le preparó una habitación en su misma casa. Al día siguiente, después de almorzar, le llevó

donde un herrero de Selaya que regentaba una fragua a pecho descubierto. El calor fundido marcaba su cuerpo, siempre en guerra sobre el yunque. El joyero se mordió el labio, encogió su barriga y compró una pistola y una escopeta. Pagó al contado y, a la vuelta, durante el camino, el joyero intentó sonsacar al Nani el sitio donde estaba

enterrado el oro. Se le insinuó con los ojos brillantes, como dos piedras falsas.

—Podría darle salida. Ahora sí que podría dar salida a los cuarenta kilos de oro.

El Nani sospechó del juego y dijo:

—No tengo ni puta idea de dónde está ahora el colorao. Yo ando muy mosqueado con la banda, eso no es comunismo.

El joyero lo dejó pasar. Estaba acercándose demasiado y podía resultar incómodo.

—Claro que es comunismo, hijo. Yo milité en mis años mozos en el Partido. Si te contara que los comunistas cuando llegan al poder toman posesión de todo y no dejan nada a los demás. Ay, si yo te contara lo que es el comunismo.

El joyero le siguió agasajando, incluso alquiló un coche, un Ford Fiesta blanco con radiocasete extraíble. «Para que no vuelvas en bus, hijo, lleno de chusma que viene de pasar las fiestas.» Antes de despedirse, entraron en una juguetería y el joyero compró una Barbie y un camión de plástico. «Para tus niños.» El Nani no cabía de gozo: «La Barbie va a

molar.»

—Veo que has aprendido inglés, hijo.

El Nani sonrió. Era un juguete roto al que por mucho que cambiasen las pilas, ya no funcionaba. Se llevó a la boca la mano extendida haciendo el gesto de un *sioux*: «¡Jau!»

Nada más despedirse, Fausto llamó por teléfono a la comisaría de

Santander y habló con el inspector del bigotón. Entre otras cosas le dijo que el Nani escondía algo, que sabía más de la cuenta. «Tú sí que sabes más de la cuenta», farfulló el inspector cuando colgó el teléfono. De inmediato, el inspector del bigotón llamó a Madrid y localizó al Perkins, compañero de poluciones carnales en la muralla de Ávila.

«Todas las especies evolucionan menos la humana», le dijo y le puso sobre la pista del próximo atraco. «Parece que preparan algo, pero como este no aguanta con el mono, va a pegar un meneo en una joyería de Lavapiés. Va armado.»

El Nani puso rumbo a Madrid en el Ford Fiesta blanco, parando a medio camino en una

gasolinera, donde
estiró las piernas y se
inyectó otra dosis.
También compró una
cinta del Manzanita.
*Yooooo quiero ser, el
trovador que canta en
tus sueeeeeeeños, yo,
yo, yo quiero amarte
como si fuera tu único
dueeeeeeeño... Así, con
la música a todo
volumen y los ojos
como broches de
alfileres, el Nani se
puso al volante. Sentir
contigo, la brisa fresca*

que nos trae el viento. Yo quiero besarte, yo quiero siempre a ti acariciarte. Bajó las cuatro ventanillas y condujo a toda velocidad para conseguir un poco de brisa y no quedarse dormido frente al volante.

Se le veía feliz. Nunca supo que a esas horas el Perkins ya lo tenía localizado, tanto a él, como a la Malata, como a todos los

demás miembros de la banda, incluido al Manzano.

A todos menos al Chuqueli, que andaba escondido.

El Perkins sospechaba que muy cerca. Pero en esos momentos no iba a perder el tiempo preparando una batida. La razia llegaría después. Primero preparó el robo a la joyería de

Lavapiés. Para ello contó con el Volancho, la mujer de este y el cuñado. «Todo queda entre familia», le dijo el Volancho, muy seguro del éxito. Todo se puso en marcha. Según testigos, vieron entrar a una pareja en la joyería. Ella morena, pelo largo. Él también moreno, pelo rizado y con un cinturón tachonado de monedas. En el desenlace murió el

joyero.

Fue cuando el Perkins pidió de inmediato la orden judicial para preparar las detenciones. A primera hora de la mañana, su compañero de la comisaría de Santander se presentaría en Madrid acompañado de Fausto, el joyero. Entraron juntos en el bar de la brigada. «Puesta de largo para

nuestro confidente.» El joyero pidió un anís y el del bigotón otro. Del Mono. El Perkins se calentó el gaznate con un güisqui. «Sin hielo, ya sabes.» Engrasó su pistola, y antes de dar orden de entrada a la casa del Nani, y como le pillaba de paso, decidió presentarse en La Elipa. Por ver si.

La Malata abrió la puerta. El Perkins se quitó las gafas, movió los ojos a un lado y a

otro del salón, y vio a Jarocho, que le miraba erizado desde el sofá. Miau. Entonces el Perkins empezó a reír con estruendo mientras clavaba los ojos en el vientre de la Malata, la redondez de los meses bajo el vestido de lana.

—¿Te ha picado una avispa? ¿Para cuándo? ¿Qué pasa, que te hizo la tripa y se fue? Malditos hombres.

—¿Traes orden judicial? —preguntó la Malata mientras sujetaba la puerta.

El Perkins se echó la mano al bolsillo y sacó un papel. Una orden judicial de registro que la Malata leyó:

—Está pasada de fecha. Ha caducado, ya te digo.

Pero no dio tiempo a más pues el Perkins cogió a la Malata por

la barbilla:

—Menuda *calorra* estás hecha —dijo, y la empujó con toda su fuerza al suelo.

Luego se puso las gafas y la Malata fue hacia la silla donde colgaba el bolso; el Perkins fue mucho más rápido. No iba a pasar lo mismo que la otra vez, ahora el Perkins venía resabiado y la agarró de los pelos,

lanzándola con fuerza sobre el sofá. La Malata se llevó la mano al vientre; y el Perkins abrió el bolso, sacó el revólver y lo sopesó.

—Mejor me lo quedo yo, no está bien que una chica como tú cargue esto sin licencia de armas. —Y apuntó a Jarocho, que se estremeció sobre la mesa—. Ven aquí, minino —dijo el Perkins y volvió a

estallar en una risa
atronadora.

—Deja al gato —
gritó la Malata
revolviéndose en el
sofá y llegando a
alcanzar el cenicero
que había sobre la
mesa.

Pero el Perkins ya
se había abalanzado
sobre Jarocho y lo
tenía cogido con una
mano del cuello.

—Suelta a
Jarocho, hijoputa —

gritó la Malata con el cenicero en la mano.

La historia se repetía, pero esta vez no estaba la Rulo para abalanzarse sobre el Perkins. La Malata ahora estaba sola y sin más arma en su mano que el cenicero de cristal que iba a lanzar al Perkins.

—Me voy a llevar a tu gato a Carabanchel para que le arranquen los dientes y se la

mame a los presos.

—Hijoputa —gritó la Malata lanzando el cenicero sobre el Perkins.

El Perkins lo esquivó y, sin soltar a Jarocho del cuello, acertó al cenicero de un disparo, haciéndolo añicos. Luego rompió a reír a carcajadas y se guardó el revólver en el cinturón.

—¿A ver, dónde está la Rulo?

—¿A ti qué coño te importa, hijoputa?

Entonces el Perkins empujó la cara de la Malata a la pared y apretó el cuello del gato con los dedos.

—¿Dónde está el oro?

—Que sueltes a Jarocho, hijoputa — gritó la Malata, intentando coger impulso con los puños prietos.

El Perkins forzó

aún más la mano alrededor del cuello de Jarocho mientras con los dedos de la otra mano hacía presión sobre las cejas del animal.

Fue un instante. Los ojos de Jarocho saltaron de las órbitas, como dos caramelos de menta escupidos con fuerza.

III

1

Al Chuqueo le llevó su tiempo dar con la habitación del Castellana Hilton, en la última planta, la número 301, donde la Malata había dejado la marca visible del carmín después de pasar su dedo por los

labios. Un trazo suelto junto al marco de la puerta.

El corazón del Chuqueli se agitó con urgencia cuando forzó la cerradura y entró en la habitación donde el cadáver estaba listo para ser transportado, a los pies de la cama, envuelto con malicia en la alfombra. «Nada de ahogarle con las medias, ¿me has oído, nena?» Le había aconsejado el Chuqueli

hacía tan sólo unas horas, junto a la carretera, mientras un camión pasaba rozando la cuneta y hacía vibrar las ventanillas del coche. La Malata, en un acto reflejo, se agarró al volante, húmedo por el sudor y la rabia.

El recuerdo de las últimas horas seguía fresco como un clavel recién cortado. «¿Algo más?», le preguntó ella, cargando mucho

la mirada en sus ojos, tanto como si aliñase una bala con veneno. «Sí, nena, cuando lo tengas listo, sales de naja del hotel. Y tú no te preocupes por nada, ya te digo, que mi menda se llevará el marrón hasta el pantano ese que me dices», le repitió el Chuqueli con la voz cálida y rota, antes de despedirse.

La Malata tenía la boca húmeda y cruel

para las verdades. «Lo voy a matar. Juro por mi libertad», sentenció ella y el Chuqueli le pasó la mano por la mejilla como una esponja que absorbiese su rabia. Ahora el Chuqueli alumbraba su recuerdo y también el interior de la habitación con la llama del mechero. En una de las paredes, el espejo repetía su imagen junto a la botellita vacía de

güisqui, un frasquito semejante a un perfume sobre la mesilla.

Pasados unos segundos, el Chuqueli salió de la habitación 301 con la alfombra cargada al hombro y toda la desconfianza en los ojos. Vestía el uniforme azul de los empleados de la limpieza y el ruido de sus zapatos se mezclaba en el silencio del hotel. Antes de

meterse con la alfombra en el ascensor, echó un vistazo a un lado y a otro del pasillo por si alguien aparecía. Le produjo cierto pánico comprobar que todo alrededor se mostraba callado, envuelto en una espiral de silencio premonitorio.

Lo de disimular un cadáver envuelto en la alfombra también había sido invención de ella. Cuando

estuvieron alojados allí mismo, en el Hilton, los días previos al viaje a México, la Malata había observado el trajín de muebles, colchones, alfombras y enseres que se traía el personal del hotel. Según les contó uno de la limpieza, si te veían desocupado, enseguida te embaucaban para cambiar la neverita de la 108 por otra y, de

paso, pintar la habitación de al lado, o te ponían a llevar el colchón de la 290 al sótano, o traer el somier del entresuelo, o reponer botellitas. Por eso nadie sospecharía cuando el Chuqueli saliese con la alfombra al hombro.

La soledad del pasillo propiciaba el delito a esas horas en las que apenas hay trajín en el hotel. Cargado con el

cadáver, el Chuqueli entró en el ascensor. Sin tiempo que perder, pulsó el botón, directo a la planta baja. Las puertas se abrieron. «Todo va a salir dabuti», se dijo. Cargado con la alfombra al hombro, pasó junto a recepción y saludó de barbilla al hombre que estaba tras el mostrador, rellenando la entrada de una pareja. El Chuqueli se fijó en el

reloj de oro que lucía el cliente. Deformación profesional. La misma deformación que la mujer que lo acompañaba. Abrigo de pieles, medias negras, tobillos de gacela y unos ojos que no sabían estarse quietos. El Chuqueli alcanzó la puerta del hotel y volvió a cruzarse con el tipo aquel que lo saludó como si le conociera. Era uno de los

camareros con los que había tratado y que lucía patillas de hacha, como los bandoleros. No lo ubicaba. Tampoco el portero, un tipo pálido y enjuto, con gorra de plato y traje de gala, que se restregó sus ojos cuando vio pasar al Chuqueli, para después lanzarle con ellos una mirada escrutadora. Fueron unos segundos, lo suficiente para que el

Chuqueli escondiese parte de su cara pegándola al hombro donde llevaba la alfombra. Así llegó a la furgoneta, aparcada en la misma esquina, con la rueda sobre el bordillo y el intermitente puesto.

Sin volver la vista atrás, sin reparar en nada de lo que sucedía alrededor, el Chuqueli buscó sitio a la alfombra, detrás de los asientos, entre la

rueda de repuesto y la bolsa de los lingotes de oro. Respiró hondo y arrugó la boca, como si no pudiera soltar todo el aire contenido en los pulmones. Acto seguido, se puso al volante y arrancó. Los faros atravesaron la oscuridad y el cristal del parabrisas reflejó por un instante la cara del Chuqueli.

2

El desengaño
cuelga de los ojos
y el gesto no termina
de rematar su sonrisa.
Para qué. Son horas
en las que apenas hay
tráfico, tan sólo un
ligero goteo de
automóviles y la
presencia de algún

camión de vez en cuando. El Chuqueli se inclina sobre el volante. Lo hace para ver mejor el cielo, lo que queda de noche. Todavía hay tiempo antes de que los coches empiecen a salir como lombrices de un queso putrefacto. La luna apenas se ve, escondida tras los edificios, y la calle sigue iluminada con las luces de los

semáforos y de los
rótulos de neón. Llega
a la Gran Vía.
«Schweppes», anuncia
el rótulo que
estrangula con neones
la fachada antigua del
Capitol. El Chuqueli no
puede evitar su
destello y se agarra al
volante como a un
salvavidas para seguir
su rumbo, noche
adentro.

Más abajo,
llegando al final de la
calle, aprovecha un

semáforo en rojo para
tantear en los bolsillos
de su chaqueta.
Primero un bolsillo,
luego el otro. Así hace
hasta dar con el
tabaco y el
encendedor. Entonces
sucede de nuevo, al
inclinarse para
encender el cigarro
cuando, por un
instante, vuelve a
aparecer su rostro en
el cristal del
parabrisas. Aspira el
humo y lo arroja sobre

su propio reflejo y, con la lengua, se retira una pizca de tabaco del labio y la escupe. Los dedos tamborilean sobre el volante en espera de que el semáforo cambie.

Cuando por fin sucede, arranca y pega una pitada fuerte al cigarro y contiene el humo en su pecho y cierra los ojos como si, por un momento, el poderoso espíritu de la ruina quedase lejos.

Un gusano de ceniza cae sobre sus pantalones y sigue conduciendo con una mano sobre el volante, mientras con la otra sostiene el cigarrillo que va y viene a su boca siguiendo los impulsos nerviosos del momento. *Arriba la golfería, abajo la policía.*

Ahora gira a la izquierda, acelera cuesta abajo con viveza, pasa por

donde están los
barrenderos con la
manga y los
neumáticos emiten un
siseo parecido al de
una sartén con aceite
hirviendo. La
furgoneta atraviesa la
sábana de niebla que
envuelve el Palacio
Real. También el
sueño de los
fantasmas que lo
habitan. De un
momento a otro, hay
algo que le golpea la
memoria y es

entonces cuando el Chuqueli se despista.

Bajo las ruedas, el puente cabalga las aguas del río. Al fondo, se divisa el horizonte frondoso de noche y niebla que va a confundir su rumbo. Cuando se quiere dar cuenta, el Chuqueli se encuentra en una carretera que los años y la dejadez han ido rompiendo por diferentes sitios. Los faros saltan en cada

baché y se oye el vaivén de la alfombra que choca contra la rueda de repuesto. Conduce con cautela mientras su cara muestra la reserva, el chasco del que sabe que va por el camino equivocado.

De pronto aparece en un paisaje de casas chatas, sepultadas bajo la niebla cada vez más espesa. Puede percibir su masa, la respiración de las

cosas ocultas, le había dicho la Malata, muy segura de sus palabras, una de las veces que paseaban por la ría de Bilbao envueltos entre una niebla que se podía cortar a cuchillo. Con el recuerdo, el Chuqueli sigue conduciendo por una carretera estrecha donde se topa con un muro cubierto de basuras y ni rastro de señal indicativa. Echa

el freno y aparca junto al muro.

Oye el viento que silba en la reja del radiador. Parece el mismísimo diablo que le habla en un lenguaje que es una premonición. Abre la guantera y saca un mapa que despliega sobre el asiento de al lado. Acerca la llama del encendedor y dos manchas de oscuridad surgen alrededor de sus ojos como si

llevase puesto un antifaz. Descubre su posición. Con el dedo sobre el plano traza la ruta que va de Vicálvaro a la Ciudad de los Ángeles. Luego Carabanchel y seguido el paseo de Extremadura.

Carretera de los pantanos. «Por aquí — dice la voz ronca del Chuqueli—, por aquí se llega.» Villaviciosa de Odón. Brunete. Chapinería. Navas del

Rey.

Da marcha atrás y gira en una de las explanadas desde donde consigue ver una señal al fondo. Le falta un trozo a la señal, dejando el resto a la imaginación. Sigue conduciendo y, en una de esas, reconoce el horizonte nebuloso. Se desvía a la derecha y pisa el acelerador y se recuesta sobre el volante. Al dar la

curva se vuelve a oír
el bamboleo sordo y
macabro del cadáver
que va envuelto en la
alfombra y cuya
cabeza repiquetea
contra los asientos
igual a una campana
que toca a muerte.

3

Con las manos atornilladas al volante y el cigarrillo ajustado a la boca, el Chuqueli reconstruye las imágenes de los últimos años; la llegada al barrio de La Elipa, cuando ella se sentaba sobre sus

rodillas y él la enseñaba a conducir. «Cuando arranques hazlo con el embrague pisado y segura de que estás en llano, ¿te coscas, nena? Si estás en cuesta abajo, pisas también el freno.» Y la Malata combinaba sus piernas largas, cruzadas sobre las del Chuqueli. «No lo hagas de golpe, nena. Más despacio, ¿no ves, nena? Así.» Luego, después de las clases

prácticas, el Chuqueli arrancaba de cuajo todos los miedos de la Malata hasta hacerla sentir como un globo inflado por una materia más fuerte que todos los alfileres del mundo. Así ocurrió desde la primera vez que ella se entregó y en el radiocasete sonaba una canción de *la* María Jiménez que siempre acompañaría al Chuqueli. *En la oscuridad, tus manos*

*acarician mi cintura,
mi cuerpo
que desnudo es cosa
tuya...* Ahora el
Chuqueli tararea la
melodía, confundiendo
la letra, mientras la
memoria va y viene
caprichosa.

«Nadie muere
virgen, nena, la vida
nos jode a todos», dijo
el Chuqueli mientras el
recuerdo se enredaba
de canciones y la
carretera se confundía
con la niebla. La estela

del crimen no sólo
deja cicatrices que
asoman a los ojos,
también deja heridas
profundas en los
surcos de la memoria,
ahí donde el Chuqueli
se queda rayado. En el
recuerdo más próximo
del Chuqueli, sale el
sonido de un timbre.
Ding, dong. El
domicilio del joyero
leonés donde apareció
Cacharrón armado con
una bandeja de
pasteles. Ding, dong.

La mujer del joyero que sale a abrir y se encuentra a un joven de buena planta y vestido muy perita, de abrigo Loden y mocasines de borlas lustrados. La mujer va y le dice que tiene que haber un error, que ella no está esperando pasteles. No dio tiempo a más. Cuando la mujer se quiso dar cuenta, se vio encañonada por el revólver.

Cacharrón entró primero y luego fueron los demás. El Chuqueli, el Pitarra, el Sardi y el Nani. Entraron a saco. La Malata se quedó abajo, esperando en el coche, lista para la huida. «Que no se mueva nadie», dijo el Chuqueli entrando al salón con el revólver por delante. Además de la mujer y del joyero, en la casa estaban los hijos y

unos amigos que habían ido de visita. Cacharrón los ató a todos, uno por uno, en poco menos de dos minutos, demostrando con nervios templados su experiencia en el nudo mariner. Al joyero lo dejó libre. Con el revólver del Chuqueli en la cabeza no opuso resistencia. Entraron al taller, dispuesto tras un armario blindado, y donde reunieron un

botín de setenta kilos en joyas y piedras preciosas. Cacharrón llenó cuatro bolsas y las cargó tanto que una se rompió por las asas.

Todo había ocurrido tan deprisa que el Chuqueli creía detalles olvidados para siempre y que ahora, mientras lanzaba su furgoneta contra la niebla, podía ver con lucidez. El atraco al joyero de León. La

huida y el colorao que desenterró del pajar para ponerlo a buen recaudo, en el cementerio más grande del mundo, donde el fuego de los muertos revolotea alrededor de las tumbas y los cuentos de fantasmas brotan del fondo de las sepulturas.

No tiene pérdida.

Ahora los cuarenta kilos de oro viajan con

el Chuqueli; rugosos lingotes dentro de unas bolsas de basura, todo el botín junto a un cadáver envuelto en una alfombra que bambolea en cada curva. El Chuqueli flota en la tempestad de los recuerdos y cuando se quiere dar cuenta, se ha pasado el desvío. En esos momentos no puede cambiar de carril. Un camión de reparto, a su derecha, y el coche

que va delante
impiden el paso.
Suenan los bocinazos.

No hay manera.

El Chuqueli baja la
velocidad, se pone
detrás del camión y
busca el siguiente
desvío pero todos los
puntos de referencia
han desaparecido con
la niebla. Al final, unos
kilómetros más
adelante, toma el
desvío que aparece a
la izquierda. Reduce la

velocidad y entra en una curva y ve una indicación que no le suena. Al contrario, lo que sí le suena es el coche que ahora se ha puesto detrás; es el de la Guardia Civil. «Los picoletes», se dice.

Se trata de un *jeep*, con ese verde tan particular y las luces azulonas. Les había tocado hacer turno de polillas y como se descuidaran un poco, el Chuqueli

los iba a poner pronto en contacto con los gusanos.

Cada vez más cerca.

El Chuqueli se inquieta. «Todo va a salir dabuti», se dice. El *jeep* le adelanta. Uno de los picoletes mira a través de la ventanilla mientras el Chuqueli sigue conduciendo. Lleva el cigarrillo ajustado a la boca, a punto de

quemarle los labios. Sin dejar el volante, se echa la mano libre al revólver en espera de que le den el alto.

Pero no; el *jeep* de la Guardia Civil no para. Sigue su camino y se pierde en la niebla que envuelve la noche.

El Chuqueli lanza la colilla a la cuneta y respira sin aliento.

4

Los faros saltan en cada bache. El corazón se agita bajo sus ropas. Puede notar los latidos en la garganta, pegados al paladar. «Todo va a salir dabuti», se repite una y otra vez, como en un salmo que

reverbera en el interior de la furgoneta y que viene a ensordecer el vaivén macabro de su carga. «Todo va a salir dabuti.»

Más adelante toma una carretera de curvas pronunciadas y pasea su lengua por los labios, secos, culpa de la urgencia. Al salir de la última curva reduce la velocidad y se arrima al parachoques de un

camión que ahora va delante, en espera de que le haga una señal que permita el adelantamiento. La densa blancura de la niebla envuelve el paisaje de la sierra como si el diablo, siempre tan bromista para estas cosas, hubiera aprovechado la ocasión para poner a prueba los nervios del Chuqueli. «Todo va a salir dabuti», se vuelve a repetir. Pero

será poco antes de llegar al pantano, una vez adelantado el camión y al ir a tomar otra curva, cuando el Chuqueli se encuentre con una de esas bromas que el azar dispone y que lo peor que tienen es que no se pueden calcular.

Es culpa del recuerdo, que le asalta una y otra vez, mientras conduce a toda velocidad a través de la niebla y le

transporta hasta los días previos al golpe de la central lechera, cuando enseñaba a conducir a la Malata con el aliento en la nuca. Igual que horas antes, cuando ella va y le pregunta en el interior del coche qué es lo que se siente cuando uno mata. El Chuqueli podía imaginar la cuerda de viudas y de huérfanos dejados a su paso. A veces el crimen era un

delirio individual. Otras veces era un delirio compartido. El más luminoso de todos ellos había sido el de un sargento del ejército francés, quemado dentro de su propio coche. Chillaba como una rata y el Chuqueli lo oía acompañado del hijo de Greco: Vincenzo, que volvió hasta su memoria con el recuerdo criminal más fresco, cuando aquella

tarde en París salió a estirar las piernas bajo la lluvia y un tipo rubio y con cara de bulldog le empezó a seguir los pasos. El Chuqueli se daría cuenta de inmediato. Se fijó en el lunar de tinta que su perseguidor llevaba en la mejilla. En París, lo supo. Cara de Bulldog reveló con sus palabras que Vincenzo había salido de la cárcel y que estaba por Marsella, y que

había hablado más de la cuenta. Era fácil imaginar a Vincenzo dándole a la lengua mientras bebía un trago tras otro en el café del puerto.

Con el cadáver de Cara de Bulldog en el suelo, el Chuqueli se puso a llamar a gritos a un médico. Las gentes se arremolinaron alrededor del cuerpo y cuando al Chuqueli le pareció oportuno dejó

de gritar y dijo: «Voy a buscar una ambulancia.» Así se borró de la escena del crimen y así es el recuerdo, el puto recuerdo, siempre tan inoportuno, que aparece cuando menos se le espera, igual a la sombra del gato que al ir a tomar una curva se cruza en el camino del Chuqueli y que se le atraviesa de tal forma que los ojos del animal relumbran a la

luz de los faros.

¡Un gato!

Por no atropellado, el Chuqueli pega un volantazo y hunde el pie en el freno. Entonces la furgoneta se sumerge en la niebla y patina sin control hasta un risco escarpado que se asoma al vacío. El Chuqueli cierra los ojos y se agarra al volante que logra enderezar hasta

salvarse del abismo,
echándose hacia la
cuneta, donde se
estrella contra un
árbol. Es un golpe
seco que parte la
noche en dos y que
descuelga varias
ramas.

El Chuqueli se
aplasta sobre el
volante, granizado de
cristales. El impacto
hace que una bolsa se
abra y que los lingotes
se desparramen. El
Chuqueli respira

profundo. Se echa las manos a los riñones, luego se las lleva a la cabeza y pone cara de asco, como si hubiera tocado algo viscoso. El motor sigue funcionando. Entonces intenta dar marcha atrás y se da cuenta de que las ruedas delanteras están hundidas en el fango. Apaga el motor y abre la puerta. Sale de la furgoneta algo encorvado. Llena de

aire sus pulmones y
tose. Echa un vistazo
al barrizal en el que
están sumergidas las
ruedas. Se fija
también en el
parabrisas, hecho
pedazos, en el faro
aplastado, en la ruina
que tiene encima.
Miau, miaaaau.
Entonces el Chuqueli
mueve los ojos hacia
la copa del árbol, de
donde vienen los
maullidos.

Sin pensarlo, se

sube al capó de la furgoneta y cuando va a darse impulso con los brazos, otra vez el gesto de dolor le viene a la cara. A lo lejos se oye el sonido de una sirena. Pero el Chuqueli no presta atención. Qué va. Con cierto esfuerzo consigue alcanzar las ramas del árbol. Extiende las manos de forma lenta y suave. El gato se arrima un poco pero muestra

recelo en las uñas. El Chuqueli no lo toca. Parece que lo está hipnotizando y espera que el gato se acerque, que gane confianza. «Vamos, minino —le dice susurrante—. Vamos.» El gato pega un par de zarpazos y al final se deja coger de la piel de la nuca. El Chuqueli le mira, es atigrado y se trata de un gato montés. Por su tamaño apunta que es

su primera salida en busca de verbena.

En aquellos parajes, la navaja creciente de la luna se había empeñado en perforar la niebla. Se podía distinguir su luz, abriéndose paso desde lo más alto, alumbrando lo suficiente para sentir el risco rocoso, cuyos límites la niebla emborrona hasta el escalofrío. El Chuqueli frunció los labios en un

gesto de asombro,
desprevenido ante el
coche que se
acercaba.

El *jeep* de los
picoletos.

5

El Chuqueli, jadeante, bajó del capó con el gato entre los brazos. «Tranqui, minino, tranqui», y lo metió dentro de la furgoneta. La puso en marcha y entonces el motor sonó igual que el de un animal

atravesado por una lanza. Las ruedas escupieron el barro y salió a la carretera de nuevo; inclinado sobre el volante, con ayuda de un solo dedo, el Chuqueli empujó el cristal granizado del parabrisas, dejando el hueco suficiente para ver la carretera. Por el retrovisor, los faros del *jeep* de los picoletos estaban cerca, cada vez más cerca, así hasta que se

le pegaron. A continuación dieron el intermitente y apareció la mano haciendo una señal desde la ventanilla indicando que se eche a la cuneta. Así hace el Chuqueli.

—Mi menda no ha rebasado el límite de velocidad —protesta el Chuqueli con la garganta cruzada por la espina de la ley.

—No te hemos

parado por rebasar el límite de velocidad — advierte el picoletto más gordo, desde el *jeep*.

Los picoletos miran con prevención. El primero que sale del *jeep* es huesudo, pómulos salientes y la cara en forma de ataúd. Trae el tricornio encajado sobre las cejas. El otro, el gordo, consigue apearse con mucho empeño. Va armado

con una linterna y la alza para escrutar la cara del Chuqueli, que arrima su pecho contra el volante, agacha la cabeza y se toca el revólver. Pero enseguida viene un segundo fogonazo, directo a los ojos y que le deslumbra por completo. El Chuqueli retira la cara a un lado pero no deja de acariciar el revólver. Está dispuesto a usarlo.

—¿Eres de por aquí? —pregunta el de la cara de ataúd.

—Como si mi menda lo fuera.

Entonces el picoleto se acerca con cautela.

—¿Es tuya la furgoneta?

—Sí. Mi menda compró el Cuatrolatas no hace todavía ni un año. De segunda mano. Pero a mi menda le engañaron

en la compra —añade el Chuqueli y traga saliva.

—Pon una denuncia —sugiere el gordo, arrimándose a la ventanilla, destapando tanto su boca que pega el aliento en la cara del Chuqueli.

—A mi menda le da pereza.

—¿Dónde te dirigías? —le pregunta el picoleto gordo, que

vuelve a la carga, con la mirada perturbada mientras se rasca la entrepierna.

Es un acto reflejo cargado de morbidez y el Chuqueli no contesta. Mientras esto ocurre, el picoletto flaco se ha puesto en la carretera y levanta los brazos con autoridad para indicar a un camión que siga su camino.

No quieren

testigos.

—Documento
acreditativo —imperera
el gordo.

El Chuqueli pone
cara como si tuviera
taponadas las orejas y
no hubiese oído bien.

—¿Perdón?

—La papela.
Vamos y ve saliendo
—vuelve a ordenar el
picoletto gordo.

El Chuqueli
esconde el revólver

bajo el asiento y sale de la furgoneta. El picoletto gordo, sin dejar de apuntar con la linterna, le hace poner las manos en el capó. Entonces, el tatuaje de la mano salta a la vista. *Arriba la golfería, abajo la policía.*

El picoletto gordo hace una seña al compañero.

En aquellos momentos no pasan

vehículos. El picoletto de la cara de ataúd deja de dirigir la circulación y se acerca con la mano en la pistola.

—¿Qué le pasa a este?

El Chuqueli vuelve a llenar de aire sus pulmones.

—Que está nervioso. Seguro que esconde algo —añadió el picoletto gordo.

El picoletto de la

cara de ataúd
desenfunda la pistola y
señala con el cañón:

—El piloto de
atrás, el izquierdo, no
luce —indica—.
Además, no tiene
parabrisas.

El Chuqueli traga
la espina de su
garganta, resopla con
esfuerzo y, sin perder
la chulería, consigue
decir:

—Anda, pues mi
menda no se había

dado cuenta.

Es un hilo de voz que se va haciendo más bronco a medida que sus palabras van saliendo.

—Por eso te vamos a multar, por no darte cuenta —dice el gordo con la mirada perturbada—, y no hagas movimientos raros —le dice muy bajito, a la oreja, mientras le lleva la cara hacía el capó.

El picoletto flaco empieza con el registro. Muy rápido, tanteando con la porra entre sus ropas mientras el gordo observa con la linterna en la mano.

—¿Eres gitano? ¿O quinquí?

—No, ¿por qué?

—Porque a tu madre se la trajinó un gitano, ¿verdad?

El Chuqueli miró al picoletto de reojo, sin

entender qué había querido decirle. El picoletto siguió con el registro. Da con la cartera, en el bolsillo de atrás del mono de faena. La saca y la abre con una mano. Pasa los dedos por el fajo de billetes y vacía la cartera que vuelve a poner donde estaba, en el bolsillo del Chuqueli.

El Chuqueli, que conocía el vicio reprimido del picoletto,

para ganar tiempo, adoptó una pose sugestiva. Con total naturalidad fue abriendo más las piernas y dejándose alcanzar por el dedo del picoletto, buscando la carne a través del bolsillo. Es un segundo, lo que tarda el picoletto gordo en alumbrar con la linterna, directa a los ojos del Chuqueli, que cerró las piernas y volvió la cabeza de

nuevo. Con las manos sobre el capó, el Chuqueli cuenta que iba a Talavera y que se había despistado.

—Abre la furgoneta. Vamos.

La cara del Chuqueli anunció un desastre inminente. Sin embargo, el destino y sus bromas vinieron en su ayuda pues, cuando el Chuqueli se dispone a abrir las puertas

traseras de la furgoneta, las bisagras chirrían y el gato montés sale escopetado de manera repentina. El guardia civil de cara de ataúd no se lo piensa dos veces y tira de pistola. Bang, bang. Pero el gato es más rápido y se pierde entre la niebla.

El picoleto gordo resopló como si fuera un globo que perdiera aire.

—Su puta madre, qué susto me ha dado.

—Vaya, vaya — dice el flaco, frunciendo mucho la boca—. Vaya, vaya, un gato. Para vendérselo a alguna casa de comidas como conejo, ¿verdad?

El Chuqueli no contesta y el picoletto flaco sigue con la humillación:

—¿Cuánto tiempo estuviste en la cárcel?

—El suficiente
como para que mi
menda aprendiera
unas pocas
desviaciones —
responde seco el
Chuqueli.

En sus ojos
destaca ahora el brillo
de un acero que ha
sido tocado en lo más
hondo del orgullo.

—Explícate —le
dice el picoleto de cara
de ataúd, que se quita
el tricornio y deja ver

su cabeza; el cráneo alargado que se acerca y que toma impulso y que se detiene a poco de la nariz del Chuqueli, que puede oler su aliento. Es entonces cuando el picoleto gordo alumbra con la linterna de nuevo y ambos apartan la cara. El picoleto flaco hace un gesto a su compañero para que retire la luz y el picoleto gordo le hace otra seña para

que se acerque. Así hace el flaco. Entonces el picoletto gordo le dice algo en bajito. El picoletto flaco saca de su bolsillo el fajo de billetes y le tiende la mitad del dinero. Luego vuelve a decir algo. El Chuqueli, que sabe leer en los labios, se da cuenta de que tiene ganada la partida.

—Que no te volvamos a ver por aquí, ¿eh?

Sin más, el Chuqueli monta en la furgoneta y toma el volante. Arranca y penetra en la densidad lechosa de la niebla, rumbo al pantano.

6

Al final de la carretera, donde el horizonte se convierte en abismo, toma otro desvío. Ahora la carretera sube hacia los riscos que se alzan más allá de la niebla. Los trozos de cristal que bordean

el parabrisas le insinúan algo que el Chuqueli hubiese preferido olvidar pero como el recuerdo es así de caprichoso, la punta de su memoria se baña con sangre.

Algunas cosas las ha olvidado y de otras prefiere no acordarse. Fragmentos de un pasado que es más presente que el propio presente. La memoria aflora y llega hasta donde empieza todo,

cuando era crío y los robos se reducían a carteras de clientes desviados. El Chuqueli se lo hacía de chapera, en las esquinas de la Palanca, a la vista de todo el mundo. Cada vez que aparecía algún coche, el Chuqueli se acercaba a la ventanilla y le ponía su mejor sonrisa. Subía y sin mediar palabra se bajaba la bragueta y empuñaba el trozo de carne, las raíces

venosas que se hinchaban por la presión de la mano; luego indicaba que salieran del Botxo.

Nunca se conformaba con el reloj y la cartera, también se quedaba con el coche, que disfrutaba hasta agotar la gasolina.

La memoria, la puta memoria que va y viene mientras conduce a través de la

niebla y ahora le devuelve a Bilbao, pero años después de cuando se lo hacía de chaperero en el Botxo, el otro día, como quien dice, ya con la Malata, a la noche, cuando la llevó hasta el cementerio a visitar la cripta de los mártires donde se revolcó con ella como si la poseyeran todos aquellos muertos entre gritos siniestros y desgarrones de la

carne. Con estas cosas y las ruedas pesadas de barro, el Chuqueli condujo hasta el pantano.

El cuchillo de la luna alumbró lo suficiente para ver que se trata de un lodazal tan turbio como su suerte. Abre la furgoneta y saca el cadáver envuelto en la alfombra. Lo carga al hombro, llevándolo hasta una de las barcas, amarrada al

borde de la orilla. A su paso, la noche se llena de graznidos y su corazón late entre las costillas igual que una lechuza dentro de una jaula. El frío del miedo le penetra hasta los huesos cuando llega a la barca.

Habían trazado el plan de manera improvisada, pero no por ello se habían dejado cabos sueltos. Como todos los planes que llevaban su firma,

el Chuqueli había atendido a los detalles, desmenuzando las circunstancias que llevarían a borrar el cuerpo del delito. Sobre un mapa arrugado la Malata había hecho una cruz en el lugar donde tenía que hacer desaparecer el cadáver. Conocía bien aquellos terrenos, según le dijo. La Malata se había criado cerca, en el valle del Tiétar, le confesó una

de las veces, cuando ella le preguntó que si le vivían los viejos y él contestó que no, que él era hijo de sí mismo, como si con aquella respuesta del Chuqueli ella le quisiera llevar a su pasado más íntimo, donde estaba la Rulo, su tía. La Malata presintió que estaba acercándose a un terreno demasiado personal. «Fue ella la que me cuidó. No

conocí a mi madre, a mi viejo tampoco, pero está vivo. Lo sé.»

Según ella, se trataba de un gitano feriante que llegó al pueblo por las fiestas de San Marcos, a finales de un abril de hacía ya poco más de veinte años, y que fecundó a su madre, camino al Barrio Cimero. Por lo que la Malata supo, durante los meses que vinieron después, el silencio se

hizo más insoportable, y por honra de su abuela, la madre de la Malata marchó a Madrid embarazada, acompañada de su hermana mayor, la Rulo. Parece ser que el parto tuvo complicaciones.

La niebla que cubría el pantano tenía una calidad lechosa en la que el Chuqueli se adentró ayudado con un remo. Cuando lo creyó oportuno, agarró

la alfombra y la dejó caer a plomo en aquellas aguas tan espesas como unas gachas. Oyó el sonido obscuro de la alfombra siendo devorada por el pantano y llegaron hasta su memoria las palabras de la Malata, en el coche, cuando lo tramaron todo esa misma tarde y ella le dijo con la lengua renegrida: «Juro por mi libertad que lo voy

a matar.» En el fondo tenía razón, el Perkins necesitaba morir. Morir para siempre y sin darle la oportunidad de resucitar.

Una vez echado el cadáver a las aguas del pantano, el Chuqueli tragó aire para recuperarse del esfuerzo y remó rumbo a la orilla. Ahora el consuelo quedaba de su cuenta. Sabía bien la

aterradora forma que el crimen puede adquirir aunque el muerto sea sólo un policía. El Chuqueli reconstruía aquella memoria cenagosa mientras se acercaba a la orilla. «Luego mi abuela murió, a los años vendieron la casa y se fueron a La Elipa a vivir. Pero antes de morir mi abuela, todos los veranos, mi tía y yo íbamos a verla, y cada vez que había

feria, yo le decía a mi tía que me llevase, que quería conocer a mi viejo, ya te digo.»

La Malata también confesó que su tía, la Rulo, encontró trabajo en Madrid, en un club de alterne donde salía con un corsé y medias hasta los muslos que se bajaba muy despacio, como Gilda hacía con los guantes. «¿Has visto la película de la Rita Hayworth?» Lo de limpiar bares y

escaleras era un cuento de la Malata para evitar contar lo que el Chuqueli ya sabía aunque, cuando la Malata se lo reveló, el Chuqueli puso cara de sorpresa. Estaba escrito desde que el Chuqueli apareció en aquel piso de La Elipa y la Rulo le abrió la puerta, y le invitó a entrar a la penumbra. El Chuqueli se fijó en las cejas, marcadas con una raya de lápiz.

También en los ojos como dardos de punta venérea. «Mi tía nunca quiso casarse, ya te digo —le dijo la Malata una de las veces—. Para diez gramos de chorizo no tiene una por qué aguantar un cerdo entero.» El Chuqueli intuía que uno de esos cerdos era el Perkins, aunque la Malata esto último nunca se lo confesase. El Perkins era un asiduo de aquel piso.

La Rulo le recibía agradecida. Sin duda alguna, aquel policía la hacía sentir que estaba viva de una manera tan grosera como necesaria para ella.

7

A decir del rostro del Chuqueli, los pensamientos que lo rondaban debían de ser profundos, de los que se internan en las grutas del recuerdo y vuelven a aparecer en el piso de La Elipa, donde el Chuqueli llegó por primera vez una tarde de finales de

verano. Entraba con la intención de preparar el asalto a la central lechera y se encontró con dos mujeres y un gato. Después de la reunión, una vez que ajustaron los detalles sobre el plano, y cuando los demás miembros de la banda fueron saliendo del piso, incluido el Perkins, ocurrió algo que ahora volvía al recuerdo del Chuqueli. El momento en el que

la Rulo aprovechó que estaban solos y quiso consumir el trato que se había quedado en el aire cuando rechazó las dos mil pesetas. Los dos billetes que el Chuqueli no quiso guardar en la cartera y que la Malata cogió, rozando sus dedos. Hay siempre algo muy especial en el primer roce entre dos pieles por muy superficial que sea.

La Malata se había

marchado y todos los demás hombres de la banda también, dejándolos solos a la Rulo y a él en el piso. Fue cuando la Rulo le impidió el paso, poniéndose delante de la puerta. «Vamos a mi alcoba.» Lo dijo como si soplase algo caliente y no fuese una cuchara. Aquella mirada picante en la que se adivinaba la necesidad fue lo que la memoria del Chuqueli

grabó para siempre cuando sus ojos se hicieron a la penumbra en aquel piso de La Elipa. «Por favor, vamos a mi alcoba.» La Rulo adornó sus palabras con una risa cantarina ante el Chuqueli, que aceptó el trato con gesto impasible.

Pasaron a la alcoba, donde ella encendió una jardinera que había junto a la pared con plantas de

plástico y una luz roja que iluminó el ambiente, y que se sumergió en el rostro de la Rulo, marcando la línea de los pómulos y la palpitación de los labios cuando se abrió el kimono desafiante y el Chuqueli lamió el sudor lúbrico que barnizaba sus pechos. Había algo vergonzante en todo aquello que le excitaba.

El Chuqueli siguió

con su lengua,
bajando hasta el
elástico de las bragas;
el pelo del pubis que
asomaba igual a las
patas de una araña
negra. Percibió las
oleadas de sangre
martillear las sienes
cuando la Rulo le cogió
por la cabeza para
marcar el ritmo.
Luego, ya en la cama,
envueltos en la
atmósfera de la luz
roja, el Chuqueli
cabalgó la montura

mientras pellizcaba
con rabia animal,
como si en vez de
dedos tuviera tenazas.
La lengua de la Rulo
era la de una perra
jadeante, un estrépito
de sonidos donde se
agolpaban palabras
obscenas, lo más
parecido a muebles
cuando se derrumban.
El Chuqueli le tapó la
boca con la mano.
Arriba la golfería,
abajo la policía.
Cuando llegó la

descarga, la Rulo
arqueó los riñones.
Acto seguido, el
Chuqueli se subió la
bragueta y dejó a la
Rulo sobre el revuelto
de sábanas, cubierta
de sofocos. A la luz
roja de la jardinera,
sus ojos parecieron
cobrar un brillo nuevo
bajo las cejas. «¿Has
visto la película?»

El Chuqueli
sonreía, el tajo de su
boca se prolongaba
con afecto a través del

recuerdo. Primero la tía, luego la sobrina, entremedias no tuvo tiempo ni de pasarse un agua por el pellejo. Ahora había quedado con la Malata en plena carretera, a la salida de Madrid, cerca del aeropuerto. «Ahí te espera mi menda, nena.» Conducía con el parabrisas granizado, en un sueño de vidrio roto. El cigarrillo le quemaba los labios y

entonces le vino a la cabeza el Sardi. Los puñetazos que le asestó en México, el sosiego que le envolvió de repente, después de una pelea que simbolizó el nudo del respeto que ataba la cuerda rota de la banda. La memoria, la puta memoria.

«Todo va a salir dabuti», se dijo el Chuqueli, cuando vio la panza de plata de un avión sobre el

aeropuerto, cada vez más cercano. «Todo va a salir dabuti, dentro de unas horas estaremos en México», se dijo, como si aún no se lo creyera, como si se tuviese que convencer a sí mismo de que lo peor había pasado.

Amanecía y entonces el Chuqueli sonrió de nuevo cuando, en el lugar señalado, por la carretera que va al

aeropuerto, el coche de la Malata esperaba. El Seat 1430, color rojo y con faros antiniebla que se encendieron y apagaron.

La señal.

Por un momento la tensión se evaporó del rostro del Chuqueli. Movido por un impulso repentino, frenó allí mismo la furgoneta. Tomó el revólver de debajo del asiento y se

lo ajustó a la cintura. Luego agarró las bolsas de basura, donde metió los lingotes de oro desparramados, y cruzó a pie la carretera, entre bocinazos e insultos a esas horas en las que las prisas son cosa cotidiana en Madrid. Con el corazón en un puño y cargado con las bolsas, el Chuqueli apretó el paso y se puso en la cuneta,

dispuesto a fundirse con la Malata en un beso húmedo y apasionado. «Ya pasó todo, nena.»

Fue cuando la puerta del coche se abrió.

El Perkins vestía una gabardina igual a las que se ponen los hombres a la salida de los colegios para repartir caramelos. Llevaba la solapa subida y la arrogancia

también, como si quisiera quedarse instalado en ella para siempre tras sus gafas negras. De momento, el Chuqueli no podía hacer nada por impedirselo. O tal vez sí.

Tiró las bolsas al suelo y algunos lingotes salieron a relucir. Fue a sacar el revólver pero sus manos temblonas se lo impidieron. Cuando por fin lo consiguió, el

Perkins estaba tan cerca que lo desarmó de una patada.

—¿Dónde vas, Chuqueli, dónde vas?
—preguntó el Perkins.

Entre sus dedos el Perkins sostenía una horquilla con la que se empezó a hurgar los dientes. Luego la lanzó sobre el Chuqueli con desprecio y se llevó la mano al bulto del sobaco. Entonces, el Chuqueli hundió las

rodillas en un charco de la cuneta para romper en un vómito tan turbio como el pantano en el que él mismo había sumergido el cadáver de la Malata. «¿Dónde vas?» El Chuqueli se había quedado sin pulso y sin vigor para seguir viviendo, como si lo hubieran vaciado de sangre antes de recibir el impacto final.

Se encogió sobre sí mismo como una

marioneta sin hilos.

El Perkins acercó el cañón de la pistola a la cabeza del Chuqueli que cerró los ojos, esperando la explosión que terminase de una vez por todas con la pesadilla. Las facciones se estremecieron agitadas por un tembleque que se extendió por todo su cuerpo como un calambre. El Chuqueli había probado con

creces el sabor de la derrota y no se merecía un final tan largo. El Perkins atornilló aún más el cañón de su pistola a la cabeza del Chuqueli.

Pero no disparó.

Rompió a reír con carcajadas atronadoras y su risa fue como una dentadura que se clavó en lo más hondo del Chuqueli. Cuando paró de reír, guardó su

pistola en el sobaco y dijo:

—Las balas no matan a quien ya está muerto.

FIN

Glosario

He querido conservar el sentido de los diálogos recogiendo palabras que forman parte de la jerga de germanía de una época. Algunos vocablos hoy están en desuso y otros se siguen utilizando. En

cualquier caso, he renunciado a definir aquellas palabras que ya han recibido la bendición académica y que el lector encontrará fácilmente en la última edición del *Diccionario de la lengua española* (DRAE), ya sea en su forma completa (por ejemplo, *picoletto*: miembro de la Guardia Civil) o como cualquiera de sus derivados (por

ejemplo, *perita* —
pera: dicho de una
persona, muy elegante
y refinada, que raya
en lo cursi). Y el lector
no debe olvidar que
estas palabras, por
muy ordenadas y
dispuestas que
aparezcan a
continuación, son tan
libres como el espíritu
que las concibió:

abucharar: tr.

Amilananar. U.t.c.prnl.

alcagüés: m.

Cacahuete

bereje: m. Año

bichardar: v.

Desterrar, expatriar.

U.t.c.prnl.

buco: m. Dosis

buga: m.

Automóvil

calorro, —a: adj.

Gitano, —a

camelar: tr.

Querer

colorao: m. Oro

costo: m. Hachís

chorar: tr. Robar

chotar: prnal.

Chivarse

dabuti: adj.

Excelente || 2. adv.

Muy bien

fusca: f. Pistola

jaco: m. Heroína

jari: m. Lío, follón

Julái: m. Bobo,
tonto. U.t.c.s.

jumelar: tr. Oler

lechera: f. Furgón

celular

loro: m.

Radiocasete

mulé: dar ~. fr.

Matar, asesinar

naja: salir de ~.

fr. Salir

precipitadamente

najaero: m.

Responsable de la
huida en un atraco

najarse: prnal.

naja

nastideplasti:

exp. Nada de nada

papela: f.

Documentación

peluco: m. Reloj

pestañí: f. Policía,

vigilante: *Todo*

guardián de la

propiedad es de la

pestañí

pasma: f. Policía

pasmuti: m.

desp. Policía

pipa: f. Pistola

pilingui: f.

Prostituta

piro, darseel~.

fr. Huir

quinao: m. Robo

santear: tr. Pasar el santo, hacer correr la voz, proporcionar información

solateras: adj.
Solo, —a

sonsi: m. Silencio

talego: m. Billete de mil pesetas, equivalente a unos seis euros

tolái: m. Persona con escasas aptitudes

trapi:

m.

Trapicheo

trullo: m. Cárcel

voltio: m. Paseo

***Escaneo y
corrección del doc
original:***

***Maquetación ePub:
El ratón librero
(tereftalico)***

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS**

O REDES PÚBLICAS,
NI HACER USO
COMERCIAL DEL
MISMO. Que una vez
leído se considera
caducado el préstamo
del mismo y deberá
ser destruido.

En caso de
incumplimiento de
dicha advertencia,
derivamos cualquier
responsabilidad o
acción legal a quienes
la incumplieran.

Queremos dejar

bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas.

Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes.

No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad).

Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos.

Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las

librerías más cercanas
a tu domicilio.

Puedes buscar
también este libro
aquí, y localizarlo en la
biblioteca pública más
cercana a tu casa:

<http://libros.wf/Bib>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no
hay literatura.
Recuerden que el

mayor agradecimiento
sobre esta lectura la
debemos a los autores
de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a
precios razonables.



Notas

[1] Aunque el autor recomienda al lector que trate de averiguar por sí mismo el significado de los términos de argot, experimentando así un viaje al lenguaje de otra época, al final de la novela se incluye un breve glosario de los mismos, cuya primera

aparición se señalará con una cursiva.

[2] Situado en el paseo de la Castellana de Madrid, este hotel de cinco estrellas, ocho plantas y 302 habitaciones fue inaugurado el 14 de septiembre de 1953. Tiene mármol de Carrara, patio central y fuente de agua sin gas. Sus paredes fueron testigo de los escarceos de Ava Gardner con toda la

flamenquería
madrileña, a la que
invitaba a tener con
ella revolcones de
conocimiento carnal.
Hoy es el hotel
Intercontinental.

[\[3\]](#) *Rancho del
Cordobés*: Gueto de
infraviviendas situado
al sur de Madrid, junto
a la carretera de
Andalucía, distrito de
Villaverde, y derribado
en el año 1987.

[\[4\]](#) *Navajeros* fue

la película dirigida por Eloy de la Iglesia, pionera del género cinematográfico que posteriormente se denominó *cine quinquí* y cuyo argumento gira en torno a la vida del Jaro, delincuente real de San Blas. Se estrenó a principios del mes de octubre de 1980.

[\[5\]](#) Antonio Martín (1954-1991), cantante de Burning, grupo madrileño de *rock*

formado en 1974 y cuyas canciones fueron la banda sonora de la película *Navajeros*.

[\[6\]](#) Símbolo del barrio de La Elipa y situado en la avenida del Marqués de Corbera, en una glorieta que es zona de juegos infantiles, la lengua del dragón era un tobogán que aparecía en los títulos de crédito del programa televisivo

Barrio Sésamo.

[\[7\]](#) *Brigada Político-Social (BPS):* Policía secreta durante el franquismo y encargada de reprimir a todos los movimientos de oposición al Régimen.

[\[8\]](#) Benafarces, municipio de la provincia de Valladolid y considerado pueblo fantasma debido a la escasez de habitantes.

[\[9\]](#) Se trata de la

película *Colegas*, estrenada en 1982, dirigida por Eloy de la Iglesia y cuyos protagonistas fueron los hermanos Rosario y Antonio Flores.

[\[10\]](#) Situado en el centro de la capital mexicana, es claro ejemplo del *art nouveau*, que es como decir barroco de principios del siglo XX, con su vitral iluminado por más de cien lámparas a las que se

suma un candil antiguo a la entrada, junto a los ascensores panorámicos de época y el barandal de herrero.

[\[11\]](#) Mezcal, bebida ancestral mexicana que se presenta embotellada con un gusano dentro (*Hypopta agavis*).

[\[12\]](#) *El conde de Montecristo*: Adaptación de la novela de Alejandro

Dumas para una serie de televisión española estrenada en el año 1969, dirigida por Pedro Amalio López y protagonizada por Pepe Martín.

[\[13\]](#) En francés, en el original. Traducido viene a ser algo así como: «Cuánto tiempo, Chuqueli.»

[\[14\]](#) Stanley Kramer, director de cine estadounidense

(1913-2001).

[\[15\]](#)

French

Connection:

Entramado de conexión de heroína durante la década de los sesenta del pasado siglo entre Turquía y Estados Unidos, pasando por Francia.

[\[16\]](#)

Rohipnol:

fármaco hipnótico de la familia de los psicotrópicos fabricado por la multinacional Roche Farma. Si se

mezcla con alcohol, actúa sobre el sistema nervioso central provocando pérdida de orientación y cambios de conducta temporales.

[\[17\]](#)

Cine Covadonga, conocido popularmente como *El Covacha* y donde ponían películas de sesión continua. Situado en el n.º 161 de la calle de López de Hoyos de Madrid, fue destruido por un

incendio a finales de febrero del año 1991.

[\[18\]](#) Torre de comunicaciones bautizada como Torrespaña. Debido a su parecido con el popular caramelo se le denominó *el Pirulí*. Situada en la confluencia entre O'Donnell con la M-30, fue inaugurada a principios de junio de 1982, justo a tiempo para ser utilizada por las retransmisiones del

Campeonato Mundial de Fútbol organizado en España.

[\[19\]](#) Según todos los indicios, se trata de la iglesia de San Lorenzo, en el barrio de Lavapiés en Madrid, donde destaca la estatua de este santo, en una hornacina de la fachada.